REBELION EN LA SALITRERA

UNIVERSIDAD DE CHILE
3 5601 15631 3904

Theodor Plievier

Traducción
Judy Berry-Bravo
Pedro Bravo-Elizondo

COLECCIÓN LUIS GONZÁLEZ ZENTENO

Theodor Plievier (1892-1955) nació en Berlín-Wedding, Alemania. A comienzos del siglo XX, realizó viajes a Australia y Sudamérica, específicamente a la zona salitrera de Chile, Tarapacá y Antofagasta. **Rebelión en la Pampa Salitrera** transcurre en la utópica provincia de Atahualpa (Tarapacá) en la década de los 30s. No ha sido traducida y ésta es su primera versión, razón por la cual es "la novela ignorada del salitre." La novela abarca el período de la presidencia y dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y la situación social de Chile cuando en 1931 se agrava la crisis y cierran los mercados del salitre y cobre. Motivos fundamentales son la "sublevación de la Escuadra" en Coquimbo, la "República Socialista" del 4 de junio de 1932, la creación del "Consejo de Obreros y Campesinos" y "Alianza Revolucionaria de Trabajadores" y el movimiento obrero de la pampa y puertos del salitre

El rescate de esta novela, añade una obra fundamental para entender el período histórico de la Era del Salitre que da origen al nacimiento del moderno movimiento obrero en Chile

Theodor Plievier (1892-1955) nació en Berlín-Wedding, Alemania. A comienzos del siglo XX, realizó viajes a Australia y Sudamérica, específicamente a la zona salitrera de Chile, Tarapacá y Antofagasta. **Rebelión en la Pampa Salitrera** transcurre en la utópica provincia de Atahualpa (Tarapacá) en la década de los 30s. No ha sido traducida y ésta es su primera versión, razón por la cual es "la novela ignorada del salitre." La novela abarca el periodo de la presidencia y dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y la situación social de Chile cuando en 1931 se agrava la crisis y cierran los mercados del salitre y cobre. Motivos fundamentales son la "sublevación de la Escuadra" en Coquimbo, la "República Socialista" del 4 de junio de 1932, la creación del "Consejo de Obreros y Campesinos" y "Alianza Revolucionaria de Trabajadores" y el movimiento obrero de la pampa y puertos del salitre

El rescate de esta novela, añade una obra fundamental para entender el periodo histórico de la Era del Salitre que da origen al nacimiento del moderno movimiento obrero en Chile.

X33.91
P737r.E
C 1

Theodor Plievier

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EDUARDO PEREIRA SALAS

Donación / 09 - Junio - 2004

Rebelión en la Pampa Salitrera

Traducción
Judy Berry-Bravo
Pedro Bravo-Elizondo

Traducción de Revolt on the Pampas de Theodor Plevier
(Editorial Michael Joseph Ltd.
Traducción de Charles Ashleigh. London. 1937).
Registro de Propiedad Intelectual N° 122 933
ISBN 956-7628-08-4

Edición
Miriam Salinas Pozo

Diagramación y Estilo
Ediciones Campvs
Universidad Arturo Prat

Coordinación
Patricia Carreño C.

Índice

Introducción 9

Prólogo 15

Libro Uno

De Hamburgo a la Costa Oeste

Capítulo 1 19

Capítulo 2 34

Capítulo 3 47

Capítulo 4 59

Capítulo 5 78

Capítulo 6 90

Capítulo 7 100

Libro Dos

En las tierras de Atahualpa

Capítulo 1 115

Capítulo 2 126

Capítulo 3 136
Capítulo 4 146
Capítulo 5 157
Capítulo 6 171
Capítulo 7 179
Capítulo 8 199
Capítulo 9 220
Capítulo 10 229

Libro Tres
La rebelión de los condenados

Capítulo 1 271
Capítulo 2 281
Capítulo 3 297
Capítulo 4 303
Capítulo 5 313
Capítulo 6 315
Capítulo 7 325
Capítulo 8 346
Capítulo 9 361
Capítulo 10 403

Post scriptum 406

Respectfully dedicated to
Margret Morel-Plievier
for her generosity in authorizing
this edition of her husband's novel.

Libro Tres

La Rebelión de los Condenados

1

Cuando el *Cap Finisterre* recibió al práctico de bahía en las cercanías de Atahualpa y Achazo saltó al bote, los dos hombres se sorprendieron tanto como Klaus quien observaba desde la borda. Antes de hacerlo, Achazo había conversado casualmente con ellos. ¿Había muchos barcos en la bahía? ¿Conocían a un viejo pescador, Antonio Paredes, y estaba vivo todavía? Sí, lo conocían y sí, estaba vivo. Entonces les preguntó si podrían llevar un pasajero.

"¿Por qué no?" contestaron. Fue así cómo Achazo subió al bote, soltó la amarra y lo desabrazó del velero. La pequeña embarcación pronto dejó atrás al *Cap Finisterre*.

"¿Qué haces en nuestro bote?" reclamó el que timoneaba.

"Bueno, tú dijiste que podrías llevar un pasajero. Tenía que abandonar el barco antes que llegara a puerto."

"Pero no puedes hacer eso."

"Ya lo hice. Si alguien te pregunta, dile la verdad. Dile que salté abordo y partimos antes que pudieras detenerme. No pudiste alcanzar el velero para llevarme de regreso. Eso es todo lo que tienes que decir. En cuanto al piloto, alguien se encargará de regresarlo a tierra."

"No teníamos que hacerlo. Ya nos íbamos cuando tú nos hablaste."

"Entonces, ¿cuál es el problema?" Los hombres se quedaron en silencio. Achazo adivinó cuál era. Anzuelos, lienzas y piolas se repartían en el *enjarctado*.

"Ya entiendo, veo que tienen listo el material de pesca."

"Sí, veníamos a pescar. El traer al práctico fue para ganar algo extra pues necesitamos el dinero."

"Ya me lo imagino."

"¿Y por qué dejaste el barco?"

"Tenía que hacerlo. Pero no deben perder tiempo por culpa mía. Si van de pesca, tal vez pueda ayudarlos."

"No es tan fácil como parece."

Achazo sabía por qué. Conocía la costumbre en esta costa de pescar con dinamita, un método que era ilegal.

"No se preocupen por mí," les respondió. Después de una leve duda, estuvieron de acuerdo. No podían hacerlo de otra manera sin perder una noche de trabajo.

"¿Conoces a Antonio?" preguntó uno de los pescadores luego de haber navegado un rato.

"Sí, pero no lo he visto hace tiempo."

"¿A quién más conoces en Caleta Buena?"

"A nadie más."

El pescador no insistió en su interrogatorio. Obviamente, resistía su curiosidad sobre su pasajero quien contó sólo lo que estimó oportuno. Había andado fuera de Chile por algunos años como marino y vino abordo del *Cap Finisterre* de *pavo*. "El viejo barquichuelo viajaba con media tripulación y se pasaba hambre. Al comienzo no nos daban ni la mitad de nuestra ración. Por eso tuve un encontrón con el capitán."

Achazo había estado analizando al pescador. Tenía el pecho muy ancho y casi nada de cuello. La cabeza parecía plantada justo entre los hombros. Un largo y grueso pelo sobresalía en su nuca. Su compañero, "Cholo," lo llamaba "Pingüino."

"¿Y cómo están las cosas por aquí?"

"Las cosas están malas en todas partes," contestó Pingüino. Achazo tenía que irse con cuidado para averiguar lo que deseaba saber. Los dos hombres sacaron los *sedales*. No fue hasta cuando los levantaron horas después que Achazo pudo informarse más. El dictador Carlos Ibáñez había sido derrocado y desde entonces el poder restaba en manos de los conservadores.

"Ya lo veo," asintió. "Y los conservadores son los terratenientes y banqueros, ¿no es así?" Pingüino no dio una respuesta directa.

"¿Cuánto tiempo has andado afuera?"

"Cuatro años."

"Esa fue la primera vez en que Ibáñez agarró el poder," recordó Pingüino, "y en Caleta Buena un grupo de jóvenes juntos con soldados, bajaron y prendieron fuego al local del sindicato y eso fue sólo el comienzo. Casi una tercera parte de los habitantes del pequeño pueblo había sido muerta, presa o transportada a otros lugares. Lo mismo ocurrió en todos los pueblos. Sí, cuatro años atrás. Fueron tiempos malos..."

Pareció que seguiría hablando pero se detuvo. Quedó mudo como el pescado que sacó del anzuelo y tiró al canasto. La reserva de los pescadores fue significativa. Implicaba no sólo la represión de los primeros cuatro años sino además que desde la caída de Ibáñez existía la restricción de expresar libremente una opinión.

La noche era oscura, neblinosa y el mar se encontraba quieto. Se podía creer que gozarían de una de esas noches cuando los pescados pican bastante. Pero no fue así. Sólo una docena de suaves y resbalosos congrios se encontraban en los canastos. En los anzuelos aparecían las cabezas de los pescados con los cuerpos destrozados. Evidentemente, alguna manada de lobos aprovechó la labor de los pescadores. Tuvieron suerte de recuperar el material sin daño alguno.

Izaron vela. El mar se mecía tranquilo y ya asomaba el amanecer. El viento de la costa, un *terral*, empujó el pequeño bote. Vieron palidecer las estrellas y la vela se hinchó más. Hacia la popa se perfilaba la dura y rocosa costa. Una gaviota, graznando, dio vueltas alrededor una o dos veces. La vida empezaba a bullir en el aire como también bajo el agua.

Fueron llevados por las brisas durante tres horas. Un fuerte olor llegó de la costa. Provenía de los gigantescos lobos que se asoleaban indolentes. Los machos se echaban cerca de las aguas y detrás de ellos, las hembras con sus crías. Sobre una alta roca, muy adentrada en el océano, había un enorme lobo. Sus hembras, aproximadamente cincuenta, con sus negras y aceitunadas crías, descansaban en el arenoso espacio debajo de él. Elevó su cabeza y bramó airado en protesta contra el quemante sol.

Los tres hombres bordearon la costa, pasando otras loberías y rocas cubiertas con aves marinas paradas plácidamente como si durmieran por mil años. Navegaron por campos de *huiros* que flotaban desde las rocas interiores.

Reposaron en el bote, sin moverse. Achazo sentado en el asiento del timón, permanecía con los ojos semicerrados. Podía apreciar el inmenso resplandor que abarcaba el mar,

y llenó sus pulmones con el aire de las costas que reconocía tan bien. El litoral de su país se estiraba por unas cuatro mil millas. En el norte casi la mitad era desierto, rocas y arena con una delgada capa de salitre, razón por la cual su gente se condenaba a la esclavitud no sólo por los amos de su propia nación sino por el control de países más poderosos.

Achazo había emigrado al norte con sus padres, mapuches de la zona agrícola del sur. Era entonces un niño, en las vísperas de la Primera Guerra Mundial. La exportación de salitre fue restringida, se paralizaron las obras y no se enviaron nuevas provisiones a las *oficinas* y pueblos pampinos. Sus padres aún jóvenes, sin saber adónde dirigirse y pese al calor y falta de alimentos, habían emprendido con él y toda la población de la *oficina*, una peregrinación hacia la costa. Muchos no poseían las energías necesarias para soportar el sol, la fatiga, el hambre y la sed. Sus cuerpos quedaron en las cuestas de los cerros de la costa. Su padre se contó entre los que perecieron.

Con su madre lograron arribar al puerto. Los muertos de hambre de la pampa colmaban los pueblos donde ya el desempleo había alcanzado mayores proporciones. Hubo muchos encuentros sangrientos entre la policía y los cesantes. La tensión y agitación reinantes sirvieron para mellar su memoria por la trágica muerte de su padre. Su madre fue capaz de llevarlo de vuelta al sur, a su río nativo, el Bío-Bío. Allí creció entre su propia gente, aquélla que los españoles nunca pudieron conquistar, que sólo comenzaba a ceder ante los métodos más sutiles de los gobernantes chilenos. Trabajó con los pescadores y cuando fue llamado al servicio militar, escogió la marina.

Jamás olvidó la pampa salitrera. Como el grumete más joven abordo, un hecho se la recordó trágicamente. Porque él fue parte de ese pelotón que ejecutó en masa a mil rotos encadenados y tirados al mar, la matanza que describió a sus compañeros en el *Cap Finisterre*. Los marineros se habían amotinado, es cierto, pero después que cumplieron las órdenes. Y con muchos otros, Achazo fue desterrado a los glaciales y encapotados desfiladeros del Cabo de Hornos. Nunca pudo olvidar la pampa salitrera y lo que allí había acontecido. Frescos en su memoria perduraron dos sucesos del pasado: la condenada y dispersa migración de pampinos muertos de hambre a través de los pueblos del desierto en la que sus progenitores habían participado. Y el cuerpo de su padre cubierto como pudieron con piedras; además, los dos angustiados y chillantes fardos de seres humanos botados en el mar. Esas eran las cosas que recordaba. Tampoco olvidó al hombre que estuvo a cargo de la masacre ese día. Aquel comandante con su grueso mostacho de caballería, traje de jinete, altas botas y grandes espuelas.

"¿Ese oficial de guerra, concejal...?" inquirió de repente, rompiendo el silencio de dos o tres horas.

"¿Qué concejal?" preguntó Pinguino.

"El hombre que enviaron a Iquique en ese tiempo."

"¿Saavedra?"

"Sí, ése es el nombre."

"*Puta*, también lo conoces."

"He oído hablar de él."

"Es el prefecto, comandante de la policía."

Aunque Achazo no dijo nada más, a Pingüino lo dejaba cada vez más intrigado. El mapuche les ayudó en sus tareas, levantó las lienzas y usó la red. En un momento dado, tomó el *asta* albacorera y la balanceó como avezado pescador

pingüino lo observó y se convenció de que su pasajero era pescador de la misma zona donde se había ido cuatro años atrás y se interesaba en gente como Saavedra. Sí, era hombre de alta mar, a pesar de que se metía en otras cosas. Eso quedó claro como el agua.

Achazo se sumergía en una confusión de pensamientos y emociones, al imponerse de la presencia de Saavedra y la certeza de la cercanía a la costa. Pocas millas faltaban para avistar las casas de Atahualpa y la sólida estructura del cuartel de policía, erigiéndose al filo del mar. Debía mantener una calma fría. Había regresado con un plan maduro y detallado. Un plan que correspondía a otro más ambicioso, que resultara en la liberación de los obreros del salitre. Era sólo coincidencia que este mismo Saavedra ocupara un puesto que lo convertía en el enemigo principal en la ejecución de su propósito.

Achazo le tendió una mirada a Pingüino quien por cuatro horas no se había movido de la popa. Pensó en Antonio, igualmente callado y taciturno, y en todos esos otros pescadores que había conocido años antes cuya prudencia y generosa solidaridad lo ayudaron en sus dos mil millas de viaje durante su destierro. Era imprescindible ganarse otra vez ese apoyo. Lo que hicieron una vez por el como individuo, debían realizarlo de manera sistemática por la causa de su propia liberación y la de sus hermanos pampinos.

Las pocas palabras que Achazo intercambió con Pingüino sobre el asunto de Saavedra fueron un intento de sonsacarle información y cada vez aquél se había refugiado en el silencio. De repente vieron un bote, el cual probablemente zarpó de Atahualpa, y luego apareció otro. El hecho de que ambos provenían del puerto, podría dar ocasión

para conversar. Pero ninguno hizo un comentario. Su laconismo se impregnaba con una curiosa expectativa como si cada uno esperara que el otro hablara primero.

Los techos de Atahualpa aun no se revelaban cuando Achazo, quien nunca relajaba su vigilancia del mar, notó una oscura aleta hendiendo las aguas y advirtió:

"¡Albacora a la vista!"

Pinguino percibió a la distancia un masivo y suave cuerpo deslizandose por la superficie. Venia en su dirección. Era una albacora y detrás, muy cerca, seguida por otra. Seguramente ya se habian alimentado y de acuerdo con su naturaleza, querian nadar *a flor de agua*, permitiendo así la calurosa luz del sol abrasar sus voluminosos cuerpos. Pinguino y Cholo bajaron la vela y, utilizando los remos, se dirigieron hacia el pez. Era tan largo como el bote, o quizás más, sin contar su pico o espada, que hacia larga como su cuerpo. El otro media menos.

"Una hembra con su cria," observó Achazo.

Pinguino descansó en sus remos. "No podemos cazarla entonces. Se va a poner brava."

Achazo tomó la lanza y la maniobró.

"Vale unas buenas diez libras esterlinas y ya es nuestra. No te preocupes. No va a arremetar por su cria. Es seguro que nos atacara."

"Es lo que te dije," arguyó Pinguino. "Seguro que nos atacará y entonces, ¿qué? Puede fácilmente romper el bote."

Achazo se dio vuelta y estudió fija y calmadamente a Pinguino. "Te dije que me la dejaras a mi. Tienen que estar listos para virar cuando se lo diga."

Pinguino devolvió la mirada. Algo se removio en su memoria. Un solo hombre habia existido en la costa que habitualmente se atrevia a cazar una furiosa albacora

hembra. Había escuchado hablar de él, ¿cómo se llamaba? Su pasajero seguía parado en la proa, el asta preparada y los ojos clavados en el pez. Pingüino sacudió sus pesados hombros y se sentó, listo para actuar con los remos.

"Empiecen a bogar," ordenó Achazo. Pingüino y Cholo aferrados a los remos hicieron adelantar el bote de un tirón.

La albacora serenamente notó el avance de la embarcación. No pensó que la atacarían. Había luchado contra tiburones y enormes pulpos y hasta roto grandes pedazos de la grasosa piel de una ballena. El bote seguía aproximándose. Esto no era lo usual. ¿Quizás significaba otra cosa? Con un empujón de cola, trajo a su cría para protegerla. Un suave estremecimiento recorrió su voluminoso cuerpo. Se preparaba para atacar.

"¡Ahora, muchachos!" gritó Achazo.

El bote se disparó rompiendo las aguas hacia el iracundo pez que golpeaba las olas, dejando espuma en su paso hacia el *lanceador*. El asta se alzó en la mano de Achazo. ¿Pero qué pasaba? Pingüino lo miró de reojo. No la había arrojado en ese momento decisivo. Todavía permanecía de pie sin moverse con la lanza en la mano. Esto quiere decir un estrellón, se lamentó Pingüino.

No hubo tal colisión. Pingüino vio la albacora que pensó estaría encima de ellos, yendo hacia adelante en un chorro de espuma, su espada apuntando precisamente al medio del bote. En ese instante Achazo lanzó el asta cuya flecha hirió al pez detrás de la cabeza, la cual agitó de lado a lado. Su gran cola golpeó el agua, rociándola.

Se aprontó para otro asalto, sólo que debía dar la vuelta. Achazo se aferró del *reimal* con sus manos vigilantes y prestas a la menor sacudida. Cada vez que el animal hacía un movimiento, él se las arreglaba para maniobrar de tal

manera que la punta de la lanza penetrara más hondo en su carne. La albacora trató frenéticamene de deshacerse de ella. Se meneó brutalmente. El agua mojó a los hombres. Fueron remolcados en un tumulto de espuma. Luego la albacora se hundió.

Achazo sabía que lo haría a gran profundidad para de súbito ascender a una tremenda velocidad y destruir el fondo del bote. Contó las brazas, diez, doce, quince... La tensa *piola* aflojó.

"¡Marcha atrás!" gritó Achazo. Los dos pescadores bogaron duro. A unas pocas brazas de distancia apareció la albacora, disparando la mitad de su cuerpo por sobre la superficie, con su pico enfilado. El crio también reapareció imitando las acciones de su madre, quizás concluyendo que todo era un juego.

Se hundió de nuevo. Y una vez más su ataque falló. Después de un tercer intento, se dio por vencida y buscó escapar. Ondeó el mar, arrastrando tras sí la embarcación. Achazo sabía que la lanza no aflojaría. El pez estaba aniquilado, aunque pasaría un tiempo antes que se cansara. Los arrastraría algunas millas. Usó todo el cabo. No había nada más que hacer sino esperar.

Pingüino había presenciado lo suficiente. Sabía con quién había compartido su bote desde el día anterior. "¡Achazo!" exclamó y estrechó la mano del mapuche. Era el saludo de un viejo camarada.

2

A pesar de todo, no habían terminado con la albacora. Su cría todavía nadaba en los alrededores. Como los peces adultos siempre andan en pareja, el macho o *pejeaguja* no debería estar lejos y podría aparecer en cualquier momento. Aprontaron la segunda lanza y enrollaron el cabo.

Entonces vieron la otra albacora. Los hombres en la más cercana de las embarcaciones que provenía de la bahía, se aprestaron para cazarla. Había dos en el bote, casi lo requerido para realizar la empresa. Uno se encargaba de los remos y el otro se paraba en la proa con el asta en la mano.

"Es Cachimba," dijo Pinguino. Cholo también reconoció la maciza figura baja, contra el cielo fulgurante. La albacora de ellos apenas se deslizaba y los tres podían observar tranquilamente cómo lanceaban la otra. El brazo de Cachimba se cimbró y el asta cruzó por los aires. Luego se agachó para recoger la cuerda. Trabajaba con las dos manos y, al levantar el *reinal*, apareció la lanza. Había errado. Se paró de nuevo para tratar una vez más. Pero ya no tenía posibilidades.

Algo aconteció que para Achazo, Pinguino y Cholo, quienes miraban contra el sol que se ocultaba, les pareció

como una rápida y tenebrosa representación. En vez de bote, un extraordinario triángulo se elevó en el mar. El *pejeaguja* lo había embestido con tal furia que su espada y cabeza se metieron derecho en las *cuadernas*. El gigante quedó atrapado hasta su gran aleta dorsal en el maderamen.

Por un instante, las dos figuras en aprieto se destacaron contra el cielo. Luego se apartaron en cuanto el pez buscó liberarse del enmaderado que lo aprisionaba. El bote se volcó y la aleta semicircular de su cola emergió nuevamente. Empezó un furioso revoloteo cuando la albacora decidió golpear y destruir el *falucho*.

La embarcación de Pingüino se acercaba a todo andar, pues sin duda la herida hembra había oído a su compañero e iba hacia él. Achazo tomó la segunda asta y se paró en la proa.

"¿Cuánto cabo nos queda?"

"Nueve o diez brazas."

"No es suficiente. Tenemos que usar algo del cabo de la albacora. ¿Tienes una boya? Sí, la veo. Empecemos a recogerlo ya. ¿Listos? ¡Ya!"

Pingüino y Cholo se esforzaron hasta que tuvieron bastante cabo. Lo amarraron a la boya y la tiraron por sobre la *regala*. Cuando la albacora sintió la falta de tensión, al no arrastrar tanto peso, prosiguió su marcha. Se encontraba muy débil para combatir y ni siquiera trató de acudir en ayuda del macho. Este había acabado con la embarcación. En la superficie flotaban pedazos de madera. Cuando decidió arremeter a los dos pescadores nadando en busca de protección, notó otro enemigo más grande, el bote de Pingüino que estaba a poca distancia. Abandonó la persecución y se devolvió a atacarlo.

Achazo se irguió con la lanza preparada.

Sosegadamente observó el *pejeaguja* que avanzaba, su suave piel azul oscura, las aletas prominentes y sus ojos

rencorosos. Entre esos dos ojos habia dos manchas y el arpón penetró en medio de ellas hasta el mango del asta.

Esta albacora era un poco más voluminosa que la hembra, sin la habilidad de ella. Se había acercado de frente y el arpón llegó a su destino. El pez abandonó su asalto al instante. No se hundió, sino dio lerdas vueltas dos o tres veces sobre el eje de la flecha y comenzó a alejarse. La otra albacora todavia tenia fuerzas. Nadó hacia su compañero y al pasar al lado del bote, Pingüino manoteó la boya y la subió abordo. Viajaban detrás de una familia unida, la pequeña cría tras de sus padres. La tercera embarcación se dirigia velozmente hacia ellos.

"Es Antonio," observó Pingüino. "Está cerca de ellos. Pobre Cachimba, tenia un buen bote."

"Moreno está con él," agregó Cholo. "Apenas lo reconocí."

"Moreno no es pescador. Es un cesante de Atahualpa," explicó Pingüino a Achazo lo cual le ayudó a entender el accidente de Cachimba.

Por el momento disponian de tiempo y Achazo se apresuró a utilizarlo para saber qué sucesos ocurrian en tierra. Aquí se le ofrecia la oportunidad de ganar la cooperación de los dos hombres para su plan. Sabia que tenia su confianza y que hablarian sin rodeos. La ventaja del mapuche era el conocer tan bien la vida y penurias que llevaban los pescadores. Se agregaba el hecho de que su nombre era notorio como cazador de albacoras y alguien a quien muchos de ellos ayudaron cuando escapó de su destierro. No pensaba ocultarle nada a Pingüino.

De improviso el *pejeaguja* quedó de espaldas, quieto. Su pálido vientre relucía. Izaron el cabo. La albacora, mortalmente herida, tuvo que arrastrar el bote y a su compañero muerto. Siguió adelante.

Achazo comenzó a averiguar datos de lo ocurrido en el país desde su partida. Mientras estuvo lejos había seguido el desarrollo general de los acontecimientos a través de periódicos y otras lecturas. Sin más tardar, quería enterarse de una variedad de detalles y, mientras hablaban, intercambió su propia historia con las noticias que Chelo y Pingüino le proporcionaron.

Hacía cinco años que marchó bajo escolta militar a lo largo del país rumbo a su exilio. El era uno de la columna de marineros amotinados. En cada pueblo que pasaron, incluyendo Santiago, banderas y estandartes colgaban de los edificios y, en las calles y cafés, bandas tocaban el himno nacional y marchas triunfales. La gente celebraba pues había elegido a su líder.

"Sí, actuaban como locos," recordó Pingüino. "Yo también fui uno de ellos, como un pobre diablo. Sí, pensé que Ibáñez iba a traernos tiempos mejores."

"Casi todo el mundo pensó lo mismo."

"Decían en los periódicos que el precio del pescado iba a subir."

"Ibáñez lo prometió todo a todos. El sabía lo que cada uno quería."

"Sí, y ninguna de sus promesas la cumplió, ni una."

Desbaratados los partidos políticos, desorganizadas las fuerzas obreras, no hubo candidatos que se le opusieran. Este hombre que había prometido salarios más altos, empleo para los cesantes, prosperidad para los hombres de negocios y oportunidades educacionales y culturales para los jóvenes, fue electo presidente con el noventa y ocho por ciento de aquéllos con derecho a voto.

Y esos jóvenes marineros, al pasar por las calles bajo escolta, fueron abusados, maltratados y aun apedreados por

los ciudadanos, estudiantes e incluso por los enflaquecidos cesantes. Cuando llegaron a los cuarteles de policía donde debían permanecer por la noche, estaban sangrando, aturdidos y confundidos. Este regocijo universal, esta unanimidad, empezó a convencer a muchos de ellos que su revuelta había sido un error. Así, con esta creencia, fue que arribaron a la fría y dura región de su destierro.

Después de un tiempo, Achazo logró escapar. Llegó a la costa y un pescador lo llevó en su bote. Pasaron muchas semanas de viajar a la vela a través de claras y oscuras noches en búsqueda de las albacoras. Durante esa época, Achazo cambiaba de bote, al principio simplemente para no ser una carga o comprometer a los que lo ayudaban, pero luego con la intención de ir más lejos, hacia el norte, hasta llegar a la frontera con Perú.

"Debería haber estado feliz en esos días, pues había escapado. Pero no lo estaba," confesó Achazo.

"Sí, eso fue lo que escuché. Una vez me encontré con un pescador de Iquique que había ido a la pesca contigo. 'Es un *cabrito*,' me dijo. 'Pero tan conversador como el mango de una lanza y cuando habla sólo pregunta qué pasa en tierra y qué dicen los trabajadores sobre Ibáñez."

"Lo mismo me contó Antonio de Caleta Buena."

"¡Ah! Sí, Antonio. Era diferente del resto y con él podía hablar de todo. Fue Antonio el que me trajo a través de la frontera."

"¿Así es que viajaste de bote en bote todo el camino del Cabo de Hornos al Perú?"

"Así fue."

Achazo había recorrido el litoral en toda su longitud sin poner sus pies en tierra ni una vez. Durante su travesía, llegó a conocer mejor que nadie las costumbres de los

pescadores de albacoras. Los cincuenta o más con quienes había navegado, propagaron los rumores de su gran agilidad en la pesca y lo extraño de sus repentinas apariciones, desapareciendo de igual forma, lo que le dio un lustre de fantasía a su nombre.

Cada pescador con el cual había izado vela le daba la misma noticia. Se abrieron nuevas minas, nuevos caminos, el desempleo bajaba, los sueldos subían y los obreros gastaban su dinero libremente. Una naciente prosperidad había surgido y la crisis, terminado.

No fue hasta más tarde, cuando Ibáñez abandonó el país, que se descubrió la causa de esta milagrosa recuperación. El dictador había obtenido un gran préstamo norteamericano. En pago, había hipotecado a los financistas yanquis las minas del Estado, los ferrocarriles, los monopolios del aire y plantas eléctricas. De esta manera había expandido los privilegios para las compañías norteamericanas, las que eran en verdad los actuales gobernantes.

Esta restauración se convirtió en el febril sofoco tuberculoso de una agonizante economía independiente. Duró por un tiempo. Pareció que los dirigentes americanos se preocuparon menos de las necesidades del país y el pueblo que sus antiguos líderes. Introdujeron drásticas y rápidas medidas de racionalización en las fábricas bajo su control. Entregaron la responsabilidad de los empleados cesantes al Estado en bancarrota y el cual no podía hacer nada por ellos. Algunas de sus empresas las cerraron completamente, inundando áreas con cesantes y hambrientos. Los autores de estas series de desastres vivían muy lejos, en los Estados Unidos, y no temían ninguna de las desesperadas represalias que realizaran estos infortunados.

Desde Perú, Achazo se embarcó como marino en un velero transoceánico y pasó varios años en el mar. Durante ese tiempo fue capaz de estudiar el desarrollo de Chile y además introducirse en otras áreas para las cuales antes no había tenido oportunidad. En la semioscuridad de varios barcos, leyó los libros de los grandes escritores rebeldes: Kropotkin, al principio, luego Marx y Engels. Más tarde, cuando se divulgaron las expresiones de Lenin con respecto a la explotación de los pueblos coloniales, se dio cuenta de lo que había sucedido en su propio país semicolonial. Achazo, el indio mapuche pescador quien ingresó a la marina de niño, comprometido en el centro de un remolino político y trabajado abordo de barcos de distintas nacionalidades, inició un duro y peligroso camino. Por eso insistió en sus estudios, comprendiendo esas cuestiones políticas y económicas que lo habían preocupado, como así también el papel fatídico que jugaba el fascismo.

De simple rebelde, animado por una vaga protesta emocional contra la injusticia, se convirtió en un informado y práctico revolucionario cuya capacidad fue puesta a prueba en muchos conflictos en varios países y en el mar.

Regresaba a su propia tierra y se halló en una posición, por lo menos, curiosamente parecida a aquélla de antes de su partida. Una vez más se sentaba en el bote de un pescador a quien conocía por unas pocas horas. Igual que antes, la conversación lidiaba con la situación en el país, el cual no muchas millas a lo lejos se dibujaba en las masas de las montañas de tonos ocre y negro. Sin embargo, era un nuevo y experimentado Achazo. Las condiciones en tierra habían cambiado. Los hombres con los que compartió sus aventuras, habían comprobado la desilusión de un gobierno. Nuevos movimientos de protesta y rebelión brotaban en ellos.

Estarían más que dispuestos a luchar que aquellos de años atrás.

Cuando la energía de la moribunda albacora se acabó, su avance se hizo más lento. Antonio, quien había recogido a los dos pescadores náufragos, los siguió. Y por unos instantes observaron otro bote que se acercaba más rapido que el de Antonio.

Era ya un atardecer en que no soplaba ni una brisa, cuando por fin la albacora quedó al costado de la embarcación y mostró su gris y blanquizco vientre hacia el cielo. El primero de los otros dos botes había llegado cerca de ellos y el tripulante estaba en la proa observando lo que habían pescado. Pinguino lo llamó en cuanto se acercó.

"Mira, ¡Pejeperro!" y apuntó hacia la joven albacora que nadaba por el cuerpo de su madre. Sería una faena simple y Pejeperro al punto empezó a remar hacia el pez. Pero no fue fácil. Este se alejó y hundió, y reapareció a una corta distancia para hundirse nuevamente. El bote de Pejeperro lo persiguió. Era difícil verlo en la ya creciente oscuridad. El otro falucho llegó.

En ella estaban su dueño Antonio, Cachimba, Moreno y la ayudante de Antonio, Tutapa su nieta. Antonio reconoció de inmediato a Achazo. Fue un atardecer como ése en que por primera vez lo vio, cuando lo había llevado hasta la costa para dejarlo en territorio peruano. Antonio lo había ayudado no sólo porque era un camarada pescador con problemas con la ley como la mayoría de los otros, sino porque el viejo era un revolucionario y cumplía su tarea como un deber que tenía que ser ejecutado de cualquier manera. Mantuvo las manos sobre la frente para impedir el reflejo del sol en el horizonte y miró fija e íntimamente a Achazo como para descubrir lo que estaba debajo de la calma del indio y su amigable faz.

"Aquí estoy de vuelta otra vez," fue su introducción mientras atracaban y quedaban aparejados.

"Y justo a tiempo también," replicó Antonio. Pinguino decidió dar la albacora hembra a los otros y quedarse con el *pejeaguja*. Antonio se ofreció para destripar la albacora y se puso al costado del cuerpo del animal. Como la mar estaba sosegada y el viento no soplaría hasta la medianoche, sugirió que cocinaran y comieran algo.

En cuanto el sol se escondió, el mar carmesí volvió a ser azul. El vientre de la albacora muerta brilló pálidamente y las líneas de los dos botes se recalcaron contra la oscuridad del mar y el cielo. Antes que se escuchara el sonido de su acercamiento, se asomó la embarcación de Pejeperro. Había capturado la joven presa. La costa quedaba a unas diez millas de distancia.

Tutapa preparó fuego en el tarro que servía de caldero y puso un tiesto a hervir. Pingüino destripó los congrios para freírlos. Muy pronto la comida estuvo lista y repartida. Después los hombres encendieron sus pipas y cigarrillos. Era raro que los pescadores de Atahualpa y Caleta Buena tuviesen ratos disponibles para disfrutarlos, pero esta noche ya tenían su pesca y había asuntos que urgían ser discutidos.

"Creo que hay algo de lo cual todos queremos hablar," empezó Pingüino. Y miró hacia Achazo.

El mapuche prendió su pipa y contempló por un momento el humo que se elevaba verticalmente hacia el quieto aire. No podía haber tenido una mejor oportunidad que la que le brindaba esta reunión en el mar, seguro de no contar con interrupción o vigilancia alguna. Había nueve personas, incluyendo a Tutapa y él mismo. Sabía que Antonio era un viejo y leal partidario de la causa. Fue él quien había puesto a Achazo en el camino recto cuando las dudas lo abrumaron. Conocía a Pingüino y Cholo por

un día, era verdad, pero sabía que eran enemigos de la dictadura. No resultaba lo mismo con Cachimba y su ayudante. Tenía que saber algo de su actitud. Deseaba escuchar a Cachimba antes de comprometerse demasiado.

"No soy yo quien debe decir las primeras palabras," dijo paulatinamente. "He estado fuera por largo tiempo. Chile ha cambiado desde entonces. Todo lo que sé es que el dictador anterior prometió traer el socialismo y el presidente actual también habla un montón sobre él. El sector político que está consiguiendo más apoyo y que mañana puede ganar simpatiza con la Unión Soviética, diciendo que ese es un sistema el cual no conoce la crisis y el desempleo como ocurre en el resto del mundo."

"Sí, Saavedra dice eso."

"Ya lo veo, Saavedra también dice eso. Bueno, Saavedra aquí y Dávila en Santiago. Los dos son militares y uno de ellos dio la orden de ahogar en el mar a mil trabajadores. El otro ha echado de sus tierras y baleado a los campesinos en el sur."

"Sí, todos sabemos que Saavedra y Dávila son unos cerdos." Este fue Moreno el que habló. Se había recuperado del choque con la albacora y estaba feliz de que Cachimba no lo culpase ante los demás por su falta de habilidad marina. Achazo lo miró detenidamente. El hombre poseía ojos inquietos y sus cejas crecían juntas sobre su nariz. "Sí, sabemos lo que estos hombres son y sabemos que mienten cuando dicen que ellos van a terminar con el sufrimiento del pueblo. Para apoyar sus mentiras, utilizan una verdad que cada vez es más clara que el agua. Usan en forma chueca el lenguaje del socialismo y de los soviets y con esto atraen más y más partidarios."

"Son fascistas, ¡eso es todo!" chilló Moreno.

"Carlos Ibáñez, quien antes tuvo el poder, Juan Esteban Montero, quien lo tiene y Carlos Dávila que será el próximo, todos ellos son fascistas. Hablan favorablemente del socialismo porque hoy en día nadie puede negar esta realidad. Pero persiguen a nuestros líderes y destruyen y prohiben los libros socialistas. Y este es el asunto principal: ellos no quieren tener el socialismo a través del poder de los obreros y campesinos. Ibáñez obtuvo la ayuda de los banqueros norteamericanos. Montero está tratando de conseguir capital británico y europeo. Y Dávila sostiene que las salitreras y la tierra debieran ser nacionalizadas como en Rusia, pero a la vez dice que el capitalismo y los capitalistas no deben ser molestados."

"Eso es lo que Saavedra dice también."

"Si, él repite lo que Dávila dice."

"Ibáñez estaba en una posición fuerte," resumió Achazo, "porque prometió algo y las masas le creyeron. Pero el actual gobierno es débil pues ya no es fácil engañar al pueblo con promesas."

"Los trabajadores están empezando a darse cuenta de su propia fuerza otra vez," acotó Pingüino.

"Eso es verdad," comentó Antonio. "Y Montero tiene que devolvernos el derecho a organizarnos."

"¿Y de qué sirve?" prorrumpió Moreno. "En la pampa, cualquiera que trate de organizar algo es arrestado. Lo he visto yo mismo varias veces."

"Así es," replicó Achazo. "Pero el asegurar ese derecho en el papel es señal de nuestra fuerza o de la debilidad de ellos. No es la única concesión que este gobierno ha tenido que hacer. Estas concesiones demuestran que la dictadura de Montero es sólo una fase que cambiará pronto. Si las organizaciones de trabajadores no se fortalecen, pronto

vamos a tener una tercera etapa fascista con Dávila o Saavedra, alguien como ellos a la cabeza."

"Saavedra, ¡*nica*...! Era Cachimba quien hablaba por primera vez. "Prefiero meterle una carga de dinamita bajo el cuartel y mandarlo a él y a sus soldados al infierno. Hay suficiente pólvora guardada en la pampa y en los campamentos."

"Se puede hacer," confirmó Moreno. "Todo lo que se necesita es poner dinamita en un bote y empujarlo bajo el cuartel por entre medio de los pilares. Ya hemos encontrado el lugar donde podemos hacerlo. Todo lo que necesitamos es una noche oscura y un par de hombres dispuestos."

"Bueno, pero ya no tienes un bote," dijo Cholo, mirando de reojo a Moreno.

"Es la pura verdad," añadió Cachimba.

Achazo estudió a los dos hombres que habían discutido el plan. Se notaba que verdaderamente lo querían realizar, por lo menos Cachimba le daba esa impresión. Se sentía un poco inseguro con respecto a Moreno. Se reía mucho cuando hablaba y eso lo preocupaba. Por lo general uno no se ríe cuando propone cosas como ésas.

"Es la única manera de combatir el fascismo. Ellos no te dejan usar otros medios," continuó Moreno, mirando hacia Achazo y encontrándose con sus ojos inquisidores. Achazo ya sabía que no era pescador.

"No, no es la manera de combatir el fascismo. Sólo los obreros y las organizaciones que van a construir una nueva sociedad son capaces de luchar contra el fascismo y de manera sistemática."

"Organizaciones, ¿y dónde están?"

"¿No queda ninguna en pie?" argumentó Achazo.

"Bueno, todavía queda algo," afirmó Pinguino. "Pero divididas en pequeños grupos, aquí y allá. Casi no hay contacto entre ellas mismas."

"Yo traté de organizarlos una vez," agregó Moreno. "Pero agarraron a todos los hombres que colaboraron."

"¿Dónde los agarraron?" inquirió Achazo.

"¿Dónde? En todas partes."

El tono de Moreno mostró irritación como si considerara superflua la pregunta.

Achazo no prosiguió con el tema. Miró hacia el cielo. Un techo neblinoso, apacible, caía sobre el mar. No había señal de viento. Pensó que era hora de poner fin a la discusión.

"Tenemos que empezar a trabajar. Si llega el viento, tenemos que estar listos para usarlo. De lo contrario tenemos un largo viaje a remo."

Comenzaron a destripar la albacora, Pinguino y Cholo en un lado y Antonio y Achazo en el otro.

Tan pronto como terminaron, Pinguino y Antonio alzaron velas. Como dos botes con albacora sería mucho para la pequeña caleta de Caleta Buena, decidieron que uno de ellos debía dirigirse a Atahualpa. Achazo pasaría la noche con Antonio. Pinguino dijo que él tenía asuntos pendientes en Atahualpa. Pero como quería continuar con la conversación, sugirió que parte del viaje lo haría en el bote de Antonio. El y Achazo se pasaron al de Antonio, dejando a Cholo y Moreno en el de Pinguino.

Tutapa timoneó la embarcación de su abuelo. Los tres hombres se sentaron en frente de ella. Pinguino fumaba un buen tabaco de un barco inglés y lo pasó a los demás.

"¿Qué saben de Cachimba?" comenzó Achazo.

"Lo conozco bien y puedes confiar en él," contestó Antonio.

"¿Y Moreno?"

"El bajó de la pampa," confirmó Pinguino. "Cachimba dejó la mar por un tiempo y fue a trabajar allá arriba y se

encontró con Moreno. Luego Cachimba volvió a la posa y más tarde Moreno apareció en Atahualpa. Pero tenemos que apurarnos si el viento se mantiene así. Tengo que regresar pronto a mi bote. Achazo, ¿qué podemos hacer, cómo podemos ayudarte?"

"En este momento, todo depende de los pescadores."

"¿Por qué?"

"Bueno, tú dices que todavía hay grupos del Sindicato Rojo de Trabajadores y están los Comités de Cesantes por todos lados e incluso un Partido Comunista aunque reducido. Pero todos estos grupos están desparramados y han perdido contacto entre ellos. Es cierto que hay huelgas, manifestaciones de cesantes y algunos pequeños alzamientos. Pero nacen de la desesperación y el sufrimiento. No están organizados. Todos estos movimientos están aislados y por eso es fácil destruirlos. Nuestra meta más importante es la coordinación de todas las fuerzas antifascistas. Y no la puedes lograr sin tener primero un adecuado y eficiente sistema de comunicación."

"Eso no se discute."

"Bueno, pero ¿cómo lo vamos a hacer? No podemos usar el ferrocarril. Está vigilado. Es lo más peligroso y *peliagudo*. Probablemente por eso fue que los contactos se perdieron, según dijo Moreno."

"Es verdad. ¿Pero qué más podemos hacer? No podemos ir a pie a todas las *oficinas* salitreras."

Achazo sabía que este sistema sólo serviría en el caso de los campamentos cercanos al puerto. Largas caminatas a través del desierto eran casi imposibles y, a la vez, demasiado lentas. Tenían que cubrir grandes áreas si querían alcanzar unidad de acción. La pregunta de Cachimba le permitió ir directo a su plan.

"¡Hay una manera mejor."

"¿Y cuál es?"

"Ustedes saben cómo hice yo mi viaje a lo largo de esta costa," comenzó Achazo, mirando a Antonio y respondiendo a Cachimba. "Nunca puse pie en tierra. Cada pescador me llevó parte de mi camino y cambiaba de bote..."

"Ya te entiendo," exclamó Cachimba. "¡La ruta del mar! Nunca pensamos en eso."

"Exacto. No la vemos porque está justo debajo de nuestras narices. Mi propia experiencia me hizo pensar en ello. La misma manera en que viajé, pero organizada y permanente. Una conexión regular entre los pescadores a lo largo de toda la costa y entonces, todos esos grupos dispersos en tierra pueden ser unidos. Esa es una de las ventajas de vivir en un país que es casi todo largura y casi nada de anchura. Podemos acarrear noticias, cartas, propaganda y también mensajeros, organizadores y refugiados si es necesario."

"*El despipe!*" opinó Pingüino.

"Y la vamos a poner en práctica," enfatizó Achazo.

El mapuche había tenido tiempo de sobra para madurar su plan, antes y después de embarcarse en el *Cap Finisterre*. Lo explicó en detalle.

Las arenosas pampas nortinas con sus depósitos de caliche, se extienden paralelas a la costa. Más o menos en la mitad de esta extensión hay una angosta ensenada, difícil de entrar, llamada Caleta Vieja. El hecho de que sus abruptos acantilados la hacen inaccesible por tierra, motivó que los filibusteros la usaran como refugio en épocas pretéritas. Los españoles levantaron un pequeño fuerte en el llano que domina la ensenada, impidiendo la entrada de barcos enemigos. Las ruinas del fuerte todavía permanecían en pie.

Este discreto y solitario lugar iba a ser el cuartel general. Fácilmente ocho botes podían tomar a su cargo la comunicación hacia el norte a lo largo de todo el territorio de la pampa salitrera. Una segunda instancia tendría que desarrollarse hacia el sur de la pampa. Así un par de ellos podía mantener contacto directo con Valparaíso y por consiguiente con la capital.

Los otros estuvieron de acuerdo en que el plan sonaba excelente. Sin embargo, había innumerables detalles que debían estudiarse antes de completar el sistema de comunicaciones. Sólo los pescadores en los cuales se pudiera confiar debían ser reclutados. ¿Cómo los iban a encontrar? El resto de la dispersa organización podría ayudar. Ellos conocían a su gente en sus localidades y recomendarían a los mejores.

Decidieron que el plan tenía que ser discutido y analizado con mucho cuidado. Prepararían los detalles preliminares en la próxima reunión que se efectuaría tres días más tarde en una escondida ensenada al sur de Caleta Buena. Invitarían a otros.

El viento agarró fuerza y Cholo trajo el bote hacia ellos para embarcar a Pingüino. "No se olviden," repitió Acharo. "Debemos tener a Cachimba, a Lobo y Patacocha en la reunión. Es importante."

"Déjamelo a mí," respondió Pingüino.

3

Tal como lo prometió, tan pronto Pinguino llegó a Atahualpa, dejó que Cholo se encargara del bote y fue en busca de Cachimba y Lobo, otro pescador conocido por todos ellos, y los comprometió a asistir al encuentro.

El día siguiente se dirigió a la pampa a visitar a Patacocha quien era comunista y dirigente del Sindicato Rojo. Quería invitarlo a la reunión y, si era posible, traerlo de vuelta con él. Encontró a Patacocha en casa. Era un hombre de edad, moreno, delgado y firme como un roble. Sentado en una esquina de la pieza, descansaba su pierna lisiada, quebrada por una *colpa* de salitre, en un cajón de madera. Con él estaba otro hombre a quien Pinguino conocía. Su nombre era Macho. Una gran cicatriz recorría su mejilla hasta la esquina de la boca.

"Hola, Pingüino, ¿qué noticias traes de Caleta?" inquirió Patacocha.

"Esta vez no tiene nada que ver con Caleta Buena," respondió, poniendo su canasto en el suelo. "Pero primero, este pescado, ¿puedes dárselo a alguien? Tú sabes quién lo necesita."

"Ya sé, Pingüino, quieres que se lo dé a las familias en los campos de trabajo." Pingüino asintió.

"Saavedra envió un tren cargado con alambre de púas," informó Macho. "Han levantado un campamento para los cesantes a unos cien kilómetros de aquí. Allá utilizaron el alambre. Hace dos días cogieron un grupo en las cercanías y sólo Dios sabe lo que está pasando en las otras oficinas en la pampa."

"Sí, ése es el asunto, por eso vine." Pingüino se detuvo y miró hacia la puerta abierta.

"Es mejor si está abierta," observó Patacocha. "Todos la mantienen abierta por estos lados. Con murallas y techos de calaminas, te cocinas si no lo haces y la arena entra igual no más."

Patacocha era un hombre cauto y acostumbraba a no actuar diferente a sus vecinos. Tenía buen ojo para los detalles. Como no había sillas, Pingüino se sentó con los otros dos en la cama de paja. Si alguien hubiese entrado, él habría sido un simple vendedor de pescado que por un momento reposaba a la sombra.

"El contacto entre las *oficinas* y los pueblos de la costa de eso he venido a conversar. Hay un plan que creemos que va a funcionar. Les prometí a Antonio y Achazo que ustedes van a encontrarse con ellos para discutirlo."

"¿Achazo?"

Patacocha pensó por un momento. "¿El del motín de los marineros esa vez en Iquique?"

"El mismo. Todos los pescadores hasta el Cabo de Hornos lo conocen. Un par de días atrás, llevé en mi bote al práctico de bahía a un velero y de repente saltó al bote desde el barco."

Pingüino les contó toda la historia, la pesca de las albacoras, la mala suerte de Cachimba y su conversación

acerca del plan. Patacocha lo escuchó sin interrumpirlo. Luego se volvió hacia Macho.

"¿Qué te parece?"

"Que tiene toda la razón."

"Sí," reafirmó Patacocha. "De todos modos tengo que bajar al puerto y discutirlo con él. Es mejor que tú también vengas, Macho."

"Mandé el bote a Caleta Buena," añadió Pinguino. "Podemos embarcarnos allí. Nos va a tomar unas seis horas."

"Está bien. Tomamos el tren y vamos a llegar a Caleta Buena mañana a mediodía."

Pudieron viajar parte del camino en el tren salitrero, pero decidieron que sería preferible abandonarlo unos pocos kilómetros cuando disminuyera la velocidad. La precaución fue oportuna pues cuando estuvieron en la cima de la cuesta que llevaba a Caleta Buena, vieron a un grupo de soldados cabalgando hacia abajo en el otro lado de la aldea. La tropa irrumpió en varias casas, la de Pinguino entre ellas. Permanecieron escondidos hasta que los divisaron subiendo la cuesta con sus prisioneros.

Esta había sido la redada sobre el pueblo que Klaus y sus compañeros habían presenciado desde el velero. Los tres esperaron la oscuridad para entrar en la población. Les significó doce horas de retraso. Encontraron a Lobo esperándolos en el bote y navegaron hacia el sur a la pequeña ensenada donde Achazo los aguardaba. Había estado en tierra con algunas provisiones desde el día anterior. Juntos a él, venían Antonio y Lobo. Al poco rato de la llegada de Pingüino, Patacocha y Macho, Pejeperro desembarcó con Cachimba quien era su compañero de faena. Sumaban nueve en total: cuatro pescadores con sus botes, tres de ellos sus tripulantes y los dos dirigentes de la

organizacion de obreros pampinos, Patacocha y Macho se sentaron alrededor del fuego y disfrutaron del pescado frito preparado en una gran sartén de fierro. Habían aprobado el plan general. Ahora elaboraban los detalles. Patacocha y Macho agradecieron la inesperada ayuda que los pescadores les iban a prestar. Los cuatro hombres de mar decidieron que ellos consolidarían la comunicación en todo el distrito de Atahualpa. Querían proyectar en seguida los arreglos de un horario. Achazo arguyó que así no se debía proceder. Primero, debían organizar toda la sección norte de Atahualpa hasta Caleta Vieja. Pidió a los cuatro pescadores cubrir ese trecho, cada uno escogiendo un lugar separado, quedándose allí lo más posible para asegurarse del apoyo de aquellos en los que pudieran confiar.

La idea de Achazo era que precisaban abandonar el riesgoso método de emplear el ferrocarril, incluso en el largo trecho a Valparaíso.

"La conexión con Valparaíso es importantísima y la más peligrosa. Un solo hombre puede estar a cargo y nadie debe saber quién es, excepto los que tengan que saberlo. Tenemos que crear continuos enlaces con Santiago donde están las centrales de nuestras organizaciones. De ellos recibiremos noticias, instrucciones, propaganda. Si no lo hacemos y sólo participamos con nuestra gente aquí en el norte, las cosas morirán por falta de información. La corriente de noticias de la capital mantendrá a nuestra gente en movimiento y ocupada a la red de comunicaciones."

La propuesta de Achazo con respecto a los pescadores significaba que los cuatro estarían alejados de sus hogares por un tiempo. Acordaron hacerlo y podrían cumplirlo en dos o tres días. Patacocha y Macho insistieron que las relaciones entre los varios puertos salitreros se establecieran sin demora.

"No tiene que ser cada dos o tres dias," arguyó Patacocha, "o cada semana. Por mientras, cada diez dias está bien. Nuestras secciones en la pampa tienen que reorganizarse y no lo podemos hacer sin algunos acuerdos para que cada sección sepa lo que las otras están haciendo."

A fin de cuentas acordaron que mientras se completaba la organización y la ayuda de otros botes, debería haber un servicio quincenal entre la costa que se extendía desde Perú a Caleta Vieja. Lobo acababa de comprarse una nueva embarcación. La vieja estaba en la playa de Atahualpa. Si el le daba el bote a uno de los ayudantes, sugirió a Cholo, dejaría a uno de los otros libre para la conexión con Valparaiso. Fue Antonio quien se ofreció para este trabajo, el más duro y peligroso. No tenía a nadie en tierra por quién preocuparse. Tutapa podía viajar con él y unas cuantas sardinas u otra pesca era todo lo que precisaban para alimentarse. Se las arreglarían para conseguir algo de pan.

Fue así cómo perfeccionaron las conexiones de la costa, incluyendo Valparaiso y la capital. Hasta aquí, era únicamente un bosquejo del plan total de Achazo. Los contactos serían a largos intervalos y en muchos lugares no se establecerían hasta disponer de más pescadores con botes que pudieran ser reclutados.

Achazo insistió que nadie, excepto los comprometidos en el trabajo y los organizadores de los cuerpos revolucionarios en los puertos, debía saber cómo se realizaban las conexiones. Esto lo llevó a preguntar por Moreno. Cuando Pinguino explicó su tardanza, contándoles de la redada de la policía en Caleta Buena, la cara de Moreno reapareció en la memoria de Achazo por alguna razón.

Cachimba contestó, "No sé nada que esté en contra de él. Lo conocí cuando trabajé en la pampa. Cuando yo dejé

el campamento, él bajó un tiempo después. Pescó conmigo por una semana y desapareció por un par de días. Dijo que regresó a la pampa. Yo no veo motivos para estar saltones. El no sabe nada de ti. Todo lo que sabe es que eras el tercer hombre en el bote del Pingüino. Piensa que eres un tos cesante de Caleta Buena."

Macho también conocía a Moreno y había trabajado con él en el Sindicato Rojo por un tiempo. Trató de sobresalir, según Macho, y trabajó duro. Era de la misma opinión que Cachimba.

Los que laboraron con él en la pampa deben conocerlo mejor que yo, pensó Achazo. Moreno tenía un aspecto desagradable y tal vez de allí provenía su prejuicio. En todo caso, se sentía contento que Moreno no fuese parte de la tarea de la ruta del mar, ni de la línea de comunicaciones entre los puertos y la pampa. Sus actividades debían proseguir como antes, entre los pampinos.

Pasaron algunas horas antes que todo fuese aprobado y volvieran a sus botes. El sol estaba en lo alto. El mar se mantenía en completa calma. Los humos de un vapor aparecieron en el horizonte.

Una por una las embarcaciones emprendieron rumbo a su destino.

Lobo con Macho y Cholo se dirigieron mar afuera para luego enfilar hacia Atahualpa. Antonio con Pejeperro y Patacocha salieron para Caleta Buena. A la vez Cachimba, Pingüino y Achazo se orientaron hacia alta mar, más allá de la corriente del norte para luego desplegar velas hacia el sur.

En cuarenta días la organización ya funcionaba. Cada quincena los pescadores traían noticias del clima político en la capital y de las variadas manifestaciones, huelgas y otros movimientos que se efectuaban en los puertos del salitre.

Las hojas manuscritas de las cuales dos copias debían quedar en cada aldea costera para enviarlas al interior, tenían que ser duplicadas otra vez y distribuidas entre los obreros del salitre. Era una tarea valiosa en sí, pues en el país existía una fuerte censura y se carecía de información. En un mes, el servicio quincenal se convirtió en uno de diez días. Un mes más tarde, era semanal.

Finalmente habían quebrado el aislamiento de las calicheras y la ignorancia de los obreros con respecto a lo que sucedía en el resto del país. Las crónicas de los alzamientos en la capital y la rebelión de los campesinos en el sur de Chile, servían para sacarlos de la apatía en la que estaban postrados desde los cinco años de la dictadura. Comenzaron una serie de huelgas, desfiles de los cesantes y reuniones en que demandaban el derecho a organizarse y libertad de expresión para los obreros del salitre.

Toda esta actividad mantenía ocupadísima a la policía que se concentraba en pueblos costeros de Atahualpa. Los informes se filtraron entre los resquicios y brechas de la censura. No sólo por medio de los pescadores sino que pareció que la organización proveniente del mar encontró la manera de infiltrarse por el ferrocarril hacia el interior. La flotilla permaneció en su puesto de trabajo y desarrolló su labor más allá de su función original.

Macho y Patacocha estaban en los dos puntos importantes, gracias a los cuales todo el sistema funcionaba. Macho se quedó en la pampa organizando a los trabajadores de los *cantones* del norte salitrero. Patacocha desde Santiago era el contacto entre el partido, la central del Sindicato Rojo y la oficina nacional de la organización de cesantes. Lobo y Cholo se preocupaban del trecho entre Caleta Vieja y Valparaíso de tal manera que siempre uno de ellos iba y el otro venía. Esto relevó a Antonio para un servicio especial. El recorría toda la extensión de la cadena de comunicaciones, buscando y probando nueva gente, juzgando sus aptitudes para tomar un lugar en el sistema. Era conveniente reclutar en cada puerto para que las largas ausencias de parte de un hombre no se notaran y también para tener reservas en caso de enfermedad o arresto.

Achazo permaneció en Caleta Vieja. Dos o tres lo acompañaban, refugiados cuya tarea era hacer copias de los informes que llegaban desde la pampa. Realizaba frecuentes viajes al mar, algunas veces cambiando de bote en bote. Otras iba a la pesca de albacora para ayudar a afinar las comunicaciones y supervisar todo el sistema. Raras veces ponía pie en tierra que no fuese Caleta Vieja aunque en una o dos instancias se juntó con Macho en ciertas *oficinas* de la pampa. Allí participó en un mitin convocado

urgentemente, el cual tan pronto terminaba cuando llegaron noticias de que la policía venía en camino.

En otra ocasión se encontró con Moreno. Fue en una reunión de los pescadores de tiburones que trabajaban en una refinería de aceite para trenes en Atahualpa. Estaban en conflicto con el dueño don Pedro sobre asuntos de salarios.

Achazo viajaba al norte por la ruta del mar. Mientras navegaba en la noche con Cachimba a un nuevo punto de comunicaciones, este le conversó sobre el pleito de los pescadores de tiburones.

Don Pedro había decidido de golpe y porrazo eliminar el bono de pesca y reducir los salarios. Pensó que no habría resistencia en un período cuando los cesantes eran amenazados con los campos de trabajo. Creyó que los pescadores preferirían laborar bajo cualquier condición antes de hacerlo en los sucios campos donde imperaba la desinteria. Pero los hombres fueron a la huelga y los cabecillas arrestados de inmediato. La mitad de ellos recibió el *sobre azul*. Fueron remplazados por obreros cesantes. Los botes salían cada noche para tender sus redes al amanecer y regresar a mediodía con la pesca. Todo era como antes de la huelga, excepto que el líder yacía engrillado y don Pedro gozaba de la misma cantidad del producto con salarios más bajos.

"¿Cuándo sucedió eso?" preguntó Achazo.

"Los nuevos han estado trabajando por una semana."

"Vamos allá. Es más importante que hablar con nuestros hombres."

"Está bien. Tenemos que navegar hacia alta mar."

Cachimba alteró el rumbo. Achazo se acostó bajo la pequeña cubierta y durmió. Unas pocas horas después cuando despertó, una gris mañana nacía sobre las aguas. De súbito vieron los mástiles de varios *faluchos*.

"Allí están."

"Ya empezaron. Las redes están en el agua."

Uno por uno, otros botes aparecieron. Los pescadores, a quienes sus camaradas llamaban *carniceros* por el sangriento e inmundo trabajo, levantaban las anchas redes que colgaban en un semicírculo curvo. Tan pronto como las *tunimas* llegaban persiguiendo sus presas, cerraban el círculo y cazaban el cardumen.

A medida que Cachimba se aproximaba, notaron que ya habían cumplido la primera redada. Al subir la malla, el círculo de embarcaciones se estrechaba. En un trís los botes tocaban popa con popa y los cuerpos de las *tunimas* eran una masa en la red. Trataban infructuosamente de romper su encierro, algunas saltaban dos o tres pies en el aire para escapar.

Contaron seis *faluchos*, con cuatro individuos en cada uno. En el fondo de la red, habían amarrado tablas que formaban un movedizo entarimado. Un hombre permanecía en cada embarcación mientras los otros tres, dieciocho en total, se desplazaban en medio de la red entre las desesperadas *tunimas*. Los pescadores se balanceaban en las tornadizas tablas, cogiendo cada pez y cortándoles la cabeza con sus largos cuchillos. El espumoso mar empezó a enrojecerse.

Cachimba dejó a Achazo en uno de los botes. Se paró en la *regala* observando la masa turbulenta de cuerpos humanos y peces. Los hombres estaban hasta la cintura en el mar y cuando llegaba una ola, el agua les cubría hasta la barbilla. Achazo distinguió la forma alargada, brillante de los cuerpos de los peces con sus hocicos abiertos y agitando furiosamente sus aletas. Cuando las olas se iban, la acrobática masa se hundía y los cuerpos desnudos de los

pescadores aparecían rociados de sangre y cubiertos por fragmentos de carne.

La sangre se derramaba por la superficie del mar, salpicaba las embarcaciones y fluía más allá del círculo. Cada cuerpo después de ser descabezado era tirado en los botes. El hombre a cargo de éste lo destripaba y metía la mano para extraer el hígado.

Eso era todo lo que querían. Una vez sacado el órgano, el hermoso cuerpo con sus púrpuras aletas pectorales y su cola en forma de hoz, era lanzado de vuelta al mar, fuera del círculo.

"Sólo el hígado," ordenó una fuerte voz por encima de la frenética faena.

Unos pocos rostros se alzaron de la espumosa y sangrienta mar. Por un segundo vieron a un hombre de pie en uno de los botes. Apenas podían distinguirlo por el agua y la sangre en sus ojos y el graznido y revoloteo de las aves marinas.

"Sólo el hígado," repitió.

¿Qué pasaba? ¿Qué le ocurría a ese tipo allá arriba, qué bicho le picaba? Varios de ellos se restregaron los ojos y miraron más atentamente al hombre alto en el bote. Unos pocos dejaron de trabajar.

Era ya justo el amanecer. El espacio alrededor de ellos se iluminaba lánguidamente aunque las cortinas de la noche todavía ocultaban el cielo. En el acuoso hoyo rojoazulado, los hombres se alzaban entre las agonizantes criaturas. Por encima de ellos las gaviotas con su aleteo se movían como una nube. Las *tuninas*, los cazadores y los pájaros parecían grises e irreales a la luz de la mañana. La voz de Achazo hendió el aire con certeza, convicción, en medio del sanguinolento espectáculo.

"Sólo el hígado, todo el resto se pierde. ¿Y cuánto les pagan a ustedes?"

Varios se pararon en las tambaleantes maderas con sus cuchillos goteando sangre en las manos.

"¿Qué pasa?"

"¿Por qué está gritando?"

"¿Qué mierda está haciendo aquí?"

Pero estaban listos para escuchar y Achazo habló.

"Toda esta sangre y porquería por tan poco. Todo este trabajo por una pequeña recompensa. ¿Qué es lo que ganan? Tres pesos cincuenta me han dicho. Hasta el cuello con sangre y agua. Los lobos ganan más cuando los pescan. Por lo menos se los comen hasta hartarse y luego descansan en las rocas. Los pájaros son más afortunados que ustedes. Tienen tiempo para limpiar la sangre de sus cuerpos después de comer. Pero en cuanto a ustedes, ¿no se pega a su pelo y queda en su piel el aceite y la sangre, hasta el extremo que el olor y hediondez hace que sus amigos siempre estén a favor del viento cuando los encuentran en tierra? Todo eso por tres pesos cincuenta. Y hay cosas peores todavía."

"¿Se está riendo de nosotros?"

"¿Riéndose a costa nuestra?"

Detuvieron su labor. Uno de ellos murmuró, "Nos mira como animales sucios. ¡Abajo con el *tonto huevón*! Lo conozco. Echémoslo a la red para que así pueda meter su nariz en la porquería."

Los hombres avanzaron, los chorreantes brazos se dirigieron hacia la borda del bote en que se encontraba Achazo. El que los había alentado, se quedó atrás. Aunque el mapuche no oyó lo que dijo, lo reconoció.

"¿Así es que trabajas aquí, Moreno?"

"Sí, aquí estoy."

Y para asombro de sus compañeros, agregó, "Y es verdad lo que dijiste, lo quería escuchar ¡desde hace mucho tiempo!" Volviéndose hacia sus asombrados camaradas gritó, "Sí, y es el momento de decirlo. Dice la pura verdad. Tres pesos cincuenta, ¿a eso llamamos salario? Nuestras *pilchas* se pudren en el mar y no ganamos ni para comprarnos ropa nueva. Pronto vamos a tener que andar en tierra *calatos* como ya estamos."

"¿Tú estás más *huevón*? Hace un rato dijiste..."

"¡Y, qué quieres que te diga...! Me entendiste mal."

Moreno se subió a un bote mirándolos a todos. "Tres pesos y cincuenta centavos, sólo medio peso más que en los campos de trabajo. ¿Sí o no? Hace tiempo quería hablarles de esto."

Achazo intervino. "Y han traicionado a sus propios compañeros de trabajo por esos miserables tres pesos cincuenta. Hombres que una vez estaban como ustedes parados en una red, están en la cárcel en Atahualpa porque pelearon por otros y ustedes hacen su trabajo por menos salario."

"Es la verdad," agregó Moreno. "¡Debemos hacer algo! Declaremos la huelga."

Los pescadores quedaron inquietos. Eran los más desafortunados en toda la costa. De lo único que se dieron cuenta fue que las palabras de Moreno y del desconocido, les acarrearían nuevos problemas. De la red donde se ganaban la vida no había escapatoria, excepto caer en los campos de trabajo ó en la cárcel. Sentían rabia contra esos dos que habían alterado su miserable tranquilidad.

"Es fácil *abrir la tarasca*. Todos lo sabemos."

Uno de ellos encontró la palabra liberadora. "¡Sigamos trabajando! *A la mierda* con estos agitadores, nunca han hecho nada bueno por nosotros."

Agarró un pez, le cortó la cabeza, lo lanzó al bote y se dio vuelta para coger otro. Los demás empezaron a imitarlo. "Un momento," dijo Achazo. "Escúchenme."

Dudaron.

"¡Queremos acción!" aulló Moreno. "¡Huelga, compañeros, huelga!"

"Tal vez debiéramos declarar una huelga, sí, cuando tengamos la posibilidad de ganarla," agregó Achazo con toda calma. "Pero esa *chance* no existe ya."

Esas palabras tenían sentido y los pescadores se prepararon a escucharlo. Les habló de las huelgas que habían fallado por no ser planeadas, por calcular mal el momento o por traición.

"Pero el fracaso de una huelga no significa que debemos dejar las cosas como están. La causa de ustedes no está perdida porque la huelga de sus compañeros fracasó. Don Pedro es un explotador y un tramposo. Toma ventaja de la miseria que existe."

Las palabras, de alguna manera, lograron el asentimiento general.

"Sí, es un *concha de su madre*, ¡un *ladrón de mierda*" antes?"

"Cinco pesos."

"Bueno, tengo una idea. Les paga casi la mitad de lo que pagaba antes. Por la mitad, ustedes le entregan la mitad del hígado. ¿Qué les parece? Es muy simple, después de todo, él no viene aquí con ustedes. No puede saber cuántas tuninas caen en la red, ¡ni cuántas dejan ustedes escapar

"¡Eso es!" corroboró Moreno. "¡La mitad por la mitad *del salario!*" Soltó uno de los cabos que amarraba la red a los *fulachos*. "¡Sólo la mitad, muchachos!" y cortó otra piola. Los hombres tuvieron que buscar apoyo pues el piso se les escapaba. Las tuninas restantes hallaron la abertura de la red y nadaron hacia la libertad. Uno de los pescadores se paró en su bote.

"Yo no sé mucho de estas cosas, pero si un par de piolas se suelta cada mañana antes que terminemos, y si todos vamos *juntos a la pelea y cerramos el pico*, creo que algo va a pasar."

"¡Mitad del hígado por la mitad del pago!" exclamó otro pescador. Dos o tres corearon el lema. Se había convertido en grito de batalla.

Fue un comienzo. Achazo y Cachimba estaban satisfechos. Antes de separarse de ellos, tuvieron una conversación a solas con Moreno.

"No se puede imaginar lo contento que estoy. He estado tratando de convencerlos, pero era muy difícil. Nunca pensé que iba a ocurrir tan pronto. Uno tiene que irse con calma con esta *gallá*."

"¿Y, dónde pasas tu tiempo?" le preguntó a Achazo.

"Arriba en la pampa. Como ya se arreglaron las cosas aquí, puedo regresar a casa."

"Podemos hacerlo juntos. Me voy con ustedes. ¿Qué me dicen?"

Achazo le dio una mirada a Cachimba.

"No," respondió Cachimba. "¿Sabes? Tengo miedo de tenerte en mi bote. Tú me traes mala suerte. ¿Te acuerdas de la última vez? Tú dijiste que era una creencia estúpida de los pescadores. Pero no quiero correr riesgos."

Moreno regresó a su *falucho*. Cachimba y Achazo emprendieron rumbo hacia tierra, siguiendo una ruta que

gradualmente los separaba de los botes. "Hoy lo hicimos bien," comentó Achazo, "con la idea de mitad de trabajo por mitad de salario, ¿pero por cuánto tiempo durará? Tendremos que meter también a un par de nuestra gente en la refinería. Es con los pescadores con los que tenemos que trabajar. Debemos entregarles información apropiada para su lucha. Ojalá que tú converses con Macho sobre esto."

"¿Y qué hay de malo con Moreno? Parece que es el hombre para hacerlo."

"No sé... es que no me gusta Moreno. Hoy día hubo algo curioso en sus acciones En un momento está como hambriento por acción. Pero cuando las *papas queman*, se quiere ir a otra parte."

"Si, y con nosotros. Es bastante curioso."

"Bueno, me alegro que no lo trajéramos."

Esa tarde Achazo cambió a otro bote para que lo llevara a Caleta Vieja. No podía olvidarse de Moreno. Hubo un gesto en él cuando estaba en la red que le pareció sospechoso, poco amigable. No pudo oír lo que les decía a los otros. De todos modos no podía borrar la duda de su mente.

Dos días después, avistaron las rocas de Caleta Vieja por sobre el aceitoso y grisáceo mar. Se deslizaron en la pequeña y plácida bahía al atardecer. Sólo Antonio y Tutapa estaban allí. Antonio llevó abordo el paquete de volantes y se fue esa misma tarde con el pescador que trajo a Achazo. Tutapa, que no había dormido en tierra por semanas, se quedó en la costa.

5

Esta vez Achazo fue condenado a permanecer ocioso por largo tiempo. Lobo era el encargado de recogerlo en dos o tres días, pero tardó más. Achazo y Tutapa pasaron las jornadas solos en Caleta Vieja, alejados del resto del mundo.

No había por qué preocuparse por la demora de Lobo. Cuando más tarde Cholo también faltó a la cita, las provisiones se acabaron y cada día tuvieron que dedicar horas a la pesca. Sin un bote y los medios adecuados para ello era difícil. Achazo decidió que en el futuro debían proveerse con tales elementos en caso de una emergencia.

En los atardeceres cuando el horizonte se iluminaba con el sol disolviéndose en la brumosa distancia, Tutapa se hacía la ilusión de que mirando hacia el norte podría ver Atahualpa. Luego tornaría los ojos hacia el sur, hacia las vastas y desoladas masas de nubes. Desde la alta planicie, disfrutaban la visión de millas de océano, un hecho que según el mapuche, apreciaron siglos atrás aquellos capitanes bucaneros que con sus catalejos observaban en búsqueda de lucrativas naves mercantes.

"¿Cuánto tiempo hace de eso?" inquirió Tutapa.

"Mucho tiempo."

"¿Antes de mi abuelo?"

Antonio la había tomado a su cargo cuando sus padres fueron víctimas del dictador Ibáñez.

"Unos buenos años antes de eso. Pienso que más o menos doscientos cincuenta años."

"¿Y venían desde tan lejos?"

"Sí, en veleros no muy diferentes de los que tenemos hoy en día. Aunque ya no quedan muchos. Tú recuerdas el *Cap Finisterre*, ¿no? Ese que estaba en Caleta Buena hace poco. Los barcos españoles eran como él, sólo un poco más pequeños y sin las vigas de fierro sino de madera."

"¿El *Cap Finisterre*? Claro que lo recuerdo y por una buena razón. Hubo un muchacho de ese velero que nadó a tierra una noche y vino a nuestra casa. Eso fue después que nos encontramos contigo y el Pingüino, en la pequeña ensenada, ¿recuerdas? El abuelo había ido a Atahualpa esa noche y yo estaba sola. Siempre había querido contarte esto porque él preguntó por ti dos veces. Pero no le dije nada ya que mi abuelo me dijo que no le contara a nadie lo que había visto o escuchado, aunque me hubiera gustado contarle a él. Me di cuenta que tu le gustabas, por la manera que decía tu nombre. Pobre muchacho, no podía hablar castellano."

"Tuviste razón en no decirle nada, Tutapa, y aunque era amigo mío, tú no podías saberlo. Y te voy a decir su nombre, Klaus."

"¡El mismo! El me lo hizo repetir."

"¿Qué pasó con él?"

"Quería ir a Atahualpa. Durmió por un rato y comió. Le di agua y un pantalón del abuelo."

"¿Lo has visto desde entonces?"

"No. ¿Así es que tú lo conocías?"

"¡Al revés y al derecho! Tú no sabes, pero yo también regresé a Chile en el *Cap Finisterre*. Navegamos juntos."

Achazo le contó a Tutapa de su primer encuentro con Klaus en Hamburgo en la cantina de los marineros y cómo se habían escondido en el pañol del ancla. Luego le relató la historia del viaje.

6

El próximo día, Achazo y Tutapa mariscaban entre las rocas para conseguir su comida. Una pesada neblina y las altas olas les entorpecían la visión. Las olas quebraban dejando la espuma contra el roquerío. A veces una gran rompiente se elevaba como una muralla ante ellos, para luego despeñarse contra la costa. Achazo tenía que estar vigilante para no ser arrastrados hacia el océano por el repentino oleaje.

Había salido de un peñasco cuando notó de reojo una vela en la cresta de la marejada. Era el bote de Lobo sólo que estaba lleno de hombres vestidos con uniformes navales. Lo vio perderse en la entrada de las quietas aguas de la bahía. Aunque todo aconteció muy rápido, no se había equivocado. Eran marineros y Lobo se encargaba del timón. ¿Qué significaba aquello? ¿Una traición? De cualquier manera debía buscar un refugio para Tutapa en caso que lo arrestaran. Nunca sabrían que ella estaba allí. Pero suponiendo que toda la comunicación a través de los pescadores había sido descubierta, ¿los otros, el resto, estaría en la cárcel y entonces quién vendría a salvarla? Pasaría un año antes de que algún pescador desembarcara en Caleta Vieja.

Tutapa se paró a su lado. También había visto la embarcación. Lo miró calmadamente.

"¿Qué quieres que haga?"

"Por el momento, nada. Primero debemos averiguar lo que pasa."

Subieron a la cima donde pudieron vigilar toda la bahía. Lobo varó en la arena y los marineros saltaron a tierra. Los guió a lo largo de la playa hacia el sendero que conducía al fuerte.

"¿Qué te parece si yo voy sola donde ellos? Si me preguntan dónde estás, puedo decir que fuiste a Atahualpa con algunos pescadores que yo no conozco."

La idea valía la pena considerarla. La única pregunta era, ¿le harían daño a la niña o no? No acababa de darle una respuesta a Tutapa, cuando descubrió que los marineros habían dejado el bote sin guardia alguno. Era una magnífica embarcación. Ni siquiera habían arreado la vela. Sólo necesitaba esperar hasta que el grupo llegase arriba al fuerte. El y Tutapa tendrían tiempo de sobra para subir a bordo y escapar. Tutapa le tocó el hombro y señaló hacia la boca de la ensenada. Otro bote entraba. Era el de Cholo y también venía cargado con marineros. Los que se dirigían al fuerte se detuvieron y algunos comenzaron a cantar con voces jóvenes, frescas:

¡Arriba, los hambrientos de su letargo!
¡Arriba, los esclavos de la miseria!

Achazo captó la melodía y se esforzó para oír las palabras. ¿Era esto un nuevo texto fascista adaptado a la música del viejo y acerado himno de los trabajadores? *Arriba los pobres del mundo/de pie los esclavos sin pan.* Pronto la respuesta provino de la rada, empujada nítidamente a través del agua:

Entonces camaradas,
¡Vengan a organizarse,
Y enfrentemos la última pelea!
La Internacional
Une a la raza humana

La tranquila ensenada de Caleta Vieja se transformó y con ella el aire y los vientos. Achazo se paró, gritando con todas sus fuerzas al comenzar el descenso con Tutapa. Los que iban subiendo los vieron y bajaron a la vez. Cuando Cholo tocó la arena y los marineros desembarcaron, Achazo y Tutapa llegaron al mismo tiempo que el grupo de Lobo.

Se reunieron en torno de Achazo. Estrechó la mano de Lobo, Cholo y de los demás. Empezaron a explicarle.

Hubo una sublevación de la escuadra que fue desmantelada por las tropas. Estos marineros, once de ellos, eran refugiados. Patacocha se los había entregado a Lobo y Cholo con instrucciones de llevarlos sanos y salvos a Caleta Vieja. Procedían de varios buques de guerra. Cuatro de ellos habían sido miembros del Consejo de Marineros formado durante el alzamiento. Uno de los cuatro, un joven mapuche, se dirigió a Achazo.

"Primero fue sólo un asunto por nuestros sueldos que fueron reducidos a la mitad y por tres meses no recibimos ni un centavo. Toda la flota estaba descontenta y nos unimos, mil trescientos hombres. Entonces nos organizamos. Formamos los Consejos de Marineros y Fogoneros. Luego continuó en el Ejército y la Fuerza Aérea donde formaron Consejos de Soldados. Pero cometimos un error. Demandamos cosas, pero sólo referentes a sueldos, comida y permisos, no políticas. Y el gobierno nos tramitó, prometiendo esto y lo otro, hasta que controlaron el Ejército y la Fuerza Aérea. Eso les fue fácil porque los soldados recién

habían empezado a coordinar sus acciones. La Fuerza Aérea desmantó nuestro movimiento, justo cuando nuestros Consejos estaban redactando algunas demandas políticas. Los trabajadores también nos respaldaron, pero demasiado tarde", interrumpió Lobo. "El Partido llamó a la formación de los soviets, pero fue prematuro. Hubo solo algunas manifestaciones y nada más."

"¿Y por qué?" planteó Chola. "Porque los trabajadores de las salitreras, la principal fuerza del país, no participó. No se puede hacer nada sin los rotos del salitre."

"Eso es verdad," confirmó un marinero. "Enviaron tropas policiales contra nosotros, desde el distrito del salitre. Saavedra estaba a cargo de ellos."

"¡Saavedra, ese *hijo de perra!*" exclamó Chiu, el joven araucano. Los otros miraron silenciosamente a Achazo. El entendió. Si Saavedra dirigió el contragolpe, no precisaban contarle los detalles.

"Arrestaron a cuatro mil ochocientos hombres de la flota," continuó Chiu, "pero todavía tenemos alguna de nuestra gente en la armada y podemos seguir en contacto con ellos. Por eso hemos venido aquí." Leyó el último manifiesto que el Consejo de Marineros había distribuido entre la flota y a lo largo de la costa. Las últimas palabras eran: "Abandonamos toda negociación con el gobierno. ¡La revolución social ha comenzado!"

Y así fue cómo se desarticuló la sublevación de la Armada. El gobierno había ganado. Desde la caída de Ibáñez, éste había sido el primer golpe dirigido contra el fascismo chileno.

Lobo traía consigo consejos e instrucciones del partido con respecto a la propaganda entre los obreros del salitre y

la formación del Sindicato Rojo. Era urgente luchar por el derecho a organizarse en el cantón correspondiente a Atahualpa. Este derecho ya lo había concedido el gobierno central, aunque lo retuvo el pequeño dictador. Patacocha envió en el bote de Cholo una máquina nueva para duplicar, una de escribir y gran cantidad de esténciles y papel.

En pocos días, el mecanismo de los trabajadores funcionaba sistemáticamente y a toda marcha. Prepararon un boletín para la armada y otro para el ejército. A ello se agregó una página con noticias y un llamamiento a los obreros del salitre. Cuando Antonio llegó, informó que la comunicación con el norte era más frecuente, dos veces a la semana y si la ocasión lo requiriera, podría ser diaria. Cada pescador de la cadena podía navegar al sur a medianoche y volver al amanecer.

Achazo y Antonio pasaron varias horas pescando para alimentar a la gran familia en el fuerte. Esto le permitió a Achazo la oportunidad de pensar a solas o consultar con el viejo y experimentado luchador. Los marineros se mantenían ocupados con la máquina de escribir y los esténciles, duplicando material, poniéndolos en orden y separando los destinatarios. Además aprovecharon el tiempo para renovar el viejo fuerte y hacerlo más habitable. En las tardes se reunían y discutían los informes que llegaban desde distintos puntos del país. Luego, Achazo y Chiu los editaban para circularlos.

Un día se hizo presente Cachimba con noticias del distrito de Atahualpa.

"¿Te acuerdas de los pescadores de *tunines*: la mitad del hígado por la mitad del salario? Conservaron su alianza hasta que don Pedro los puso *de patitas en la calle*. Pero no tuvo la misma suerte con los nuevos. Metimos a dos de los

nuestros entre ellos. Está pagando un peso más, cuatro pesos cincuenta por día. Y volvió a darles un bono si traen más pesca. El prefecto ¡está furioso! Seguro que recibía una comisión de don Pedro y se la ha reducido por el aumento a los pescadores."

"Le pregunté a Macho por Moreno. '¿Qué hay con él?' me dijo. '¿No estaba en su lugar allí?' Tuve que admitir que sí. Según Macho nunca se queda por mucho tiempo en ninguna parte y nunca termina lo empezado. Pero siempre está cerca cuando hay algo en *el horno*."

Cachimba se fue. Otros botes llegaron. El trabajo funcionaba a lo largo de toda la ruta. Pero el enemigo también se mantenía ocupado. Saavedra, quien regresó vanagloriándose a Atahualpa de eliminar el motín de la armada, regía como dictador independiente. Dondequiera que el movimiento obrero daba señales de vida, su tropa policíaca aparecía y efectuaba arrestos en masa. Un consejo especial de guerra con poder para aplicar la pena de muerte fue establecido en el ejército y la armada. Los sueldos de los marineros y soldados habían sido reducidos de nuevo y las raciones recortadas. Cada día más y más opositores eran desterrados al Cabo de Hornos o a las islas de Pascua y Juan Fernández.

El gobierno indirectamente honró a Saavedra, al adoptar algunas de sus ideas. Se construyeron barracas a lo largo del país, cerradas con alambre de púas, donde conducían como red de ganado a los cesantes que eran obligados a laborar por tres pesos al día. Por supuesto que lo que producían con su mano de obra barata eliminaba otros artículos del mercado, despojando de su trabajo a más obreros. ¡Esta era la solución de Saavedra al problema de la cesantía! Sumaban varios miles los que se desempeñaban

en estos campos bajo guardia militar. Cada mañana marchaban a las calicheras o minas de cobre a construir caminos o tender rieles de ferrocarril, y cada tarde marchaban de regreso a sus campamentos.

A pesar de todo había noticias de actividad entre los trabajadores. El pueblo de Copiapó y su vecino Vallenar, al sur de la pampa salitrera, se habían alzado. Los cesantes se posesionaron de las provisiones en los negocios, incendiaron una iglesia y también las barracas. Saavedra se ofreció para dirigir la expedición punitiva, pero el gobierno declinó su oferta.

Achazo llegó a Copiapó luego de la "pacificación" que el gobierno había llevado a cabo. Chiu lo acompañó. Cholo se encargó de trasladarlos.

Ya estaba oscuro cuando Cholo se aproximó al muelle de Caldera. Achazo y Chiu andaban descalzos y llevaban camisas rotas. Cada uno cargaba un saco que goteaba y del cual asomaban cabezas y colas de pescado. Los centinelas los dejaron pasar. Ni siquiera inspeccionaron los sacos.

"El mercado en Copiapó no va a abrir hoy día ni mañana probablemente," les avisó uno de los soldados.

"Pero la gente tiene que comer," respondió Achazo mencionando el nombre de un comerciante en cuya casa querían depositar su pesca. "Tal vez algunos irán a comprarlos allá." Desde el puerto lograron transporte al pueblo minero.

Al llegar, tomaron el camino más corto. En las medianías, pudieron sentir disparos de fusil y se dieron cuenta que llegaban tarde para ayudar en la organización del levantamiento. Al pasar las casas de los obreros, supieron que toda una cuadra de la miserable calle había sido quemada. Las cenizas de las casitas de madera estaban

todavía calientes. Los cuerpos de hombres, mujeres y niños yacían entre los fierros de las cocinas, cacerolas y ollas. Vieron los esqueletos de metal retorcido de los carros. Casi habían llegado al lugar prefijado, cuando advirtieron a un grupo de gente en la esquina. Un hombre les hablaba, no gritaba, sino articulaba en un tono alto y claro.

Achazo observó las caras de resentimiento y furia, y apreció el coraje del agitador que buscaba recomenzar la lucha en el sitio humeante de la derrota. Su mirada se detuvo en él y acortó su paso.

"Ven por aquí," le susurró a Chiu aunque tuvieron que pasar muy cerca de la pequeña multitud. Achazo se agachó más con su carga y se apresuró. Era Moreno quien discursaba frente a los otros hombres.

No había tiempo para investigar su misteriosa aparición en este lugar distante y en esa ocasión. Achazo estaba feliz de haber logrado encontrar la casa de su camarada sin ser avistados. Al golpear, les abrió la puerta de inmediato y le dejaron su cargamento: cerca de cincuenta kilos de robalo y casi el doble de ese peso en volantes empaquetados en hule para ser distribuidos entre los soldados. Los mojados y hubosos sacos serían su pasaporte hacia el bote.

El obrero describió lo sucedido. Chiu tomó notas de ciertos detalles y también de los jefes militares responsables de la matanza e incendios. Con eso, habían cumplido su misión. Al despedirse, Achazo le preguntó a su camarada si conocía a cierto Moreno que estaba en el pueblo. Nunca había oído ese nombre. Achazo lo describió, mencionando sus grandes cejas.

"Claro que lo conozco. Llegó de Valparaíso hace tres o cuatro días. Un tipo chico, ¡pero tiene agallas! No sé si se

"Bueno, su nombre es Moreno, en Atahualpa por lo menos. Allá colabora con el Sindicato Rojo y se suponía que no debiera estar en Valparaíso o aquí. En todo caso, ya veremos. No podemos quedarnos aunque me gustaría. Nos tomará hasta medianoche antes de irnos. Si no nos movemos, no recibirás a tiempo las cosas que necesitas."

"Bien, mañana averiguamos este asunto de Moreno."

"No, no le preguntes nada que lo haga sospechar. Alejate de él cuanto puedas, todos ustedes. Nosotros nos haremos cargo de sus asuntos en Atahualpa. Estoy seguro que volverá por esos lados."

Tomaron sus sacos y regresaron. Ni una luz se veía en las ventanas. Cuando por fin llegaron a Caldera, se encontraron con el soldado con quien hablaron antes. "Tenías razón," comentó de paso Chiu. "Parece que no hay mercado mañana. Nos deshicimos del pescado a medio precio con un comerciante."

"No se permite hablar con un centinela."

"*De acordeón.* Pero olvidamos comprar fósforos y no hay negocios abiertos por estos lados."

El soldado, quien ese día ayudó a disparar contra los cesantes y los trabajadores, le pasó una caja. "Quédense con ella."

Chiu tenía una cajetilla de cigarrillos en la mano. Sacó dos.

"Toma, para más tarde. Necesitas echarte una fumada. Yo sé lo que es. Yo también he hecho el servicio militar." Hubo una pausa. Chiu dudó un instante, pero luego se arriesgó.

"En la armada, en Coquimbo."

El hombre lo examinó inquieto y se dio vuelta.

"Está bien," intervino Achazo. "Es difícil para todos nosotros."

Cholo se acercó al costado del muelle mientras ellos conversaban. Saltaron abordo. En los primeros días, las murallas, rejas, e incluso los negros y quemados exteriores de las casas, estaban cubiertos con manifiestos dirigidos a los soldados. La declaración primero lidiaba con las pésimas condiciones de los reclutas. Luego se refería a soldados y marineros que tomaron parte en el reciente motín del cual miles se hallaban en prisión o exiliados. Mencionaba el nuevo consejo de guerra y su reinado de terror después de la rebelión naval en Coquimbo lo cual también afectaba a la tropa como a cada uno de los que trabajaba en el país.

Concluía con un llamado: "La causa de los trabajadores y de los soldados es la misma. Elijan consejos de soldados y marineros. ¡Viva la República de los Trabajadores de Chile!"

Once días más tarde, las tropas de Copiapó se amotinaron. Eligieron Consejos de Soldados. Desde las murallas del pueblo, brotaban sus divisas:

"¡No más fratricidio!"

"¡Abajo con el Consejo de Guerra!"

"¡Soltar a todos los prisioneros políticos!"

"¡Adelante con la República de Trabajadores y Campesinos Chilenos!"

El motín fue aplastado. Once soldados fueron llevados a la corte marcial y fusilados.

7

Fue a principios de julio de 1931 que los pescadores comenzaron a orquestar el sistema de comunicación que Achazo había originado. Dos meses más tarde, la revuelta tomó lugar en los buques de guerra anclados en Coquimbo. A los tres meses, los trabajadores y cesantes de Vallenar y Copiapó se alzaron contra la dictadura de Esteban Montero. Luego los soldados que habían disparado contra estos obreros y quemado sus casas, se amotinaron y eligieron sus Consejos de Soldados. Once días después, en vísperas de la Pascua, 1931, el motín fue aplastado y los miembros del Consejo de Soldados en Copiapó fueron fusilados sin dilación. El hecho quedó registrado como "la Pascua Trágica."

Para Navidad la organización tenía una existencia de cinco meses. Los pescadores fueron capaces de rescatar solo un mínimo de las cinco mil víctimas del terror provocado por la sublevación de la armada en Coquimbo. Fueron más tenaces y eficientes hacia la Navidad cuando ayudaron a un gran número de refugiados a escapar la corte marcial. Pero no fue hasta cuatro meses de actos continuos que pudieron proporcionar un sistematizado y vigoroso amparo

para el movimiento de los obreros en el distrito salitrero del cual Atahualpa era el centro y principal objetivo.

Se había requerido todo ese lapso para coordinar y recuperar las fuerzas de la clase trabajadora, casi destruidas durante los cinco años de la dictadura fascista y localmente bajo las drásticas medidas de Saavedra. El Sindicato de los Trabajadores, la Unión Anarquista y el disminuido Partido Comunista, cada uno por sí había formado una red de núcleos subterráneos.

Los pescadores asociados a sugerencia de Achano se llamaban a sí mismos, "La Mutual de Ayuda." Simultánea e imparcialmente servía a las tres organizaciones. Unos los miembros de la Mutual, contaban personeros de las tres entidades políticas.

Desde el inicio, los pescadores resolvieron que las organizaciones no debían saber nada de la Mutual de Ayuda. Rigurosamente preservaron este secreto. Cuando los refugiados u otras personas tenían que ser llevados a lo largo de la costa, la cadena se utilizaba en casos de extrema urgencia. Tal transporte era realizado por pescadores individuales para que el asunto pareciera ser casual y espontáneo. Muchos de los envueltos en el sistema sólo conocían su conexión inmediata, aparte de Achano y Antonio, quienes mantenían permanente contacto con todos. Los detalles sólo eran conocidos por ellos y por los dos enlaces en tierra: Patacocha en Valparaíso y Santiago y Macho en el área del salitre.

Patacocha era comunista, Macho sindicalista y Antonio comunista-anárquico, un seguidor de Kropotkin.

Patacocha llegó a Caleta Vieja desde Valparaíso y con Pingüino se fueron sin demora en el gran y veloz bote de Lobo. Tres días más tarde, sin emplear el sistema regular

de comunicación, se cambiaron a la embarcación de Pingüino. En otros dos días, avistaron la vela rojiza de Cachimba y el faro y las techumbres de Atahualpa que aparecieron contra el oscuro trasfondo de los cerros. Iban camino a una importante reunión en la pampa. En Atahualpa, junto con Pingüino, tomarían el ferrocarril salitrero hasta La Palma, la *oficina* salitrera de la Compañía. La Palma era el centro de varios ramales del ferrocarril pues los trenes salitreros salían en varias direcciones a otros campamentos u *oficinas*. Esto hacía que fuese el sitio más apropiado para un congreso en la pampa.

Atahualpa ostentaba un aire pacífico en esos días, demasiado tranquilo para un puerto y mercado de valía. Pingüino entró en la bahía y pasó cerca del malecón. El puerto se presentó ante ellos como un ancho semicírculo. La colosal grúa, la *Titán*, se erguía inmóvil contra el claro cielo. En la mañana ya se habían descargado los pocos carros de caliche. Los desocupados jornaleros se sentaban en largas hileras al borde del espigón.

"Así se lo pasan cada día," comentó Pingüino.

"Es lo mismo en Valparaíso," agregó Patacocha.

A la distancia se veían como una fila de pájaros parados ala con ala. En cuanto se acercaron se dieron cuenta que cada hombre manejaba una lienza. "Están así, todo el día, menos algunos que van a las rocas buscando pulpos o mariscos."

"En Valparaíso tienen que ir más lejos. Ya hace tiempo que han pelado los roqueríos cerca del puerto."

"Si llego con una albacora en estos días, tengo que regalar la mitad de ella. Nadie tiene dinero."

Achazo y Patacocha se dirigieron al muelle. Después de cinco días de viaje estaban felices de estirar las piernas.

incluso Patacocha ha acostumbrado a nuestra ausencia. Ha calculado su llegada para seguir directo a la estación de ferrocarril. Pinguino iría con ellos, pero primero debía anclar el bote y llevar la vela a casa. Se les unirían más tarde. Achazo y Patacocha anduvieron rápido por las calles desiertas del barrio de pescadores y obreros. La estación estaba igualmente vacía. Achazo buscaba al responsable con el cual Chiu le había dado su descripción. Pronto lo encontraron.

"Chiu nos mandó," informó Achazo.

"Está bien. Pueden subir, pero se acuerdan, yo no sé nada de esto," balbuceó, limpiándose una mancha de aceite de su transpirada cara. Patacocha le pasó un cigarrillo y lo encendió.

"Vamos a salir más tarde, pero pueden subir. Es mejor que se metan en el último carro. No van a poder parar, pero antes de llegar a La Palma, voy a pitear y bajar la marcha y entonces tienen que bajarse."

Los miró con un poco de ansiedad y revoloteó sus ojos por la estación. El hombre obviamente estaba asustado. "No puedo hacer más por ustedes."

Patacocha le indicó su pierna coja. "Saltar para mí es imposible estos días."

"Chiu no me dijo nada de eso. Está bien entonces. Les voy a parar, pero tiene que ser antes que crucemos el puente. Van a caminar un poquito. Pueden hacer el camino en cuarenta y cinco minutos."

Achazo y Patacocha deambularon a lo largo del tren. Todos los carros estaban vacíos. Una caja de cerveza y un par de sacos de papas, eran la única carga que esperaban ser embarcada. No llevaban mucho tiempo en el carro cuando Pingüino se les unió. Poco después el tren partió y empezó a repechar el cerro con sus largas y onduladas curvas. Al alcanzar el nivel de la pampa, tomó velocidad.

gración al cual iban, era de suma importancia. En
ese mismo se realizaría la celebración del Primero de
mayo. Los trabajadores pampinos pensaban tomar parte
en esa conmemoración internacional y concordaban en
que debían demostrar una gran unión para asegurar sus
garantías individuales y el derecho a organizarse, los cuales
eran reconocidos por Saavedra. En este Primero de Mayo,
estaban decididos a obtenerlos por cualquier medio posible;
manifestaciones, huelgas, sabotaje, destrucción de puentes
del ferrocarril e incluso alzamientos armados si todos los
otros fracasaban. Confiaban que esta acción podría
ayudar en torcerle la mano a Saavedra.

Todo había sido bien preparado. La Mutual de Ayuda
Recibía las instrucciones y material de propaganda a lo
largo de la costa. Los comunistas, sindicalistas y anarquistas
formaron un frente unido para llevar a cabo la campaña.
La cuestión que debía resolverse era el liderazgo central.
Macho y Chiu ya estaban allí. Achazo y Patacocha venían
en camino.

Una función vital en la campaña se le entregó a Chiu y
los otros marineros del motín de Coquimbo, conjuntamente
con unos pocos refugiados del alzamiento en Copiapó.
Sumaban veintidós en total.

Habían trabajado en las áreas del salitre por un mes,
cada uno de ellos en una *oficina* o un *cantón* diferente. Chiu
se encargaba de las actividades. Se había determinado que
sólo Chiu y sus veintidós hombres, Achazo, Patacocha y
Macho, asistirían al congreso. Achazo tenía en sus manos
una carta de Chiu, señalando que Macho consideraba
urgente, en vista de la gravedad de la reunión, invitar a los
delegados de varias organizaciones de la pampa. Esto
significaba que en lugar de veintitrés, habría entre cuarenta

y cincuenta representantes. "Es imperativo que tengamos presentes a delegados oficiales de la organización," escribió Chiu, citando a Macho. "Son ellos los responsables de llevar a cabo nuestras decisiones. Por lo tanto deben tomar parte en las discusiones."

En principio, ésta era la manera correcta y democrática de hacerlo y Achazo estuvo de acuerdo. De todos modos, en el momento actual de la lucha, demoraba y causaba problemas en la acción por adoptarse. Podría limitar la movilidad y rapidez de los procedimientos y causar su fracaso.

Esto no fue la razón principal para la consternación de Achazo cuando leyó la carta que Cachimba le entregó. Significaba que Moreno había tomado parte en los arreglos de la reunión. Todavía ocupaba un puesto de responsabilidad en el sindicato de la pampa. Achazo recibió la respuesta de Macho a sus preguntas sobre la presencia de Moreno en Copiapó. Este le dijo que en realidad había estado en las vecindades de Copiapó y Vallenar en ese tiempo, visitando a unos parientes que le solicitaron ayuda en asuntos familiares. Esa tarde estaba en el lugar y, considerando su deber como revolucionario, fue al pueblo tan pronto como se enteró de las noticias del alzamiento. La explicación parecía satisfactoria, aunque Achazo no pudo disimular su falta de confianza en el hombre. Todo el día, mientras el tren se movía y corveteaba por los desajustados rieles, Achazo, Patacoche y Pingüino, descansaban su vista por sobre la pampa en el pequeño carro de carga abierto al sol y al claro cielo. El sol ya se ocultaba y el aire era un poco más soportable cuando el maquinista pitó y el tren disminuyó la marcha casi deteniéndose.

Los tres hombres se lanzaron del carro y el tren partió. Tenían que cruzar el puente de caballete que unía un profundo barranco. No había un camino en el puente por lo que debían brincar entre los durmientes de los rieles. Era una tarea penosa para Patacocha y les tomó tiempo el cruzarlo. Después de un rato miraron hacia atrás. Alrededor de ellos estaba el ininterrumpido círculo del horizonte, rodeando la vasta monotonía del desierto. Delante, colocada en medio de todo este escenario, se veía La Palma. La trocha angosta del ferrocarril se extendía a lo largo de la pampa.

Grupos de hombres con sus picotas laboraban cerca de los rieles, soltando *colpas* de caliche y cargándolas en carros. El humo ascendía de las miniaturas de locomotoras. A lo lejos una columna de polvo y tierra se elevó, al explotar un tiro en la *calichera*. En medio de esta isla de trabajo quedaban los edificios de la *oficina* y los distintos ingenios donde *chancaban*, disolvían, calentaban y secaban el caliche para extraer el blanco y ansiado salitre. Apareció el complejo de la administración y las casas del gerente e ingenieros, las chozas de calaminas de los obreros, la pulpería, las bodegas, casa de máquinas y la Casa de Fuerza con sus dinamos. Sobresaliendo de entre las construcciones, se levantaba una serie de chimeneas como los tubos de un gran órgano.

La escena no era nueva para ellos. Era como cualquier otro centro calichero en la pampa dado que poseía esa rígida, desolada, casual fealdad de una estructura traída por sólo el tiempo que fuese esencial para saquear la tierra del contenido de su mineral, dejándola de lado después y abandonada como pueblo fantasma.

Achazo, Patacocha y Pingüino llegaron a los extramuros, siguiendo la circunferencia del campamento hacia las habitaciones de los trabajadores, los que quedaban a un lado de los edificios principales. Buscaban la de Macho.

La pieza y cocina de la casa estaban repletas de obreros. Los dirigentes sindicales de la pampa y algunos marineros ya se encontraban allí. Les informaron que Chiu y otros de su grupo todavía no arribaban. Macho no estaba. Aunque el espacio era adecuado para veinticinco, el número original no lo era para cuarenta o cincuenta. Por ello Macho fue en búsqueda de otro sitio. Pronto volvió.

"Moreno encontró un lugar. Hay una bodega vacía que está aparte de los otros edificios. Vamos a estar bien allí, pero tenemos que tener cuidado con la luz."

En pares o grupos de tres, se dirigieron al local. El cielo carecía de estrellas y afortunadamente nadie había encendido el poderoso sistema de luces por sobre las facnas. No se requería pues el trabajo de noche se suspendió muchos meses antes. Aunque era temprano, la oscuridad y quietud los rodeaba. Unas pocas lámparas iluminaban las calles a lo largo del interior de la *oficina*, pero no donde ellos se hallaban. En una o dos ventanas de las casuchas titilaba la débil luz de un *pato* o *chonchón*. Por el costo del combustible, la electricidad no se instaló para los pampinos.

Moreno guiaba a Achazo y Patacocha. Había regresado cinco o seis veces para guiar a pequeños grupos al lugar que había descubierto. Parece ser un activo y diligente trabajador, pensó Achazo, y Macho que no era malo para juzgar a los hombres, confiaba en él. "La gente es prejuiciada porque más parece un espía, pero seguramente los verdaderos espías no se ven así. Sé lo que te molestan esos ojitos inquietos, esas negras y espesas cejas diabólicas y su sonrisa aceitosa. Pero qué puede hacer con su cara, no la puede cambiar por otra."

Achazo se vio forzado a conversar con Moreno quien lo felicitó por el tremendo esfuerzo que le significó el juntar a toda la gente para el congreso. Achazo le respondió que

Sombra había hecho su parte y hasta le dio una palmada en el hombro como reconocimiento.

"Sí, fue difícil, pero lo hicimos. Me alegro que estés aquí. Sólo faltan Chiu y sus camaradas. Deben llegar luego," pronunció Moreno.

"El estará aquí, no hay duda," aseguró Achazo. Pinocha y Achazo se sentaron en el suelo como los otros. Moreno propuso que él iría otra vez a esperar a Chiu en la casa de Macho y lo traería consigo. Macho respondió que ya había dejado a uno a cargo para tal propósito. Moreno se sentó. Dos hombres estaban afuera de centinelas. En el centro, una lámpara alumbraba desde el piso. Cuando Macho se paso de pie y se dirigió al resto, su sombra subió por la desnuda muralla y se confundió con las sombras de los maderámenes del techo.

"Queremos empezar con una discusión sobre la campaña del Primero de Mayo, pero necesitamos a Chiu para eso y el no ha llegado. Mientras tanto, propongo que escuchemos al Pingüino para que nos hable de cómo está el asunto en la costa." Por un segundo la alta muralla quedó vacía y luego otra silueta se dibujó. La flaca y gruesa figura lucía en la sombra como un *fantasmagórico pájaro-niño*, alzando su cabeza al aire.

Achazo estudió otra sombra que se distinguía a los pies de la de Pingüino. La silueta de una cabeza que se agachó para atender rápidamente algo en su mano. Era difícil ver con la desfalleciente luz que la cara llegó hacia el objeto casi hasta tocarla con la nariz. Esto sucedió dos veces en pocos minutos. En cada ocasión el movimiento registrado por la sombra en la muralla, aparecía veloz y furtivo.

Moreno estaba allí y por alguna razón consultaba insistentemente su reloj. ¿Y por qué no debía de hacerlo? se preguntó el mapuche. Posiblemente se preocupaba por la ausencia de Chiu y era sólo la exageración de la sombra en la incierta luz lo que hacía percibir el movimiento como furtivo.

Llegó Chiu y tres más. Pingüino terminó su informe y Chiu tomó la palabra. Entró al punto en el tema, sin preliminares. Había hablado por unos minutos cuando Achazo observó que el espacio en la muralla que había ocupado la sombra de Moreno, estaba vacío. La vigilancia y desconfianza revivieron en él. Recorrió la bodega con su vista de indio, acostumbrada a medias luces. No pudo reconocer al hombre en ningún lado. Tal vez sea una estupidez, pero... Se levantó, pasó por sobre el cuerpo de Patacocha y fue a la puerta. Preguntó a uno de los hombres de guardia, "¿Salió Moreno por aquí?"

"Sí, hace poco."

"¿Para qué?"

"Una necesidad."

"¿Hacia adónde fue?"

"Por ese lado."

Realmente soy un desconfiado, pero en todo caso me voy a asegurar, pensó. No temía hacer el ridículo por sus sospechas. Procedió en la oscuridad, diez pasos, luego veinte ¿Por qué el hombre fue tan lejos en esta penumbra? Entonces sintió un choque con algo metálico, probablemente un tarro vacío, y vio la borrosa figura de Moreno delante de él. Los dos avanzaron. Moreno no se dio cuenta de la vigilancia ¿Cuán lejos tenía que ir el hombre para sus necesidades? Si Moreno hubiera andado rumbo a la *oficina*, Achazo habría actuado de otra manera. Lo habría alcanzado y pedido una razón por ir en esa dirección. Moreno parecía caminar

cegamente hacia la noche. Achazo se había transformado en el mejor cazador con sus sentidos alertas, concentrados en la persecución. Moreno comenzó a correr. Seguía la huella que se adentraba en el desierto. Las líneas del ferrocarril descansaban holgadamente en la arena, unidas por los postes durmientes, los que crujían y sonaban por la carrera del hombre. Por esta razón, Achazo no pudo usar la vereda. Se movió tan rápido como podía por las costras de caliche, subiendo y bajando por ellas, pero con el cuidado máximo de no aflojar algunas piedras y desechos. Dos veces Moreno se paró y miró alrededor, luego continuó con su inexplicable ruta.

Había llegado hacia la mitad de la planta de elaboración cuando se detuvo nuevamente. Esta vez miró hacia un lugar determinado, a un lado de la línea, como si supiera exactamente adónde iba. Tenía un propósito, era evidente, y no tenía nada que ver con lo que le había dicho al guardia. Achazo se quedó en un nivel del terreno a pocos pasos de distancia. Separados por un *rajo*, Moreno se mantenía de pie en una roca. Moreno andaba cerca de algo derecho y delgado que se elevaba hacia el cielo. Tal vez era un poste del telégrafo o uno de los que se utilizaban para alumbrar las faenas nocturnas con su poderosa luz. Achazo sintió el ruido de una caja que se abría. El *maricomazo* debía tener la llave. En seguida entendió. Oyó el sonido de un *switche*. Luego dos más. Las luces brotaron de tres ángulos distintos y su combinada brillantez iluminó los rincones más lejanos. Los dos hombres se confrontaron, cada uno en la blanca claridad que inundaba el desolado terreno. La cara de Moreno se notaba diferente.

"¿Qué estás haciendo?" demandó Achazo. Su garganta se secó. Moreno lo examinó larga y cuidadosamente, sin

responder. Sus hombros se estremecieron convulsivamente y se rió con todas sus fuerzas. Levantó la mano y señaló.

"Mira hacia allá, *huevón*."

Al borde de la *oficina* en la dirección del barrido que habían cruzado ese día, nubes de polvo se acercaban. Una larga fila de hombres a caballo galopaban con dos pelotones más detrás de ellos. Los que venían adelante ya habían entrado al campamento salitrero. Subían y bajaban en su avance, debido a los *rajos*, las hendiduras dejadas por la extracción del caliche.

"¡Espía, *soplón de mierda*!"

Moreno se dio vuelta con sus ojos fijos, asustados. Sostenía un cuchillo en la mano. Entre los dos se tendía el vacío. Era demasiado ancho, pero Achazo no disponía de tiempo para descender y subir otra vez. Midió la distancia, retrocedió unos pasos y saltó. Se catapultó contra el enemigo. Arrancó el arma de su mano y con movimiento ágil y preciso lo dirigió al corazón. Moreno respiró fuertemente y cayó de espaldas en la escoria.

El indio acechó por sobre la planta de elaboración. La superficie era tan desigual que las uniformadas tropas de Saavedra ya no podían avanzar en formación. Cada uno buscaba su propio sendero. Un caballo desaparecía en un hoyo mientras otro emergía. Era una tarea difícil. Si no hubiese iluminación, habría algunos caballos heridos y varios soldados con sus cuellos rotos. Saltó hacia el poste de la luz y cortó la corriente. La oscuridad cubrió de nuevo toda la zona. Vio la débil línea del ferrocarril y empezó a correr por ella. Debía volver a la bodega para avisar a los otros antes que la tropa pudiese llegar. Después de un rato la línea se desviaba en dirección de la *oficina* y Achazo bajó por el terraplén. Era demoroso bajar, subir, evitar las colpas

de saltire, descender y trepar *rajos*. Debía haber una senda en alguna parte. El había andado por una cuando siguió a Moreno. ¿Pero cómo encontrarla? Corrió y se devolvió hacia la línea aunque sólo perdió tiempo. Lo intentó otra vez, peleándole cada tramo al camino, sus manos sangrando por las aserradas superficies de los *ripios*.

Oyó el raspar de las herraduras muy cerca tras de él y se metió más desesperadamente en las tinieblas. Pudo sentir las voces de los soldados, el fuerte resoplar de los caballos y el crujiente sonido de los aparejos de cuero. Se tiró en un hoyo y al rato vio a la tropa cabalgando en una pequeña elevación a un lado de él. Estaban todos juntos, cuatro hombres adelante. Esto quería decir que hallaron su ruta. ¿Y por qué no? Se habían desplegado a todo lo ancho, alguno tenía que encontrarla.

Galoparon cerca de Achazo, a lo largo del camino que era lo suficientemente ancho para que las carretas mulera pudiesen pasarse una a la otra. Había tres pelotones con su líder a la cabeza. Luego dos más, cabalgando detrás. Se detuvieron por un momento precisamente donde Achazo se ocultaba. La llama de un fósforo alumbró sus caras por un instante y luego la lumbre de un cigarrillo. Otro fósforo y otro cigarrillo.

"Sería fregado avanzar bajo el fuego de una ametralladora en un terreno como éste," se quejó una voz.

"¡No tiene nada de chistoso!" gritó el otro.

"¡Maldito Aloysius! Y le dije bien claro al estúpido que necesitaríamos la luz no sólo como señal, sino también para avanzar."

"Bueno, todo habrá terminado en quince minutos de todas maneras. Hablaremos de eso después."

Los dos cabalgaron a paso lento. Ya era demasiado tarde para prevenir a los compañeros. Su deber era escapar

y llegar a Caleta Vieja para mantener juntas y unidas las organizaciones que perderían a sus dirigentes y [illegible] preparar la fuga de otros, si era posible.

Había una sola cosa por hacer: encontrar el ferrocarril salitrero que lo había traído. La alternativa era andar a través de cientos de kilómetros por el desierto, sin comida y sin agua, y no pedir ayuda en ningún campamento en caso de que ordenaran arrestar a todos los sospechosos. Debía hallar al maquinista y persuadirlo que lo llevara de vuelta. Por las palabras y actitud del hombre, tenía la impresión de que era muy cauto para no decir timorato. De alguna manera vencería su resistencia.

Realizó su caminata alrededor de la *oficina* y pronto divisó la estación. Los carros no estaban cargados todavía, por lo que no existía la oportunidad como lo esperaba de subirse y esconderse entre los sacos de salitre. Tenía que encontrar al maquinista. No tuvo que hacerlo. Algo ocurrió que despertó al hombre de su dormir. Era el inequívoco sonido del disparo de rifles. Achazo pensó que los delegados habrían resistido o tratado de escapar. Por un instante sintió vergüenza de no estar con ellos para ayudarlos. Sin embargo, las fuerzas contrarias eran tan superiores que toda resistencia sería inútil.

Al estruendo de los disparos, el maquinista asomó su cabeza por la ventana de la cabina. En su cara se notaba el miedo mezclado con el sueño. Había otra tendencia en ese hombre que luchaba contra su natural cautela y timidez. Era la decisión que lo había instado a apoyar a Macho y Chiu en su labor entre los pampinos. Era esta fase de su personalidad la que no le permitió rechazar el pedido de Achazo cuando se acercó a él.

"¿Están persiguiéndote?"

"No."

"¿Qué pasó?"

"No tengo tiempo para contarte. Tengo que irme."

"¿Irte?"

"Sí, regresar... ¡y ahora mismo!"

"No salgo hasta mañana temprano."

"Está bien, pero tengo que esconderme en alguna parte del tren hasta entonces. ¿Hay algún carro que no van a cargar?"

"Tienen que cargarlos todos."

"En la máquina entonces."

"No, eso es imposible."

"No, no lo es. Puedo ir en la carbonera debajo del carbón."

Sintieron dos o tres disparos, esta vez más cerca de ellos. El maquinista miró nerviosamente en esa dirección. "No, eso no va a funcionar."

"¿No puedes taparme con el carbón una vez que me meta allí?"

"No, te digo que... es imposible."

Bajo la mugre, la cara del maquinista estaba pálida y miserable. No se atrevía a ocultar a Achazo y transportarlo de vuelta con él. A la vez, no se atrevía a negar su ayuda. ¿Qué podía hacer? Entonces recordó: el carro de vela del maquinista americano.

No había tiempo que perder. Bajó de su cabina y cogió el brazo de Achazo.

"Ven conmigo, ¡rápido!" Y se apresuró a lo largo de la vía. "Ahí está. No va por la línea de Atahualpa, pero te va a llevar a la costa. El ingeniero americano la hizo construir para sus viajes. Es como una *volanda*, pero no tiene manubrio para conducirla, sólo el freno. De todos modos

corre como los diablos cuando hace viento." El ingeniero había puesto un mástil con una vela, la cual estaba enrollada. Con cualquier brisa, imaginó Achazo, este aparato podía alcanzar una buena velocidad a través de la pampa.

En ese momento no soplaba ni una brisa. Pero vendría. Cada noche, cuando el mar se calmaba, el viento venía de los Andes a través de la pampa y sobre la costa de los cerros. Por esta predecible regularidad y la superficie del desierto, el ingeniero tuvo la idea de diseñar el *carro-a la-vela*, o *schooner* como lo llamó.

"Con el menor viento, se va a mover," le aseguró el maquinista. El hombre retorcía sus gruesos dedos.

"¿Qué hora es?" preguntó Achazo.

"Son las once."

"Bien, los pescadores siempre esperan el *temal* de medianoche. Voy a izar la vela y empujarlo lo más que pueda hasta que llegue el viento." Saltó al carro y desplegó la vela.

El maquinista le advirtió, "Escucha y trata de recordarlo. Hay cinco barrancos en tu camino, cinco puentes que cruzar. Al otro lado del último puente hay una guardia militar. Tienes que pasar por ahí. A unos diez kilómetros, llegas a una estación de cambio de agujas con una vía muerta. La línea principal va a dar a Santa Lucía, pero no puedes pasar por el patio porque te agarran."

"Y la vía muerta, ¿adónde va a dar?"

"Es una nueva trocha que va a la costa, construida por los del campo de trabajo que se encuentra al lado de la vía. A la derecha de los rieles, vas a ver algunos edificios. Son las barracas de los milicos. El campamento está a la izquierda. No va a serte fácil parar por ahí. La línea va más alla en todo caso. Un par de meses atrás, era de unos nueve o diez

kilometros más allá del campamento. Debe ser más, porque siguen trabajando."

"¿Y qué hay de las agujas de cambio? Tengo que cambiarlas, ¿no?"

"Sí, pero por Dios, ¡colócalas de vuelta otra vez"

"¿Y cómo sé cuando estoy llegando a ellas?"

No tuvo respuesta. El maquinista se iba. Podían sentir gritos y caballos avanzando. Los prisioneros con su escolta habían entrado a la estación.

"No te olvides, ¡yo no sé nada!" fueron las últimas palabras cuando se perdió en las sombras.

Achazo empujó el carro. Las ruedas eran pesadas, pero todas con cojinetes y se movió casi en silencio. No obstante, tampoco se habrían oído por el ruido de los gritos de los soldados. Los faroles de la estación se encendieron y se vislumbró claramente el patio del ferrocarril. Para entonces ya estaba más allá de la luz.

Aunque el mapuche ansiaba el viento, no podía esperarlo. Empujó el carro poniendo todo su peso contra él. La noche lo rodeaba, pero no podía perderse. Los músculos de su pecho y bíceps le dolían por el gran esfuerzo que se obligaba a ejercer. A pesar de todo, no se detuvo por dos horas. Lo más lejos que se distanciara de la estación, lo más pronto que pondría término a su jornada cuando llegase el viento.

El aire empezó a soplar pasada la medianoche. Ni una brisa debía desperdiciarse. Subió al *schooner* y comenzó a maniobrar la vela. Luego, por unos minutos, tuvo que empujar aunque la vela lo ayudaba. El viento sopló de improviso, lanzándole un puñado de arena en la cara e inflando la vela. El carro se balanceó, escapándose de las manos. Logró montarse. Para el momento en que pudo

restregarse la arena de la cara, la vela estaba *llena* y el carro surcaba la pampa a toda velocidad.

Esa brisa nocturna, persistente y helada, había sido el primer empellón de mayores proporciones. El viento es un buen revolucionario, meditó Achazo, regocijándose por la rapidez del aparato creado por el yanqui. Me está ayudando a escapar de esos *mal paridos*. Pero no pude tenderle una mano a esos muchachos en la estación. Macho, Chiu, Patacocha y los otros, buenos tipos, excelentes revolucionarios, compañeros indispensables en el movimiento. De alguna manera los vamos a sacar, si puedo salir de ésta.

Las nubes se repartieron por el cielo y sobre los nevados picos de los Andes. Las estrellas brillaron. El desierto, vidriosamente claro, se esparcía al infinito. Achazo no se imaginó que el carro pudiera lograr tal celeridad. El aire se abalanzaba sobre él y abajo los rieles cantaban. Al atravesar el primer puente, se produjo un resonante eco. En pocos minutos cruzó el segundo puente. Vinieron el tercero y cuarto. Mientras volaba a través de los caballetes distinguió apenas los durmientes de la línea del ferrocarril. Era como si el carro volara a través del espacio. Más allá del quinto estaba la guardia militar. Vio un par de figuras y eso fue todo. ¿Supusieron que era el ingeniero americano? ¿Iba de paseo por la noche? El próximo paso era la agujа de cambio donde se iniciaba el ramal del ferrocarril.

Cerca de diez kilómetros después del puesto militar le había dicho el maquinista. Pero, ¿cómo saber cuándo se estaba aproximando? El hombre desapareció sin contestar su pregunta. Debía arreglárselas solo. ¿Qué eran diez kilómetros? Un par de horas a pie, mas un asunto de minutos con este velero de tierra. Temiendo que pudiera

sobrepasarse del cruce y meterse en los grandes patios de carga de Santa Lucía, empezó inmediatamente a acortar la vela. El carro continuó con la misma velocidad, entonces viró más. Iba más despacio. El aire resistió la vela en el otro lado y ésta comenzó a *flamear*. Iba tan lento que podía contar los durmientes.

A ambos lados quedaba el desierto. El terreno no había sido trabajado. La línea hacia la costa probablemente fue derecha todo el camino a través de la tierra sin laborar. Este era el nuevo distrito salitrero que sería explotado por los hombres de los campos de trabajo, tan pronto como se tendiera la línea. Por tres pesos diarios que sólo podían gastar en la *pulpería* de la compañía, estos cesantes acarreados por la policía y los militares estaban abriendo los nuevos depósitos de caliche para las compañías americanas.

Un tiempo precioso se le iba cuando el carro apenas se deslizaba. Por fin apareció la aguja de cambio. Al acercarse, vio la señal de algo que brillaba como un ojo rojo. Si sólo el maquinista se lo hubiera dicho, no habría perdido tanto tiempo. La señal se hallaba arriba, lo que significaba que la línea principal estaba ocupada y las agujas ya habían sido cambiadas. Izó vela nuevamente y voló, pasando la aguja.

La línea principal llegaba a Santa Lucía y seguía al sur a través de la pampa. Corría en dirección suroeste. Por lo tanto, dirigiéndose al suroeste la línea se acabaría en la costa, en algún lugar entre Caleta Buena e Iquique, cerca de las rocosas pendientes que terminaban en el mar.

El viento soplaba cada vez más fuerte. El aire glacial de los Andes caía sobre el desierto y mientras el helado vapor no se condensaba ni siquiera para una miserable

lluvia, absorbía el calor acumulado del día. Era la *camanchaca*. El frío se agudizó y Achazo se cerró en su delgada camisa. La neblinosa exhalación del desierto se hizo tan densa que cubrió la tierra, ocultando el cielo de la noche y sus constelaciones. Sólo el horizonte hacia el este permaneció claro con los límpidos perfiles de la cadena de los Andes. Unas pocas estrellas se veían todavía por sobre las gigantescas montañas y de entre ellas el planeta Venus refulgía nítidamente, dejando una ancha estela a través del espacioso desierto que había cruzado.

Después de pasar la próxima aguja, alzó más vela. El cambio de rumbo del ramal trajo las brisas más directamente, aumentando la velocidad. Achazo ni siquiera trató de reducir la marcha. La blanca luz de Venus le advertía que le quedaba poco tiempo. Pronto amanecería. Con la menor variación en la temperatura el viento cesaría y el carro no tendría ningún uso. Le faltaba pasar los campamentos de trabajo y las barracas militares de las cuales debía alejarse lo más posible.

La noche ya desaparecía, su negrura derritiéndose en gris. En estas latitudes, donde no hay prácticamente margen entre una noche plena y el día, es inevitable un repentino amanecer. Era asunto de minutos antes del final.

Divisó el campamento de trabajo. A la derecha distinguió las barracas y las animadas figuras de los guardias, corriendo, alarmados por el ruido del carro. A la izquierda, percibió una alta muralla con torcidas alambradas y, detrás del campamento, una empalizada con un techo que parecía ser de calaminas y sacos. Vio un par de hombres, guardias seguramente. A la derecha los soldados habían llegado a la plataforma casi a un

metro del *schooner*. Calzaban botas de montar. Pronto todo quedó atrás.

Achazo sabía que los soldados informarían del paso del carro y lo más factible sería que el comandante investigaría de inmediato este hecho a lo largo del ramal. Debía cubrir a toda marcha el último trecho para mantener su ventaja. ¿Pero cuándo llegaría al final de la línea a la velocidad conque iba? ¿Cómo evitar un accidente?

Había tratado los frenos un par de veces. El americano había diseñado el carro con un sistema parecido al de un automóvil. Afortunadamente la claridad le permitía ver más lejos. Iba pasando ramas de rieles y algo que semejaba una bodega para guardar herramientas, más allá un lugar con techumbre de cañas para proteger a los soldados del calor. Empezó a aplicar los frenos, suavemente al principio. De pronto notó que no había más durmientes entre los rieles y frenó en seco. Las chillonas ruedas cesaron su movimiento, actuaron como si fuera un trineo y el carro continuó su marcha por el ímpetu inicial. Brotaron chispas. Crujía a lo largo de los últimos metros de riel y cayó en un montón de escombros, volcándose. Achazo salió disparado unos siete metros y quedó aturdido sobre el áspero terreno.

El poder de Juan Esteban Montero había sid doblegado. Varias organizaciones brotaron como flores en una lluviosa primavera. De una lista que Macho trajo d Valparaíso, Achazo contó ciento veintitrés organismos antifascistas. Desde que lo soltaron, Macho ocupó el puesto de Patacocha, el enlace entre la costa norte y Valparaíso. Achazo estudió otra vez los periódicos. Sí, era obvio que el control de Montero había disminuido. El alzamiento naval en Coquimbo y el motín del ejército en Copiapó fueron los primeros heraldos. Desde entonces el país fue remecido por un clima de inquietud. Una huelga sucedía a la otra cada una más larga que la anterior y adoptando carácter político. La huelga de las curtiembres se extendió a los textiles y luego a toda la industria liviana. La de taxistas en Santiago rápidamente se convirtió en huelga colectiva y cuando los estibadores y los muelles se plegaron, todo el sistema de transporte del país se paralizó por una semana.

A pesar de todo, el gobierno no renunció. Se entendía claramente que buscaba convertir a Chile en apéndice colonial de los financistas americanos. Los obreros no fueron los únicos afectados por la crisis, sino además la

arenosos, pequeños comerciantes, empleados del Estado y la mayoría de la clase profesional y los estudiantes.

Achazo se levantó de la mesa y caminó hacia la ventana. El aspecto del gran aposento en el fuerte había cambiado desde los días en que él y Tupapa arribaron. La mesa consistía en un pedazo de roca plana, descansando en dos piedras y tenía la extraña peculiaridad de sonar como una campana cuando la golpeaban. Era el principal mueble del cuarto, como lo había sido por siglos. Las ventanas eran aberturas toscas sin vidrios. Alrededor de toda la pieza, contra la muralla, había una ancha banqueta de madera cubierta por cueros de ovejas, con espacio suficiente para dormir un cierto número de personas tales como se encuentran en las chozas de la Patagonia. Un cuarto más pequeño había sido equipado como cocina. Allí se instaló un radiorreceptor. En ese momento, Lobo y Cholo preparaban el almuerzo mientras escuchaban música transmitida desde Valparaíso.

Achazo todavía llevaba su brazo en cabestrillo. Cuando veinte días atrás recuperó el conocimiento, vio una cara morena inclinándose hacia él. Un roto limpiaba su frente con saliva. Otros dos estaban a su lado. Eran tres obreros del campamento de trabajo, escapados la noche anterior. Después de una larga caminata pasaron por el sitio donde Achazo había aterrizado. Se fue con ellos hasta el borde de las alturas que descendían a nivel de la costa. Los pampinos no se atrevieron a entrar de día a la ciudad con sus camisas en las cuales tenían los números que utilizaban en los campamentos. Achazo prosiguió su camino. Sufría de una herida en la cabeza y un brazo quebrado. El puerto donde entró era Iquique. Se dirigió a la casa de un pescador en el barrio de *El Colorado*. Era de los que trabajaba para la Mutual.

Con su brazo entablillado, viajó a Caleta Vieja donde le unió Macho tan pronto como lo soltaron de la cárcel. Inmediato Achazo mandó a buscar a Antonio. El viejo pescador realizaba el trabajo de varios hombres. Planeaba la fuga de sus compañeros en la cárcel, un plan basado en el supuesto congreso en Santa Lucía. Además Antonio estaba ocupadísimo, tratando de poner juntos los hilos de la organización en la pampa. En cumplimiento de estos objetivos, el viejo iba a la pampa de *oficina* en *oficina* vendiendo pescado ahumado. Su bote permanecía en Caleta Buena excepto cuando Tutapa lo sacaba a la mar con la ayuda de otros pescadores.

Achazo se paró a la ventana, considerando los informes que había leído. Ciento cincuenta mil mapuches alzados, trescientos mil cesantes...Ciento veintitrés organizaciones antifascistas con diferentes grados de poder.

"Sólo uno de cada cuatro tiene trabajo," comentó Macho.

"¿Y cuál es la línea del Partido?"

"No sé. Creo que están en negociaciones con Marmaduque Grove, el de la Aviación. Estoy seguro que nada va a resultar. Creen que una revolución en estos momentos puede ser prematura. Tú debes venir conmigo a Valparaíso y hacer lo posible para convencerlos. Debes hablar con Elías Lafertte y el comité central. Es imposible sujetar a las masas. La revolución tendrá que llegar y el Partido quedará fuera de ella." Achazo miró por sobre el ancho océano. Hacia el norte, en el horizonte se veía la vela de un bote que se mecía por horas, luchando contra la corriente. Debería llegar a Caleta Vieja con la brisa de la noche.

"¿Grove?" inquirió Achazo.

"Sí, él está negociando con los sindicalistas y los anarquistas. El Comité de Cesantes de Santiago y Valparaíso lo respaldan."

pavila."

"Sí, y por otro lado, él está negociando con Carlos

"La influencia de Dávila proviene sólo de su actitud socialista, su compromiso con los trabajadores. Si no lo cumple, lo echan. Grove y Dávila son únicamente una etapa de transición hacia los soviets y debemos estar listos para ese momento."

"Debemos explicar lo que Grove realmente quiere y qué es lo que Dávila defiende."

Lobo trajo la comida. Los seis hombres, dos pescadores con sus compañeros, se sentaron a la mesa. Un tango americano se escuchó por la radio.

Achazo manifestó que pronto su brazo estaría en buenas condiciones y precisamente necesitaba los dos. Hablaron de las preparaciones para liberar a los hombres en Atahualpa. Habían fijado la fecha para el hipotético congreso. Juzgando por los métodos empleados por Saavedra en La Palma, calcularon que enviaría una buena parte de sus tropas a Santa Lucía. Esa sería la ocasión en que atentarían la liberación de sus compañeros.

El único problema que podría surgir, sería que los trasladaran al sur antes de la fecha acordada. Pero Macho se había ocupado de esto. El buque-transporte estaba fondeado en Valparaíso y un par de fogoneros sindicalistas provocó un desperfecto en las máquinas. "Y aunque las reparen, no llegará muy lejos," aseguró. "Hay algo que no funciona bien en las calderas, según me dijeron. Y las tuberías están en pésimas condiciones o lo estarán. Seis horas en el mar y el agua inundará las calderas, apagándolas. Tendrán que regresarse."

"Bien," lo felicitó Achazo. "Nos llegaron noticias de Klaus. El prefecto tiene en sus manos las invitaciones. Los

pescadores de Iquique no son conocidos en Atahualpa. Ellos harán el trabajo conjuntamente con algunos cesantes de su distrito. Antonio habló con todos."

"Yo pienso que será muy tarde. Las cosas se están moviendo tan rápido en Santiago que probablemente estarán libres antes," disputó Macho.

"Si así ocurre, mejor."

"Sí, y nosotros debemos estar en Santiago. Eso es importante."

Achazo estuvo en desacuerdo. Tendría que ir a Iquique. Aunque todavía faltaba una quincena para realizar el atentado, quería hablar con los pescadores y cesantes que lo llevarían a cabo para navegar con ellos a Atahualpa. Había dos botes en la bahía y decidieron que Lobo iría con Achazo al norte la mañana siguiente y Cholo navegaría con Macho hacia Valparaíso esa tarde.

Achazo volvió a la ventana. Ese bote debía pertenecer a la Mutual. Parecía que no se había movido desde la última vez que lo vio, pero sabía que estaba *bregando* para llegar a la ensenada. Lobo manipulaba los botones de la radio. La había traído desde Valparaíso. Podían captar Argentina, Bolivia y Perú. Pensó que tenía a Ecuador. La poderosa radio de Santiago atravesó las ondas. Carlos Dávila estaba hablando con breves frases vigorosas sobre la situación política. Achazo y el resto escucharon mientras la abrupta voz lanzaba proclamas socialistas. Aunque ya lo habían oído y leído en los periódicos, quedaron asombrados por sus calurosas referencias a la Unión Soviética.

"Es el único país que se expande y florece en esta tiempo de crisis y eso se debe a su economía socialista. Chile también necesita planear su economía y una industria nacional para encontrar el camino que nos saque

de la crisis. El Estado debe controlar la industria del país, pero no podemos llevar a cabo estas medidas a la manera de los rusos.

Debemos hacerlo de tal modo que no perjudiquemos intereses individuales."

Habló de la pobreza del país, el desempleo físico y moral de los cesantes. Criticó la actividad o falta de actividad del gobierno. "El desempleo no puede solucionarse con ayuda para los cesantes, sino proporcionándoles trabajo." No mencionó, sin embargo, cómo lo haría. Después de todo, iba repitiendo lo que antes Carlos Ibáñez y Juan Esteban Montero habían dicho. Era un hombre nuevo, utilizando palabras viejas. El final del discurso condenó el crecimiento de recientes organizaciones democráticas. "No se puede traer de vuelta a los muertos. La época de la democracia y el parlamentarismo ha pasado para siempre."

No fue valioso lo que pronunció sino el hecho de que podía hablar así en un sistema de radio controlado por el gobierno, adoptando una decisiva y hostil postura con respecto al mismo.

"Tenías razón," dijo Achazo a Macho, "voy a Valparaíso contigo."

Lobo recibió instrucciones de izar vela al norte, juntar a los pescadores en Iquique y llevar a los cesantes abordo para desembarcarlos en Atahualpa en el día fijado. Otro bote se envió para comunicarse con Antonio y dejarlo a cargo del asunto de Atahualpa.

"De esta manera lo cubrimos todo," aseguró Achazo. "No creo que será necesario. Ya verás cuando llegues a Valparaíso y Santiago," comentó Macho.

Achazo regresó a la ventana. El bote estaba más cerca y el *terral* lo traería a la ensenada esa noche con el mismo viento empezarían su jornada al sur.

Cholo quedó a cargo del fuerte. Los otros bajaron a la playa y aprontaron los botes. Levantaron velas, las dos embarcaciones salieron de la pequeña bahía y se separaron. El bote que toda la tarde estuvo detenido en las afueras de Caleta Vieja, precisaba solo la brisa de tierra para llegar a la playa. Desembarcaron a medianoche y dos jóvenes corrieron hacia arriba del fuerte. Eran Tutapa y Juan.

El chico había probado ser buen amigo y de confianza. Después del arresto de su padre, Tutapa corrió hacia la casa de Juan y le explicó que sólo una persona podía salvarlo. Juan replicó, "Bien, vamos por él entonces."

"Pero es muy lejos. Tenemos que ir en bote."

"Está bien, vamos juntos."

Fue cuando empezaron a navegar que Tutapa se dio cuenta que había introducido a un extraño en los asuntos de la Mutual. Después de todo, Juan no lo era realmente y le hizo prometer que nunca diría una palabra de lo que viera ni hacia adónde iban. Agregó que si hablara, traería desgracias para él y su padre, pues Saavedra jamás creería que ellos no habían estado implicados a fondo.

Juan no tardó mucho en aprender el manejo de la vela. El liviano peso de los muchachos ayudó en la navegación y lograron hacer el recorrido en corto tiempo. Cholo estaba sentado en la cocina situada en la parte más distante del edificio, lejos del mar donde no era arriesgado tener una lámpara encendida. Cuando sintió pasos presumió que sería un pescador que llegaba con noticias. Los niños avanzaron hacia la luz. El los miró perplejo.

"¿Dónde está Achazo?" preguntó Tutapa.

"¿Achazo? No está aquí."

"¿Dónde está?"

"Se fue."

"¿Pero cuándo, Cholo, y adónde?"

"Hace dos horas. Se fue con Lobo para Valparaíso. ¿Pero, por qué has venido aquí? ¿Y quién es este?"

"Vengo de Atahualpa. Antonio fue arrestado y lo van a fusilar. Van a fusilarlos a todos o por lo menos a un montón. Klaus me lo dijo."

"¿Cómo lo sabe él?"

"Klaus dijo que el prefecto envió un telegrama a Santiago, pidiendo permiso para hacerlo. Solo espera una respuesta."

"¿Fusilarlos? ¿A Antonio, el Pinguino y Chiu?"

"A todos ellos."

Cholo miró a Juan inquisitivamente. Un fuego oscuro quemaba en sus ojos.

"Este es Juan, él me ayudó a llegar. No hay problema con él. No pude conseguir ayuda de otros."

"Está bien entonces."

"Ven, Juan, tenemos que encontrar a Achazo."

Ella corrió a la otra pieza, seguida por Juan quien se despidió con española cortesía, "Adiós, señor, ¡lo encontraremos!" Este es un asunto divertido, pensó Juan. Primero, todo el viaje desde Atahualpa y vamos a Valparaíso ¡y no pude *decir ni pío*! Pero Tutapa tenía razón. Lo que ella dijera, él lo haría.

Apuesto a que esos dos no tienen nada de comida en el bote, recapacitó Cholo. Corrió a la puerta. "¡Tutapa!" No hubo respuesta. Fue a la cocina y juntó lo que pudo en un canasto y trató de alcanzarlos. Iban corriendo al bajar la cuesta. Al llegar al embarcadero, ya izaban la vela. Se metió al agua. "Tomen el canasto. Hay algunas galletas, carne y pescado ahumado."

"¿Trajeron algo para comer?"

"No mucho. Juan trajo algo."

"¿De dónde?"

"De su padre, él tiene un almacén."

"¿Qué? ¿Su padre sabe de todo esto?"

"Ni una palabra y nunca lo sabrá," respondió Jose.

"Juan lo prometió," añadió Tutapa.

Cholo los miró a ambos y sonrió. "Eso me suena bien. Achazo lo va a saber. Los dos lo han hecho muy bien. El cómo andan de agua?"

Se agachó por sobre la borda y golpeó en la tapa del barril. Sonaba hueco. Tutapa se había olvidado. De todas maneras, ella no creía que viajarían muy lejos y confiaba encontrarlo en unas pocas horas, a lo más al amanecer.

Cholo llenó el barril. El depósito de agua estaba en el embarcadero. Los dejó irse. Contempló la vela a través de la oscuridad por unos minutos y luego ésta desapareció. Empezó a subir al fuerte y entonces recordó la barra.

¡Virgen Santísima, la barra! ¿Podrían esos dos niños cruzarla? Después de todo entraron, pero era un trabajo duro el cruzarla. Corrió a lo largo del Lado exterior de la bahía y se subió a una roca. Miró hacia las olas del Pacífico cuyas rompientes con su espuma chocaban contra la costa. El bote se encontraba en las espumosas aguas a la entrada de la bahía. Tutapa a cargo del timón, media la distancia de la estrecha salida. Las rocas a ambos lados, aparecían y desaparecían con la rompiente marejada.

Cuando el bote pasó a una pocas yardas de él, Cholo iba a gritarles pero se reprimió. ¿Qué podía hacer él? Además no debía distraer la atención de Tutapa. El bote navegó alto en una ola y luego desapareció de su vista. Volvió a aparecer entre la bullente espuma, salió hacia adelante y llegó al seguro ritmo de mar afuera. Menos mal lo lograron. Esos dos van a ir todo el camino hacia Valparaíso, todo el camino a Tierra del Fuego si es

necesario. Buena *collera*. Tendría que escribir un informe de lo que había ocurrido esa noche y enviarlo por la costa, en caso de que....

Tutapa enfiló la ruta en dirección suroeste. Pronto los niños perdieron de vista los altos acantilados de Caleta Vieja y de la costa. Sólo los acompañaba el movimiento acompasado de las olas y, por sobre ellos, el negro y aterciopelado cielo copado de estrellas.

La muchacha nunca había visto un compás ni oído hablar de un sextante. Pero había pasado lo suficiente en el mar con su abuelo como para aprender los elementos básicos de la navegación de todo pescador. Su tarea era salir fuera de la costa, lo más lejos posible, donde el mar era más profundo y la corriente más débil, mientras avanzaba hacia el sur. "Debemos mantener la misma ruta probablemente por unas dos horas. Luego navegar cerca del viento, pero no muy cerca."

Levantó la mano, indicando hacia la costa. "No mucho después que cambiemos ruta, vas a ver una estrella allá arriba, una bien brillante. Esa es Venus. Entonces hay que timonear de manera que siempre esté en nuestra proa a babor. Cuando la estrella empiece a bajar otra vez, tú debes mantenerla a popa. Pero tienes que darte cuenta de cuánto tiempo la estrella permanece en una dirección para que me lo digas después. Y despiértame cuando pare el viento de tierra. Y con más razón si ves un bote."

Tutapa sabía que sería improbable divisar el bote de Achazo en la noche. Si habían seguido el mismo curso de ellos, sería posible verlos después del amanecer. Se metió en el entablado de proa y durmió por algunas horas. Las olas golpeaban y murmuraban al unísono y se durmió plácidamente. Al venir un cambio en el movimiento de

las olas, se despertó de inmediato. La primera vez que la vela *gualdrapeó* contra el mástil, su cabeza ya estaba al descubierto y tiró la frazada a un lado.

"El viento paró," observó.

"Sí, paró."

Salió de su refugio y miró hacia el cielo. Muchas de las estrellas habían desaparecido, sólo las más brillantes se podían ver, entre ellas Venus que había trazado un breve arco y permanecía cerca del horizonte. El planeta estaba a la popa. Juan había seguido las instrucciones.

"Muy bien. ¿Cuánto rato has estado en esa dirección?"

"Por lo menos dos horas, creo."

"Eso está bien. Debemos mantenernos todo el tiempo a la misma distancia de tierra."

La costa pronto se hizo visible. Hacia el este apareció una hilera de puntos afilados, empinándose por sobre una masa teñida de nubes. Debajo de las nubes, descendían amplias cuestas marcadas por negras profundidades y azules boquetes. Eran los lejanos Andes, la cordillera con sus blancas cabezas que se perfilaban más allá de la pampa. Tendrían que esperar hasta que el sol estuviera en lo alto, antes de poder ver los cerros de la costa debajo de los cuales estaban las bahías de los puertos. Tutapa y Juan se adentraron tanto en el mar que de un vapor que pasó entre ellos y tierra, sólo vieron su chimenea y el humo.

Por horas forzaron la vista. No había señales de bote alguno. Excepto por el vapor, el mar permanecía vacío. El viento cambió. El día pasó, el sol bajó en el horizonte y el mar refrescó. Y otra vez la brisa. Con esta ayuda continuaron hacia el sur.

Tutapa conocía las señales de tierra. Un día vieron columnas de humo y una negra exhalación en el cielo, lo

que significaba que pasaban un pueblo grande. En otro, percibieron un escarpado promontorio que se internaba en el mar. Más tarde, notaron la cresta humeante de un volcán hacia el interior.

Fueron estas señales, juntas con el sol y las estrellas, los guías de los dos navegantes. Si el cielo y la costa se ensombrecían por las nubes, aún tenían la dirección del viento y la corriente para ayudarlos. Afortunadamente, tuvieron días claros en su ruta. Aun así, les tomó una semana para llegar a Valparaíso. A Tutapa le pareció una eternidad, pues nunca dejaba de pensar que cualquier día traería la muerte de Antonio y de los demás. El vasto espacio del mar y la interminable línea marrón de la costa con sus altas montañas, se consumían en el fuego de sus ansias y el tumulto de su miedo.

A pesar de todo, su esperanza era inquebrantable. Cada vez que veían un bote, izaban toda la vela arriesgando el peligrar sus vidas para que su embarcación se acercara velozmente hasta distinguir las caras de sus tripulantes. Desengañados, recordaban su seguridad, volvían a recortar el velamen y proseguían en su largo viaje.

¿Dónde podría estar Achazo? ¿Todavía delante de ellos o lo habrían sobrepasado durante la noche? Incluso en el día era posible que su bote navegara en alta mar, o tan cerca de la costa como para ser invisible. Pero ella lo veía en Valparaíso con Macho o con el viejo Lafferte o en otro lugar. Achazo la ayudaría. El sería capaz de salvarlos. Tal era su fe en el mapuche. No tenía idea de qué medios utilizaría para prevenir la ejecución de todos esos hombres y sacarlos de la prisión, aunque ni por un momento dudó que él lo podría hacer.

Al fin un día avistaron Valparaíso. Desde temprano en la mañana, habían vislumbrado el humo que brotaba

de las chimeneas de las fábricas y el brumoso cielo que se cernía por sobre el primer puerto del litoral. No obstante les tomó todo un día de navegación antes de apreciar la ciudad misma.

Navegaron en una curva y se aproximaron a la bahía desde el suroeste. El viento paró y lentamente se desplazaron hacia la entrada del puerto. Habían pasado una flota pesquera que salía con sus velas desplegadas en el rojizo mar que dejaban detrás. Al considerarlo nuevamente, el mar se había convertido en un lago carmesí. Las protegidas aguas en frente de ellos, lucían como un escudo de oscuro terciopelo. Sólo los barcos anclados en la bahía cogían fragmentos de la agonizante luz. Había una cantidad enorme de barcos, veleros australianos, barcos mercantes de San Francisco, Portland o Vancouver. Observaron veleros y vapores que llegaron cruzando el Cabo de Hornos desde Europa, así como los barcos costeros que iban a Callao, Ecuador y Panamá. Miraron los buques de guerra chilenos con sus torres y cañones. Sus cascos se veían de color púrpura con sus mástiles azules en la parte baja, transformándose en color claro hacia arriba.

Tutapa y Juan atravesaron las turbias aguas de la rada. No habían arribado al largo desembarcadero de piedra y ya la ciudad les empezaba a hablar.

Comenzó en los buques de guerra. Un haz de luz iluminó el agua y fueron envueltos por un trueno. Los ecos rodaron por los cerros y antes que murieran, el trueno retumbó de nuevo. Veintitrés veces dispararon los cañones de los buques de guerra. Durante ese tiempo el aire tembló y gruñó.

Tutapa y Juan no sabían que los cañonazos eran salvas. Se agacharon en el bote, olvidándose de timonearlo.

y así encogidos, chocaron contra uno de los pilares del muelle. Un poco aturdida, Tutapa atracó el bote y lo amarró al embarcadero. Subieron al muelle. Estaban al final de él.

Los dos jóvenes temblaban. Vino una luz que los envolvió y deslumbró. Los reflectores de los barcos enfilaban hacia la punta del muelle. Tutapa agarró la mano de Juan y comenzaron a correr. Pero otros corrían en dirección hacia ellos, miles de gente. Fueron cogidos por la multitud y llevados de vuelta a la punta del muelle.

"¡Viva!" gritaban mil.

"¡Viva!" replicaba un coro que provenía de los barcos en el mar.

"¡Viva Chile!"

"¡Viva la República Socialista de Chile"

Con la cegante luz de los reflectores, vieron un gran pendón rojo moviéndose por sobre ellos. Empezo a moverse hacia la ciudad y la multitud con él. Marcharon por el largo muelle hacia las calles, dejando la luz detras de ellos. El tinte de la bandera se hizo más oscuro. Se tomaron de las manos, temiendo ser separados por la informe masa con la que se desplazaban. Pasaron bajo una cadena de lámparas. La calle se llamaba El *Almendral*, dijo alguien. La procesión se agrandaba. Nuevas columnas salían de los costados de las calles. Todos cantaban el himno que los marineros entonaron en Caleta Vieja,

¡Arriba, los hambrientos de su letargo!

¡Arriba, los esclavos de la miseria!

Y gritaban, "¡No queremos a Grove!" "¡No queremos a Dávila!" "¡Viva la República de los Trabajadores y Campesinos!"

La multitud se detuvo frente a una casona con amplias ventanas. Alguien se habia dirigido a las masas

y finalizaba su discurso con, "¡Abajo con el imperialismo yanqui!" Desde un enorme edificio, la gente tiraba serpentinas de colores y papel picado sobre la multitud. Los muchachos se apretaron el uno al otro y comenzaron a deslizarse a través del gentío.

Caminaron un poco y llegaron a una parte de la ciudad que Tutapa reconoció. Se apresuraron, yendo en rumbo opuesto a la corriente humana. Alcanzaron una estrecha calle empedrada que subía al cerro. Tutapa se paró en la entrada de una casa. "Aquí es."

Entraron por la puerta del conventillo y subieron las escaleras. Tutapa golpeó una puerta. Una mujer abrió. Se mostró sorprendida.

"¿Tutapa, qué haces aquí?"

"¿Dónde está Macho?"

"No está aquí."

"¿Y Achazo?"

"No está aquí tampoco. Pero entra y cuéntame de dónde vienes. ¿Está Antonio contigo?" Tutapa entró, seguida por Juan. La niña se sentó.

"Antonio..." susurró y puso su mano en la cara. Se deshizo en lágrimas. La mujer la abrazó. Juan le tomó la mano. Al rato pudo hablar.

Después de escucharla, la mujer la reconfortó. "Achazo está aquí y Macho también. Están en el Congreso de los Soviets. No te preocupes, mañana los veremos."

9

Macho supo leer las señales de los tiempos que se acercaban. Mientras hablaba con Achazo en Caleta Vieja, el país se acercaba al borde de la revolución. El próximo día cuando Achazo y Macho aún estaban cerca de Caleta Vieja, la Escuela de Aviación y otras unidades militares se alzaron y rebelaron contra Juan Esteban Montero. Se les incorporó el resto del ejército y por la tarde el gobierno había sido derrocado. El poder cayó en manos de Carlos Dávila, quien inspiró la primera revuelta en el ejército, pero lo compartía con Marmaduque Grove el hombre del *acción roja* quien atrajo a las masas de obreros y clase media a las calles de Santiago. Ellos ofrecieron su apoyo a los militares rebeldes e hicieron efectiva su victoria.

Esa noche los obreros contaron con cientos de muertos.

Y todo lo que ello significó fue colocar en el poder una nueva dictadura, la coalición de gobierno de Dávila y Grove. Pero pronto los trabajadores se alzaron, pidiendo la abolición de cualquier tipo de fascismo, armas para el pueblo y formación de soviets para ellos y los campesinos. Se apoderaron de los almacenes de provisiones, depósitos de petróleo y propiedades de la Iglesia. Forzaron a Grove a

ordenar la confiscación del dinero extranjero en los Bancos y Casas de Cambio. El Banco Central fue declarado Banco Nacional y dos de sus directores que preparaban la transferencia del oro a Estados Unidos fueron arrestados. A los estudiantes universitarios se les dio el derecho de autonomía.

Bajo la presión de la prensa inglesa, norteamericana, francesa y alemana, Dávila renunció al gobierno después de unos días con el pretexto de que Grove había ido más allá de los límites de un socialismo moderado. Los Sindicatos Rojos hicieron un llamado para un congreso de los soviets. La primera sesión se efectuó en el gran hall de la Universidad de Chile, la que estaba en manos de los estudiantes rebeldes. Achazo y Macho llegaron para la tercera sesión, dos días antes del arribo de Tutapa a Valparaíso.

Esos momentos fueron suficientes para revelar la inestabilidad de la situación. Ciento veintinueve organizaciones antifascistas, seis más de las que Achazo había contado, estaban representadas en el congreso. Muchas tenían precisamente el mismo programa político.

Cada uno de estos organismos se oponía a la dominación americana y a la COSACHE. Unas la querían disolver para reconstruir la economía chilena con la ayuda de capitales ingleses. Otros demandaban una combinación de capitales ingleses, alemanes y franceses como el único medio de liberación de Wall Street. Una entidad comercial pedía que se prohibiera a la Compañía vender mercaderías y artículos de consumo en la zona salitrera. Las Ligas de Arrendatarios y Sociedades de Artesanos Independientes exigían del congreso la reducción de las rentas y la abolición o suspensión temporal de los intereses en préstamos de capital.

plias Laferte, de pelo cano, viejo luchador, secretario de los sindicatos revolucionarios, quien había inaugurado el congreso, se dirigía a los diversos representantes de los sindicatos, organizaciones campesinas y de cesantes, proponía un programa para las secciones: la lucha contra la reacción feudal, clerical e imperialista y contra el gobierno de Alessandri; la devolución de las tierras a los mapuches y la formación de una República Araucana Autónoma en el sur; la confiscación de las propiedades de la Iglesia y de los fundos en los llamados extranjeros, el no pago a las deudas externas; el inmediato desarme de las tropas reaccionarias y organizaciones antiobreras; armas al proletariado, reconocimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El viejo líder imaginó alrededor suyo. Algunos delegados mantenían las caras alzadas y sus ojos brillaban. Otros miraban indiferentes hacia abajo, a los papeles en sus manos, o inquietos hacia sus vecinos. Laferte continuó leyendo el programa, con voz ronca, poderosa, la misma que había maldecido a miles en tantas manifestaciones y que había sido silenciada con la cárcel o destierro en más de una ocasión.

Que Saavedra rehusara el reconocimiento a la nueva República Soviética Chilena, causó gran preocupación a Achazo por los prisioneros en Atahualpa. Intuía que el nuevo sistema político no podía ser más que un experimento, una aventura heroica y con una conclusión sangrienta. Eso era evidente. Nada lo apartaría de su resolución de rescatar a los compañeros y preservar ese selecto cuerpo de organizadores y militantes para la lucha decisiva que todavía estaba por venir.

Consultó con Laferte y Macho respecto a la situación. Tenía en las manos un boleto para el vapor *caletero* que

Elias Lafertte, de pelo cano, viejo luchador, secretario de los sindicatos revolucionarios, quien había inaugurado el congreso, se dirigia a los diversos representantes de los sindicatos, organizaciones campesinas y de cesantes. Proponia un programa para los soviets: La lucha contra la reacción feudal, clerical e imperialista y contra el gobierno de Marmaduque Grove; la devolución de las tierras a los mapuches y la fundación de una Republica Araucana Autónoma en el sur; la confiscación de las propiedades de la Iglesia y de los fondos en los Bancos extranjeros; el rechazo a las deudas externas; el inmediato desarme de las tropas reaccionarias y organizaciones anticlase obrera; armar al proletariado, reconocimiento de la Union de Republicas Socialistas Soviéticas.

El viejo lider indagó alrededor suyo. Algunos delegados mantenian las caras alzadas y sus ojos brillaban. Otros miraban indiferentes hacia abajo, a los papeles en sus manos, o inquietos hacia sus vecinos. Lafertte continuó leyendo el programa, con voz ronca, poderosa, la misma que había enardecido a miles en tantas manifestaciones y que había sido silenciada con la cárcel o destierro en más de una ocasión.

Que Saavedra rehusara el reconocimiento a la nueva República Soviética Chilena, causó gran preocupación a Achazo por los prisioneros en Atahualpa. Intuía que el nuevo sistema político no podía ser más que un experimento, una aventura heroica y con una conclusión sangrienta. Eso era evidente. Nada lo apartaría de su resolución de rescatar a los compañeros y preservar ese selecto cuerpo de organizadores y militantes para la lucha decisiva que todavía estaba por venir.

Consultó con Lafertte y Macho respecto a la situación. Ya tenía en las manos un boleto para el vapor *caletero* que

se dirigía el día siguiente para el norte. Llegaría a Antofagasta un día antes de la fecha prefijada para el congreso en Santa Lucía.

Era menester actuar con prontitud. Con la renuncia de Dávila, ya habían empezado los preparativos para derribar la República Socialista. Dávila negociaba tanto con Montero y con el ex-dictador Carlos Ibañez quien contaba con el apoyo de los intereses americanos. Además estaba en contacto con el alto mando del ejército y la marina. Las salvas de la flota que asustaron a Tutapa y Juan y de las cuales Achazo escuchó comentarios en Santiago, no se dispararon en celebración de la causa que inspiró el entusiasmo de la gente en el muelle. Era un tipo de socialismo muy diferente el que Davila había promovido entre los oficiales de la armada. "Deseamos establecer en nuestro país un socialismo que no sea irreconciliable con la existencia de la empresa privada y los intereses extranjeros." Se había asegurado del acuerdo del alto mando y la mayoría de los oficiales para luchar por este "moderado y vital socialismo." A los pocos momentos, los cañones tronaron por sobre la tranquila bahía. Los trabajadores de Valparaíso que interpretaron erróneamente el significado del saludo se desplazaron en masa hacia el muelle para saludarlos.

El próximo día, cuando apareció el manifiesto de Dávila, se dieron cuenta de su error. Ahora los soviets comenzaron fervorosamente a organizar sus fuerzas. Los obreros respondieron en grandes números al llamado del Partido Comunista. Resonó en el aire, el grito de armas de los trabajadores.

Era mediodía. Achazo, en Valparaíso, todavía tenía dos horas antes de zarpar hacia el norte. Caminaba con Mac

por la avenida principal del puerto, cuando vio en la calle un roley volcado. Se subió a él. El sol resplandecía en las caras de los que lo oyeron, caras macilentas por el hambre y quizás con una premonición de desastre.

"La crisis en Chile ha llegado demasiado lejos, pero no ha llegado a su final. Nuestras casas están vacías y los techos están rotos, y sólo tenemos un puñado de arroz en nuestras mesas. Todo esto porque nuestros gobernantes han entregado nuestras fábricas, nuestras minas y nuestros ferrocarriles, y toda la población a los explotadores extranjeros. Hoy en día tenemos que trabajar para nuestros jefes y para los jefes extranjeros también."

"Nuestras condiciones han empeorado porque los capitalistas extranjeros tienen una crisis en sus propios países y también una clase trabajadora revolucionaria. Tratan de escapar de sus propios problemas, poniendo sobre nosotros y sobre la gente de otros países mayores cargas, llevando a los trabajadores a la esclavitud y tratando de convertirlos en sus colonias."

Achazo miró hacia el gentio. Justo debajo de él estaba Tutapa. ¿Qué hacía allí?

"Por eso es que estamos peor que en otros países. Por eso es que cien mil cesantes están prácticamente condenados a muerte. Y si las condiciones empeoran en el extranjero, también empeorarán aquí. Debemos romper todo tipo de relaciones con los capitales financiados por extranjeros y renunciar a las obligaciones que Ibáñez y Montero han forzado sobre nosotros, y las cuales Dávila mantendrá."

Explicó por qué era imperativo que los obreros industriales se aliaran con los indios agricultores del sur. Insistió que la independencia de Chile sólo podía basarse

en tal alianza y con la fuerza de todos contra el imperialismo. Recalcó la necesidad de la acción proletaria y la formación de un gran frente unido; les suplicó trabajar por ese frente que ya había dado pruebas de su voluntad de victoria y su capacidad para dirigir.

Los ojos de Tutapa, debajo de él, eran como dos lagos negros en los cuales se miró. Oscuros y extraños, se parecían al mar que él y ella habían contemplado no hacía mucho en Caleta Vieja. ¿Por qué estaba allí? ¿Qué sería de Antonio?

Cuando concluyó su arenga y bajó del trolley, Tutapa le tendió la mano. Sus labios se apretaban fuertemente.

"¿Antonio?"

"Sí."

"¿Está vivo todavía?"

"Sí, pero tenemos que ayudarlo y rápidamente."

Se volvió hacia Macho. "Hemos revisado todo. Los contactos se mantendrán desde aquí hasta el norte. Si por cualquier motivo se quiebra la Mutual de Ayuda, nos arreglaremos por ferrocarril por un tiempo. Todo está listo. Me voy ahora." Le estrechó la mano.

"Ven, vamos a comprar tu boleto." El trayecto se impuso sobre Juan. Compró dos pasajes.

Una hora más tarde, Achazo, Tutapa y Juan estaban en el vapor que abandonaba la bahía. Viajaban como pasajeros de cubierta. Permanecieron todo el día, en la proa bajo un toldo mirando el litoral. Llegada la noche se acostaron, apretados entre los otros pasajeros. No hubo tiempo para traer la manta del bote de Tutapa y el poncho de Achazo tuvo que servir de abrigo para los muchachos.

Lo que Achazo temía era que los soviets serían disueltos en Santiago y Valparaíso antes que hubiese

cargo para liberar a los presos. Sabía que Saavedra procedería con la ejecución tan pronto como recibiera noticias. Hasta el momento, no había ocurrido. No es posible que hubiera llegado a Iquique embarcaron tropas en el vapor, que habría arruinado sus planes.

El día después de dejar Iquique, la última parada antes de Atahualpa, fue un día pesado y deprimente. Anticipando que pasaría una noche sin dormir, Achazo descansaba en cubierta, contemplando el cielo. Los dos hombres en la borda trataban de identificar sus casas. Ya podían ver Punta Piedras. Tutapa fue al otro costado y miró al frente que deberían cubrir antes de virar hacia Caleta Buena. De repente entrecerró sus ojos. Se dirigió donde Achazo y se agachó para saber si estaba durmiendo.

"¿Qué ocurre, Tutapa?"

"Mira para allá," y le indicó hacia el norte.

Achazo se levantó y fue a la borda. Una negra columna se elevaba sobre el horizonte. Juan se les unió y los tres atisbaron la negra torre crecer tan rápido que se alargó por la mitad del cielo.

"Es un nortazo," avisó Achazo.

Un viento norte y todavía faltaban cuatro horas de viaje antes de arribar a Atahualpa. El viaje podría durar ocho o más horas. Pero eso no era lo peor. Con la tormenta, el vapor no entraría en la bahía. Los oficiales del barco también notaron el cambio atmosférico y los camareros previnieron a los pasajeros de primera y segunda clase en la cubierta de paseo, recogiendo las sillas del lugar. Un par de marinos subió y guardó el toldo. La primera sombra del temporal cayó sobre el vapor. El mar se encrespó y brilló.

Pasaron Punta Piedras y llegaron al fondeadero de Caleta Buena. Dos botes los esperaban. El telegrafo del

puente de mando empezó a sonar y el vapor se detuvo. Se quedaría allí lo suficiente para bajar las bolsas con correspondencia junto con un par de cajas que estaban cerca de la amura.

Acbazo tomó a los dos niños y se dirigió al oficial que supervisaba la descarga.

"¿Qué hay?"

"Queremos ir a tierra, ahora."

"No tenemos pasajeros registrados para este puerto."

"Es verdad. Pero no quiero ir contra una tormenta con estos dos niños. Preferimos desembarcar aquí e irnos a pie a Atahualpa."

Aunque el oficial refunfuño por la pérdida de tiempo, ordenó a dos marinos tender una escalera de cuerda. Lo que no sabía, era que se salvó del golpe que habría sufrido de ver al ansioso padre y sus dos niños brincando por subir la borda, si hubiera rehusado desembarcarlos. Lo tenían planeado. Eran buenos nadadores y los botes quedaban a sólo unas brazas de distancia.

Ahora ya habían bajado la escalera y el fiero les tendió la mano para ayudarlos a subir a la embarcación. En el instante los reconoció.

"¡Tutapa, Juan! ¡Caramba, están viajando como millonarios!"

Se dio la orden a las máquinas desde el puente de mando. La hélice comenzó a girar. El vapor lentamente se dirigió mar afuera hacia la tempestad que se acercaba. Todo el cielo se oscureció en esa dirección. Tutapa y Juan miraban el barco con todas sus luces y su chimenea roja. Hasta entonces el humo subía verticalmente, pero ahora, debido a las primeras ráfagas que soplaban bajo a nivel del agua.

El fiscal solo conocía a los niños. Nunca había visto a sabían. Les contaba lo que había estado sucediendo en Cabeza pacto. Una tropa de soldados fue a la choza de Antonio y la ga, lo que era lo principal, agregó.

"En cuanto a tu padre, casi se volvió loco. Nos ha hecho buscarte por cielo y tierra. Cincuenta pesos en mercaderías para cualquiera que te encuentre, o por lo menos de información sobre ti. Y aquí estás viajando como un rey. Don Rodríguez no está. Se fue ayer para Atahualpa en el remolcador."

"En todo caso, voy a encargarme de que reciban las mercaderías," le respondió Juan. "Y ahora, por favor, llevamos a tierra a la casa de Tutapa."

Lo hizo, evitando el desembarcarlos en el puerto. En la choza todo lo que se podía romper, estaba roto. Los cuernos de orejas, se los habían robado. Los vidrios de las ventanas fueron destrozados. Pero nada de eso importaba. Lo esencial era llegar a tiempo a Atahualpa. Aun para aquellos que conocían el camino, como Tutapa, era todo una jornada de marcha. Juan sabía qué hacer. Su padre se fue por mar, la collera de mulas tenía que estar en el establo. En pocos minutos regresó con ellas. Dejó un recado en la mesa, "Me he llevado las mulas sólo por dos días y las traeré de vuelta. Juan."

Achazo montó en una y Tutapa con Juan en la otra, la blanca. Empezaron por el misma sendero que un año atrás Tutapa le indicara a Klaus. Excepto que al acercarse al lecho del río seco, doblaron a la izquierda y se mantuvieron al borde de las alturas que conducían al mar.

¡Y qué mar! La amenazadora masa había emergido con el oscuro cielo. Sus olas con su flujo y reflujo, chocaban en una discordia hirviente. La luz de un ante amarillento había desaparecido.

Eran las tres de la tarde. Cabalgaban pegados al borde de los acantilados. Podían distinguir las blanquizcas crestas de espuma a los pies de la cuesta, a unos quinientos metros. Fue esta efervescente turbulencia y el borde gris del acantilado lo que les indicó su ruta. A veces viraba hacia el interior, pasando por alto algún promontorio o piedras rodadas, pero siempre hallaban el sendero de regreso por el sonido de las rompientes y la vista de su perlina cresta.

Las mulas sudaban, no por la velocidad sino por las ráfagas calientes que golpeaban sus cuerpos y desaparecían remolineando. La mula blanca con Tutapa y Juan iba adelante. Se quedaba quieta cuando una racha de arena se aproximaba, luego proseguía con su acostumbrado trote.

No hacía mucho que habían recorrido la primera mitad del trayecto y ya la noche descendía. Eran las diez cuando comenzaron el largo y zigzagueante camino cerro abajo hacia Atahualpa, cuando vieron los cohetes de aviso surgir del encallado *Three Times Lucky*.

A medianoche, Achazo y Tutapa entraron en la casa de Cachimba. Juan fue a buscar un refugio para las mulas. La tormenta rugía con desigual furia. Con la vivienda completamente a oscuras, Achazo tanteó por una vela en el armario cerca de la puerta. La ubicó y encendió, sin moverse de su sitio, junto a Tutapa. El cuarto estaba lleno de hombres que se habían mantenido en silencio cuando entró. Eran los pescadores y cesantes de Iquique.

"¡Qué bien, están aquí! ¿Dónde está Cachimba?"

"Fue a averiguar algo."

"¿Y Lobo?"

"Fue con él."

La puerta se abrió y Juan entró. Había descubierto un establo cercano. Luego aparecieron Cachimba y Lobo. Estaban sorprendidos y felices de ver a Achazo.

"Todo va viento en popa," comunicó Lobo. "La tropa se ra a Santa Lucía esta mañana. Es una lastima que no vayan a encontrar a los asistentes al congreso... van a estar tan tristes. Hay sólo veintitrés soldados en el pueblo, el sargento xwel y el prefecto. Nueve están en el cuartel y seis en el muelle esperando al prefecto. Los otros siete se fueron a Punta Piedras donde está varado el barco. Y cerca del muelle, Saavedra y Nivel están en el local de don Jose. Saavedra está cando el lugar. Creo que debemos ir a la estación de policía ahora para capturar a los nueve y asumo liquidado."

"Mejor sigamos nuestro plan," sugirió Achazo. "¿Así que el prefecto está donde don Jose?"

"Si, con el sargento y Klaus. El lugar esta lleno."

"¿Qué tipo de gente?"

"Rotos en su mayoría. Slim esta allí y el grupo del Club Bolivar."

"Vamos allá también. *Tranquilo los perros.* No vamos a crear ninguna *trifulca*, solita va a ocurrir. Ninguno debe separarse. Cuando comience el lio, debemos estar todos juntos. Sólo necesitamos violentarnos si Saavedra trata de apresar a uno de los nuestros. Lo principal es forzarlo a arrestarnos a todos. Una vez que estemos en el patio del cuartel, cada uno debe esperar mi orden y, si no estoy allí, la de Lobo. Nadie debe ser encadenado. En caso que actuemos separadamente, vamos a formar dos grupos y cada hombre debe quedar con su propia gente. Lobo se va a encargar de los cesantes. Yo, de los pescadores. Ahora, vamos andando, pero de a uno o dos. Donde don Jose, *'si te he visto, no me acuerdo.'* Y no hagan nada, hasta que yo llegue. Luego, mantengan los ojos en mi."

Los rotos y pescadores dejaron la casa. Después de un rato, le tocó a Lobo. Achazo fue el último. Mamuvo a Tupa y Juan con él.

"Tutapa, tú conoces todo el plan. Nos vamos a quedar en el local hasta que nos arresten. Pero Klaus debe salir antes. Tú tienes que ir con él al cuartel, lo más rápido que puedan. Si pueden, entren juntos y ayúdalo. Si no, tiene que arreglárselas solito. Primero, debe cortar el teléfono de la oficina del prefecto y de su cuarto privado. Luego ir al patio y desencadenar a los prisioneros. Antonio primero, luego Chiu y Patacocha. Ellos van a liberar al resto y saben exactamente lo que deben hacer después. Tú y Klaus deben ir a la sala del prefecto con Chiu y cuatro de los mejores para esperar a que llegue Saavedra. Vamos a estar allí para ayudarlos. ¿Está claro? ¿Puedes acordarte de todo?"

Tutapa asintió.

"Ahora, anda donde don José y dile a Klaus que debe estar alerta. Algo va a ocurrir, y debe alejarse del local tan pronto reciba una señal o palabra mía o de otro que conozca. Tú espera afuera en la puerta de atrás y dile el resto cuando se dirijan a la estación de policía. Andate y buena suerte."

Tutapa salió con Juan. Este no podía entrar al sitio señalado, pues el Club Bolivar estaba allí y su padre con ellos. Esperaría a Tutapa.

Cuando Achazo entró al local, respiró un aire cálido y sintió un coro de gritos y risotadas. Halló una mesa no lejos de la improvisada orquesta. La música se detuvo y las parejas en la pista de baile se separaron. Un tipo chico con un mechón de pelo sobre los ojos, el director de la orquesta, empujó un vaso de ponche hacia Achazo. Este se lo bebió a su salud.

A corta distancia notó a Slim sentado con los miembros del Club Bolivar. Luego al prefecto quien se paró en medio de la turba, la cual se apartó por un momento.

Achazo lo miró indiferente, pero oyó de nuevo los gritos de cientos de hombres y el violento golpe de los rascacielos al caer al mar. Ahí estaba, riéndose, cerca de la mesa redonda. Estaba más corpulento y flaccido, desde que lo divisó aquella vez en la blanca cubierta del buque de guerra en Iquique.

Era una figura del pasado. También advinió otra. Hans sentado a la mesa, más alto y delgado que antes. Con él, distinguió a Martin y Lindnaes. Achazo no sabía que estaban en Atahualpa. El jefe de policía les servía ponche tan liberalmente que se derramaba por la mesa. Le pareció que Martin se veía enfermo.

Los hombros y espaldas de los rotos le ocultaron la vista de Saavedra. Sin embargo, aún podía sentir la gran risotada. Nunca la había oído, pero parecía ser el tipo de risa propia de él.

El tipo chico del mechón, fue hacia su orquesta. Achazo se levantó, vaso en mano, y le palmoteó en el hombro. Chocaron sus vasos. "Escuche, amigo. ¿Por casa, sabe usted la música de *La Canción del Salitre*"

"¡Clarinbamelo!"

Se dirigió a sus músicos, "Vamos, muchachos, ¡la *Canción del Salitre!*"

"Espere un minuto. Voy a hacer un discurso primero. Yo le voy a decir cuándo."

La orquesta empezó un bailable. Ahora tocaban con más vigor. Los ojos brillaban. Muy pronto entonarían algo que valía la pena.

Observó de reojo a Saavedra. Estaba parado en un barril; su borrachera parecía aplastarlo. "Rotos, estamos celebrando esta noche." Detuvo la música y el baile para seguir con su arenga. Denunció al Sindicato Rojo de

trabajadores, lo que era natural, y se exalto a si mismo como lider de la "comunidad de Atahualpa." Estaba mas que borracho. Pidio unos vivas.

Cuando esto ocurrió, Achazo dijo en voz alta para que muchos a su alrededor escucharan, "No se paren y no hagan nada."

Los vivas fueron escasos y el comandante prosiguió. Fue entonces cuando anunció lo que Achazo habia temido. Valparaiso fue bombardeado. Era la guerra contra la naciente republica socialista y su posible caida tambien.

El mapuche se dio cuenta que la noche traeria consigo una lucha decisiva en Atahualpa y la formación de nuevas fuerzas en la pampa salitrera.

Una vez más pidió los vivas y con ésta la reaccion fue mínima. Por un momento, el silencio llenó la cantina. Los rotos levantaron la vista, su actitud rigida.

Achazo se paró y caminó, arrastrando su silla con él. La plantó en frente del barril. Se sentó, mirándolo con toda calma. Fue todo lo que tuvo que hacer. El resto aconteció por inercia. El policia le gritó y él contestó reposadamente.

Klaus vino hacia él para arrestarlo. Achazo tomó al muchacho en sus brazos. Los rotos y pescadores de Iquique lo rodearon. Lobo exigió, "¡música!"

Achazo agregó, "*¡La Cancion del Salitre!*" La orquesta dio rienda suelta a la melodia y la canción inundó el local.

De allí en adelante, todo siguió el curso planeado. Fueron arrestados y escoltados por las calles hacia el cuartel. Saavedra y la policia actuaban como si hubiesen memorizado el papel para el cual fueron escogidos.

La tempestad aun no cejaba. Mojados y embarrados los rotos pasaron por las puertas hacia el patio. El coronel las cerró. La práctica era llevarlos en pequeños grupos a

las celdas, encadenarlos y volver por más. Cuando transfirieran al primer grupo, sabrían si el resto del plan, en lo concerniente a Klaus y Tatapa, había sido ejecutado.

Comenzó bien. Uno de los soldados salió del pasaje que conducía a los calabozos y anunció, "Parece que las lámparas no están allí." No era raro pues muy pocas veces permanecían encendidas y la tormenta las podía haber apagado. Pero no era normal que no pudiera encontrarlas. Nivel pensó que por la oscuridad el hombre no había mirado bien y no le dio importancia al asunto. Estaba ansioso por continuar con el trabajo.

"Sigue adelante no más."

Ocho soldados tomaron a cuatro hombres y los dirigieron al interior. El sargento y los otros cuatro quedaron cuidando el resto. Los ocho soldados y sus presos tropezaron a lo largo del corredor. Tan pronto como la primera pareja llegó al final del pasadizo, los soldados fueron atrapados repentinamente por brazos invisibles y sus gritos amagados por manos callosas. Patacocha había organizado su tarea. Cada grupo debía hacerse cargo de un soldado. Pronto los tuvieron encadenados y una vez le musitó al oído de cada policía que si gritaba, tendría un *corvo* entre sus costillas. Tal vez alguien gritó, pero el viento aullaba furibundo y las rompientes detrás del edificio hacían imposible que se oyera al otro lado del corredor.

El sargento se preguntaba impaciente, ¿Cuánto tiempo más tenemos que esperar? ¿No pueden encadenarlos en la oscuridad?

Esperó un poco y envió al último soldado. No acababa de entrar en el pasillo cuando gritó, "¡Sargento!" y luego quedó todo en silencio. Nivel corrió, aunque al punto se inmovilizó. Desde el patio, en la dirección de la oficina de Saavedra, sonaron varios tiros.

"¡Lobo!" clamó Achazo.

Este ya había reunido a su grupo y al instante marchó con ellos hacia la oficina. En los pocos minutos que demoraron en entrar al cuartel, el sargento y dos hombres estaban encadenados. Lobo trajo consigo a Cara de Buitre a quien halló en la oficina. Los liberados saludaron a sus compañeros. Hubo algunos rápidos estrechones de mano y abrazos. No tenían tiempo que perder. No todo acontecía como lo planearon.

Cara de Buitre dio la alarma al soldado de guardia fuera del portalón, quien montó sobre su caballo y cabalgó rumbo a Punta Piedras para traer a sus compañeros. En su camino, se detuvo en el negocio de don José donde los miembros del Club Bolívar regresaron después del arresto de los hombres. En pocas palabras les contó lo sucedido en el cuartel. ¿Qué ocurría? se preguntaron los empresarios del pueblo. ¿Habrían tenido éxito los soviets en Atahualpa? ¿Deberían apoyar la ley y el orden, o unirse contra el dictador local? Casi la mitad de ellos se apresuró a ir al cuartel mientras el resto fue a avisar a sus correligionarios y a otros simpatizantes. El resultado fue que casi toda la población pronto se impuso de lo sucedido y salió a las calles para converger en la estación de policía.

Aún no había amainado el entusiasmo de los saludos de los prisioneros en el patio, cuando la multitud empezó a llegar en tropel al patio exterior. Hasta entonces el plan marchó como se esperaba. Achazo se dirigió hacia las oficinas del prefecto y lo encontró bajo llave. Al volver pidió a Patacocha y Antonio que juntaran a los pescadores y sindicalistas de la pampa a fin de decidir la suerte de Saavedra.

Fue entonces que el ruido de la gente que ingresaba demostró que había una nueva situación entre manos. El patio quedó repleto y era difícil saber cuál era la intención o estado de ánimo de la turba. Algunos portaban armas, varios traían garrotes y fierros e incluso rifles. Pero todavía reinaba la indecisión, qué debían hacer y contra qué enemigos utilizar sus armas. Se movieron con cautela hacia el patio interior. Achazo sacó su revólver.

"¡Atrás! ¡Ni un paso mas!" Un par de rotos cerró la pesada puerta de fierro.

"Coloquen un guardia a la entrada," ordenó Achazo. Los veintidós disciplinados hombres de Chiu se apresuraron a obedecer. Sin embargo, no era suficiente. Había cuarenta y dos liberados de los calabozos, más veinticinco que llegaron con Lobo. Llamó a Antonio, Pinguino y Patacocha. Decidieron armar a los hombres para luego organizarlos en grupos. Posteriormente vendría la tarea de separar a los elementos no confiables del patio interior.

Había bastantes armas y municiones. Equiparon a su gente y los dividieron en cuatro pelotones. Pinguino estaba al mando de los rotos de Atahualpa, Cachimba de los compañeros del congreso en La Palma, Lobo de los pescadores y cesantes de Iquique, y Chiu de sus marineros. Cada grupo consistia en treinta y cinco individuos, sumando ciento cuarenta hombres de confianza y bien armados. Ya el gris de la mañana se asomaba, cuando las cuatro secciones se dirigieron a sus puestos.

Lobo subió a la oficina del policia para relevar a Chiu, con el fin de que conociera a los nuevos agregados a su grupo. Apenas Chiu llegó al patio cuando desde fuera se oyó un fuerte grito y silbido.

"Es mejor que suban de inmediato al cuarto del prefecto," recomendó Achazo a Antonio y Patacocha. "Yo voy en seguida. Cachimba y Pinguino se ocuparán de los que están en el patio, ellos conocen mejor a la gente del pueblo." Se quedó un minuto dando estas órdenes, fue cuando Tutapa llegó corriendo a su lado.

"Achazo, el prefecto abrió su ventana y le está hablando a la gente de fuera." Achazo se dirigió hacia la escalera. Cuando Klaus corrió hacia la puerta trasera de la cantina, se encontró con Tutapa. Al pasar por donde los soldados dejaron los caballos, se le ocurrió tomar uno de ellos. Saltó a la montura y Tutapa tras el. Juan quería acompañarlos, pero Achazo se lo había prohibido.

En cuanto llegaron a la estación de policía, los cinco soldados de reserva salían de ella. Los habían llamado para ayudar con los prisioneros en el local de don José. No vieron a Klaus.

"He venido para buscar espacio para los prisioneros que van a llegar," le dijo al centinela y añadió, "Esa muchacha tiene algunas noticias importantes para don Arturo." El centinela cerró el portalón y permaneció de guardia en la calle. Klaus corrió a buscar la llave y fueron a la celda solitaria de Antonio. Tutapa desencadenó a su abuelo y notó las heridas en sus tobillos, aunque no dijo nada. No había tiempo pues Antonio al instante salió para ayudar en la liberación de los demás.

"Chiu y cuatro de sus hombres deben venir conmigo ahora," pidió Tutapa.

Klaus guió a los demás a la oficina del telégrafo y apresaron al soldado. Chiu y sus hombres tenían que actuar como reserva en caso de que algo saliera mal con el atentado del joven de encerrar a Saavedra. Después de cortar la

comunicación telegráfica, se ocultaron bajo el zaguán de la escalera que daba a su apartamento. Klaus lo hizo tras un hueco cercano a la puerta de la pieza de su ex-patrón. Tutapa se agachó bajo las escaleras para vigilarlo, pues los hombres desde arriba no podían ver lo que acontecía. Esperaron por un rato, antes de sentir a los soldados que venían con los prisioneros.

Saavedra fue directamente a la oficina del telégrafo. Tal como lo imaginaba, tan pronto se enteró que el aparato no funcionaba, subió a tropezones la escalera. Se balanceaba al llegar al corredor y maldecía cuando trató de meter la llave. Abrió la puerta, entró y dejó la llave en ella. Tenía que pasar por la sala de espera para usar el teléfono de su dormitorio. Era todo el tiempo de que disponía Klaus para cumplir con su misión.

El jefe pasó la primera pieza. Klaus aguardó hasta que escuchó su llamada. Cerró la puerta y dio media vuelta a la llave. De inmediato se oyeron el golpe del teléfono y los pasos que se avanzaban hacia la puerta. Trató de abrirla, la golpeó y vociferó. Regresó a su dormitorio y abrió una gaveta. El muchacho pudo oir cuando cayó al suelo. Luego vino una serie de disparos los cuales, sin embargo, quedaron metidos en la puerta. El prefecto había tenido el cuidado especial de que esa entrada y la pieza fuesen las más seguras del edificio.

Klaus tenía que sacar la llave. Esto resultó en más disparos y un salvo de maldiciones. Cara de Buitre subió corriendo al sentir los tiros. Fue desarmado y esposado por Chiu y su gente. Lobo vino donde ellos y se lo llevó al patio.

No había nada que hacer ahora en la oficina. Klaus, Tutapa, Chiu y sus hombres hicieron de centinelas. Media hora más tarde, llegó Achazo.

"¿Cómo están las cosas por estos lados?"

Klaus y Tutapa contestaron, atropellándose en sus respuestas.

"Disparó a la puerta..."

"Creo que usó todas las balas, pues no ha disparado una más."

"Después volteó una mesa..."

"Y rompió un espejo..."

"Ha estado rompiendo todos los muebles."

"Y gritando por el sargento..."

"¡Y por el Gringuito también!"

"Y vieras cómo maldice!"

"Tiene tan irritada la garganta que apenas puede hablar."

"Sólo resopla de vez en cuando."

Achazo sonrió. "Ustedes, mejor se quedan aquí de guardia. Si los necesitamos, los llamo. Vuelvo pronto."

El pequeño grupo se plantó bajo el rellano del apartamento de Saavedra. El viento rugía, silbando en el edificio, y las calaminas del techo repiqueteaban. A veces, el hombre en el cuarto gritaba un poco, aunque su voz se estaba apagando. Entonces subió Lobo.

"¿Dónde está el prefecto?"

"Detrás de esa puerta."

Lobo fue hacia ella. Chiu y los muchachos lo siguieron. Los marineros permanecieron en su puesto. Lobo golpeó.

"Entra, *hijo de puta*."

"Creo que no, señor prefecto."

"Tienes miedo, ¿no? Yo no, y les ordeno que me dejen salir, pedazos de brutos, ¡crestones!"

Lobo no replicó. Los marineros se rieron bajo cuerda.

"Dile al sargento Nivel que lo necesito."

"No puede venir, señor prefecto."

"¿Qué es eso de que no puede venir? Mándame ahora a Cara de Buitre."

"Tampoco puede venir."

"¿Qué es lo que pasa aquí?"

"Nada malo, señor prefecto. Todo está bien ahora."

"¿Qué quieres decir con 'nada malo'?"

"Bueno, todos los soldados están encerrados."

"¿Encerrados?"

"Sí, y los prisioneros están libres."

"¿Ustedes están locos? ¿Saben lo que esto significa?"

"Sí, y usted lo va a saber pronto, señor prefecto."

Pudieron oír al hombre lanzándose contra la pesada puerta. Lo escucharon tratando de gritar. Luego la tormenta aumentó su clamor. Pero hubo otro ruido que se mezcló con ella, como otra tormenta en una escala diferente. Cuando el ventarrón bajó un poco en intensidad, lo pudieron escuchar mejor.

Venía del gentío en el patio. El jefe de policía ya no estaba en la puerta. Había abierto su ventana y gritaba a la masa.

"Rápido, dame la llave, Klaus."

"Se supone que tengo que dársela sólo a Achazo."

"Chiu, anda a buscar a Achazo. No, quédate aquí... Anda, Tutapa."

Lobo abrió la ventana del rellano. El polvo flotó en el aire. La multitud estaba allí, apretada, mirando hacia arriba. A unos pies a su derecha, Saavedra se inclinaba fuera de la ventana y lo vio.

"Ahí está, ése es el roto. Slim, dale un tiro en la... Hay una escalera abajo, en el puesto de guardia. Traela para acá."

Lobo se retiró rápidamente. Los marineros abandonaron el rellano.

"Vamos, Klaus, necesito la llave ahora."

Klaus puso la llave en la cerradura y abrió la puerta. Chiu y los marineros ingresaron al cuarto y apresaron al comandante. Estaban amarrando sus muñecas, cuando entró Achazo.

La punta de la escalera chocó contra el alfeizar de la ventana. Achazo corrió hacia ella. No podía confundirse la maciza y alta figura aun desde las primeras gradas de la escalera.

"Slim, das un paso más te meto una bala en la cabeza." Slim descendió cautelosa y apresuradamente.

"Llévate la escalera."

No fue Slim el que la removió sino uno de los prisioneros quien fue enviado para asegurarse de la actitud y espíritu de la gente. Otros fueron al pueblo para alzar a los trabajadores y cesantes.

Achazo todavía estaba en la ventana.

"Trabajadores, pueblo de Atahualpa. Les pido que se mantengan tranquilos y esperen un poco. No vamos a demorarnos mucho. En unos minutos, van a escuchar nuestras decisiones y propuestas."

La multitud cuyo principal deseo era saber la verdad de lo que estaba pasando, se aquietó. Achazo envió a Tutapa, Klaus y uno de los marineros que había sido telegrafista, hacia la oficina para transcribir los mensajes más recientes.

Además de la guardia, en ese momento estaban en el cuarto Achazo, Antonio, Patacocha y Lobo. Permanecieron de pie. El jefe sentado en la silla, los observaba.

"Tenemos cuatro minutos," dijo Achazo, ojeando el reloj de pared.

"El caso está bastante claro. Lo puedo arreglar al tiro," contestó Lobo.

"Arturo Saavedra," subrayó Achazo.

El prefecto los contempló. Había algo de desafío y altivez en ellos que lo hizo guardar silencio.

"Tenemos una tarea desagradable que cumplir... un criminal al que castigar."

El comandante había bebido demasiados vasos de ponche y, durante la última hora, había maldecido e insultado sin darse cuenta de la naturaleza de su posesión. Los miró, algunos de ellos deberían estar encadenados en vez de intrusear en su cuarto. Se preguntaba desesperadamente si esto no era producto de una alucinación de su borrachera. Pero no... allí estaban de cuerpo entero. Y ese otro, el indio que le habló tan calmo y desafiante en el local de don José, ¿lo había visto antes? Una fotografía brotó en su mente, una deslavada foto que él tuvo en las manos varias veces. Sí, éste era Achazo, el hombre que mató a Aloysius.

"¡Eres un asesino!"

Achazo siguió con las acusaciones. Su voz no tenía expresión.

"El tiempo es demasiado corto para mencionar todos los crímenes... asesinatos, robos, corrupción de los cuales el prefecto de Atahualpa y antiguo consejero de guerra del Estado, Arturo Saavedra, es culpable. Pero hay uno o dos casos concretos que podemos mencionar. Abajo, en la oficina, hay un papel en el cual están escritos los nombres de cuarenta y dos hombres, dos pescadores y cuarenta trabajadores del salitre quienes iban a ser fusilados esta misma mañana. Los representantes de tales hombres están en este cuarto, Saavedra, y ellos te acusan de intento de asesinato."

"Anoche, un número de marinos mercantes fueron arrojados contra las rocas. No sabemos todavía cuántos están muertos. Allí está la prueba." Achaga señala hacia la ventana a través de la cual pueden verse los restos del naufragio del *Three Times Lucky* dibujados con la luz amarillenta de la mañana. El hombre no mira. Fija su vista en el piso.

"Y aquí hay otra prueba concreta." El preboste les saca su cabeza. Chin entra con el capitán del *Three Times Lucky*, su cara pálida y afligida, su ropa desgarrada y aún mojada. Había venido a maldecir y condenar pero cuando vio al preboste y a los hombres alrededor de él, no dijo nada. Chin se lo llevó y Achaga continuó.

"En septiembre pasado, las tripulaciones de los buques de guerra en Coquimbo se rebelaron para demandar ciertas mejores condiciones de vida para ellos y la gente de Chile. La revuelta fue aplastada. El número de víctimas no se sabe todavía, pero fue Arturo Saavedra quien ordenó las ejecuciones. Sin embargo, veinticinco de esos hombres fueron rescatados."

"Vamos, sigue, sigue," retrucó impaciente.

"Otros asesinatos son los siguientes. En el Alto de San Antonio, cientos asesinados o *palomeados*; igual en la *oficina* San Gregorio, en La Coruña, en Maroussia, Pontevedra, Barrenechea, San Enrique, Huara... en todas partes tú has ordenado asesinar."

"En 1925 en Iquique, mil hombres fueron llevados en un crucero a alta mar. Un miembro del Consejo de Guerra vino a bordo, ordenó encadenarlos y lanzarlos al mar. Ese hombre fue Arturo Saavedra. Yo soy uno de los marineros que ayudó a encadenar a esos hombres."

"Está bien, está bien. Vamos al grano. ¿Qué quieren conmigo?"

Pensó, estos estúpidos idiotas, con su tediosa
personalidad. ¿Tenía o no en su bolsillo el telegrama de
París? ¿No sabían lo ocurrido en Valparaíso y la capital?
Eran estúpidos. Se lamentarían después. Se puso de pie
que...*

Los marineros lo sentaron. La soga apretada
fuertemente a sus muñecas lo hizo repensar su situación.
Quizás debía tratar el asunto en un tono diferente.

"Bueno, muchachos, parece que me han ganado. ¿Por
qué no conversamos el asunto tranquilamente? Ustedes no
tienen idea de lo que un hombre como yo debe hacer en el
cumplimiento de sus deberes." Se volvió hacia Jaime. "Tú
pareces tener un buen sentido común. Veamos cómo
podemos arreglar esto. Abre esa caja allí en la mesa. Hay
unos buenos puros. ¿O tú fumas pipa? Tengo uno excelente
de Virginia de un barco americano. ¿Dónde está el
Gringuito? Si lo traes, él nos puede preparar un cóctel."

Tienes un minuto más de vida, prefecto, cincuenta
segundos para ser exacto."

¿Qué son cincuenta segundos? La sombra de una nube
que pasa dura más tiempo. Uno necesita más que eso para
fumar un cigarrillo. El ventarrón afuera se había calmado.
El murmullo de la gente en el patio se unió con el lento
acorde de las rompientes. Los hombres en el cuarto
permanecían quietos.

Entonces el jefe de policía se levantó y rió. Era la
misma ronca risotada que tantas veces se oyó esa noche en
la cantina de don José. Se escuchó en el patio y la gente se
inquietó. Se sintieron voces.

"Están tomando allá arriba y se están divirtiendo."

"Nos están *picholeando*. Se están riendo de nosotros."

"Esto se acabó."

Y entonces la voz de Slim. "Don Arturo está contando una de sus historias."

El comandante presionó sus manos agarrotadas contra el estómago. Toda su fuerza se volcó en esa risotada. Era contagiosa. La gente en el patio también empezó a reirse.

"¡Vamos, ustedes allá arriba! ¿Cuál es la decision?"

La voz de Slim otra vez, "¡Vamos para alla!"

Achazo se volvió hacia Saavedra. "Muy bien, que se haga justicia", pronunció. Hubo un disparo y luego otro. El prefecto cayó al piso. Un hilo de sangre brotó de su frente.

Lobo fue el que disparó. Metió su revólver en la cartuchera. Se agachó, colocó sus brazos alrededor del cuerpo y lo levantó, llevándolo al alféizar. Lo lanzó por la ventana.

"Aquí está la decisión."

El gentio se mantuvo en silencio. La luz de la mañana ya habia surgido y jugueteaba en sus caras.

Entonces ésta era la decisión. Ahora debían realizar la de ellos. Ese era el cuerpo del hombre que por los últimos trece días se habia levantado en contra de las nuevas reglas del país. Para los ciudadanos esto implicaba una victoria de la República Socialista. No tenían noticias definitivas de los más recientes sucesos en la capital.

"¡Viva la República Socialista!" exclamó un obrero.

"¡Viva!" corearon los demás, y entonces...

"¡Viva!" gritó uno de los miembros del Club Bolívar junto con otros distinguidos patricios.

Los sombreros volaron por el aire y los brazos se alzaron. El ruido de los vivas penetró el corredor y llegó a los policías engrillados. Hubo exaltación y ansiedad apresurada en la multitud. En una esquina varios cesantes se agruparon alrededor de su líder local. Patacocha se

apresuró hacia el patio para tomar su lugar al lado de un conglomerado de pampinos. Los miembros del Club Bolívar se colocaron junto a don Rodríguez. Don Emilio de la Liga subió a un altillo. Tenía su sombrero en las manos y lo movía como una bandera. "Don Pedro, don Emilio, don Rodríguez," gritaba. Estaba tratando de llamar su atención para enlistar en su bando a los hombres influyentes del puerto.

Klaus trajo los telegramas. Achazo se sentó para estudiarlos. La noche había sido testigo de sucesos catastróficos, aunque era una moneda de dos caras, mostraba una derrota, pero también una increíble resistencia.

"Hay un telegrama de Santa Lucía," informó el telegrafista que había restablecido la línea. "El oficial a cargo de la expedición punitiva dice que no hay señales de un congreso y que espera nuevas órdenes. Le respondí que mientras tanto debieran seguir allí, hasta nuevas órdenes. ¿Está bien?"

"Muy bien. ¿Y ése qué es?"

"Es un telegrama del Gringo del cerro para que lo enviemos. Está dirigido a Dávila, pidiéndole un buque de guerra. Naturalmente, no lo he enviado."

Gradualmente, el cuarto se llenó de gente. Patacocha había regresado y con él un número de delegados recién elegidos. Allí andaba don Rodríguez quien se encontró con su hijo, Juan, y lo felicitó por ser conocido por los nuevos vencedores. Además llegaron don Emilio, don Ernesto, don Pedro y Slim. Era curioso, don Rudolfo también estaba presente. Se agregaron el gordo don José y luego Red Milly, tímida y muy callada.

Dijeron que todos eran delegados electos y estaban para constituir el Soviet de Atahualpa. En la última ocasión don Emilio había tenido el control de la Liga de Arrendatarios en su bolsillo. Don Rodríguez representaba a los comerciantes de provisiones, Don Ernesto había sido nombrado por los servidores civiles. Don Pedro decía representar a los pescadores de tiburón. Slim, entre todos ellos, era el delegado de los "artesanos itinerantes del distrito de Atahualpa." Don José advertía dubitativamente, "Puedo atreverme a decir que, como tengo la antigüedad, estoy capacitado para representar a los comerciantes de restaurantes y bebidas."

Achazo se dirigió al vicecónsul. "¿Usted también es un delegado del soviet, señor?"

El pequeño hombre arrugó molesto el ceño. "He venido aquí para aclarar el asunto del *Three Times Lucky* y a establecer la conexión del reciente fallecido prefecto de policía, don Arturo Saavedra, con este problema. Sería agradecido si usted me ayuda en preparar un informe oficial. Tengo testigos presentes."

Achazo tendió la vista hacia Milly, cuestionándola.

"Represento a los navegantes internacionales sin trabajo," dijo mecánicamente, mirando de reojo a Slim.

Este no disputó su autoridad sino que propuso, "Vamos al grano y empecemos," y se sentó a la mesa de conferencia. Se sacó el sombrero, lo colocó en la mesa, metió varios papelitos en la cinta y aclaró su garganta delicadamente. Este producto cosmopolita, originado en los suburbios de San Francisco y graduado de las cárceles de California y otras tierras, era un par, un igual, en cualquier ocasión.

Hubo un momento de silencio. El vicecónsul habló otra vez.

"pedio pedir inmediata atencion a ...' Alguien lo hizo callar. Todos miraban expectantes a Achaza.

"No creo que un soviet será creado todavia en Atahualpa. Y por seguro no en este momento. Pero antes de que unos caballeros conferencien, permitanme leerles algo. Quizás también deba decirselo a la gente de afuera." Achaza les dio vuelta la espalda y fue a la ventana. La empujó, lo vio y esperó.

"Camaradas, trabajadores y cesantes de Atahualpa. Nuestro pais está pasando por un momento oscuro y no hay mucho tiempo para discursos. Debemos actuar ahora mismo. Hace trece dias, se anunció la creacion de la Republica Socialista en Santiago y Valparaiso. Esta Republica del soviet ya no existe."

Cesó a destajo el serio murmullo entre los delegados. Don Ernesto se sacó los quevedos que resbalaban por su nariz. La quietud de Milly menguó y frunció el ceño al pequeño don Rudolfo sin razón alguna. Slim agarró los papeles de la cinta de su sombrero, los metió en el bolsillo de su chaleco y se encajó el sombrero.

"Déjenme leerles un telegrama que llego hace unas pocas horas. 'En julio 17 a las 22:45, bajo las órdenes del alto comando naval, comenzó el bombardeo de Valparaiso. Secciones de las fuerzas navales y militares, bajo el mando del general Morino y el almirante Jouard, después de una breve lucha callejera, aseguraron el control de la maquinaria gubernativa e instalaron una junta militar, incluyendo a los dos ya nombrados. Esta junta inmediatamente entregó el poder a un gobierno provisional encabezado por el general Dávila.' Y ahora otro telegrama. 'El movimiento fue encabezado por el almirante Jouard, jefe de la armada chilena, en conjuncion con el general

Ibáñez y el expresidente Montero. Grove, Matte y otros ministros fueron puestos bajo arresto, debido a evidencia de ciertos documentos descubiertos en sus archivos."

"¡Un lindo grupo!" observó Milly. Se paró y cruzo la mantilla de seda en su pecho. Los otros también se pusieron de pie. Slim ya tenía su mano en la perilla de la puerta. Achazo continuó leyendo.

"Encuentros sangrientos con los gendarmes, diez muertos. En La Moneda, cincuenta muertos, trescientos heridos. Los soviets han sido dispersos. Las organizaciones laborales serán disueltas. Se establecerá la censura de prensa. A pedido del vicecónsul norteamericano, el general Dávila ha despachado dos regimientos a Rancagua, centro de la industria del cobre."

Se podía escuchar la voz de Slim mientras bajaba la escalera, "Lindnaes, el vapor se va en dos horas. Ven conmigo."

"Bajo estas circunstancias tendré que aguardar a que se instale la autoridad oficial," dijo don Rudolfo. Fue el siguiente en irse. Esto rompió la reunión. La puerta se hizo estrecha para ellos. Afuera don Rodriguez se encontró con Juan y tuvo tiempo para propinarle un fuerte cascacho. Achazo se volvió hacia Chiu.

"Cuida que esta gente abandone el lugar. Deja que todos se vayan y luego cierra el portalón."

Desde la ventana miró hacia el patio. El grupo dirigido por Slim se estaba abriendo paso entre la multitud. Slim luchaba como un nadador contra la corriente. Don Ernesto caminaba muy cerca de él, protegido por sus anchas espaldas.

Achazo esperó hasta que todos llegaran al patio. Entonces habló, "Trabajadores de Atahualpa, interrumpí

la lectura de los telegramas porque las cosas cambiaron aquí arriba. Esos hombres y mujeres que ahora están tratando desesperadamente de salir, vinieron por unos pocos minutos para formar un soviet."

"Denles una buena mirada. Ahí van don Alfonso, don Rodríguez, don Emilio y el resto. Hay algunos que viven bien, abusando a los demás. Ellos hacen que el pan de ustedes sea más difícil de obtenerlo. Ustedes pagan sobreprecio por las *pilchas* que llevan. Entre ellos hay un abogado que gana una fortuna porque ustedes necesitan un techo para protegerse. Y otro quien es notorio no sólo en este puerto, sino a lo largo de la costa y en todos los mares, como traficante de seres humanos, comerciando con la mala fortuna de los marinos. Aun cuando se va yendo, prosigue con su trabajo sucio y deshonesto. Y su competidor está aquí también, una mujer que vive únicamente explotando a los marineros cesantes y que ha tenido las *agallas* de reclamar que es ¡la representante de los navegantes internacionales!"

El gentío se agitó, se apretujó más y más alrededor de Slim y quienes lo seguían.

"Apaléenlos a estos malditos tiburones de tierra. ¡Miren a la dama de los navegantes internacionales! Milly, ¡la ladrona! ¿Es pelo postizo el que lleva? Seguro que se lo robó."

A medida que pasaban entre la masa cada uno era recibido con aullidos y gritos, incluso don Rudolfo, aunque buscó la manera de mostrar que no formaba parte de la delegación. Aquellos obreros y cesantes que tímidamente empezaron a retirarse, recibieron su parte de insultos. Al comienzo de la fila, se alzaron los puños mientras Slim trataba de forzar su salida y tuvo que agarrar su sombrero con una mano.

"¡Quietos, todos!" resonó la voz de Achazo. "Tú, jovencito, ve Abrantes camino. Mientras más pronto se vayan, mejor. Hay asuntos importantes que deben ser tratados hoy mismo."

La multitud se tranquilizó y la jadeante procesión pudo alcanzar la puerta. Slim pronunció sus últimas palabras.

"He visto lo que ocurre aquí. Sé exactamente lo que pasa. Pero vamos a encontrarnos nuevamente. No voy a olvidarte, grandote." Y agitó la mano hacia Achazo.

Fue una indiscreción. En el momento siguiente fue lanzado a través de la puerta y su sombrero quedó atrás. Slim sin sombrero, pensó Achazo, y sus nervios estallaron en una risa de satisfacción, pues esto violaba todo el orden de la creación. Miró hacia los otros telegramas que aún no había leído.

La última en irse fue Milly quien con una gran sonrisa soportó el abuso y replicó bromeando, "No hagan el ridículo, muchachos, no se mezclen en estas cosas. No les hará ningún bien. Mejor vengan todos a mi lugar. Estamos abriendo un nuevo barril de cerveza y tenemos unas ricas salchichas que llegaron en el vapor."

Achazo advirtió, "Quien quiera irse debe hacerlo ahora. Ahí está la puerta. Vamos a cerrarla en un minuto."

Aquellos que por curiosidad vinieron al cuartel, se fueron al momento. Otros se dirigieron hacia la salida, pero con dudas y sus ojos clavados en la tierra. Primero sólo unos pocos salieron, luego siguieron más. Cuando Chiu cerró la puerta, el gentío se redujo en dos tercios. Sólo los mejores hombres de las distintas organizaciones permanecieron y se agruparon de acuerdo con sus filiaciones.

Achazo se dirigió a ellos, "Muchos de los que se fueron al último van a regresar para estar de nuestro lado cuando la lucha haya avanzado. Pero ahora tenemos que aceptar el desafío, como ya lo han hecho los trabajadores de Santiago, Valparaíso, Rancagua y otros lugares. Porque así ha sido, como lo prueban los telegramas que todavía no les he leído. Escuchen."

Comenzó a leer de nuevo y las noticias de cada localidad en donde los obreros se habían alzado contra Dávila, eran recibidas con vítoreos.

"La República Socialista ya no existe. Se llevó consigo el origen de su propia caída, gente como ésas que acaban de irse. Esta gente no era mayoría en los soviets de Santiago y Valparaíso, es verdad. Pero su cobardía y sus intrigas con Grove fueron suficientes para incapacitarlos en el momento decisivo."

"La República Socialista ha caído. Sin embargo, podemos ver el ejemplo del gran pueblo ruso que ganó su victoria hace quince años. Allá también hubo una revolución en marzo, de cuya debilidad provino la fuerza y el poder de disciplina que hicieron posible la victoria de noviembre."

"Nuestro camino es claro. Cerca mío quedan los hombres que ustedes conocen, con quienes ustedes están en contacto a través de los sindicatos y otras organizaciones. Allá, en la puerta," e indicó a Chiu, "tienen al joven líder de la brigada comunista que posee la fuerza y experiencia del Partido Chileno y de los Partidos de todo el mundo para ayudarnos."

Pingüino, Patacocha y Antonio se unieron a Achazo en la ventana. La gente los reconoció. Todo el pueblo sabía de su captura y de su futuro fusilamiento.

"¡Viva el Patacocha!"

"¡Y Antonio!"

"¡Tres vivas por el Pingüino!"

"¡Y por Chiu!"

"¡Viva el Frente Unido del Proletariado!" gritó Achazo y el edificio hizo eco de los vivas. Los caballos en los establos hicieron resonar sus cascos y relincharon.

"Pertenecemos a varias organizaciones. Ahora sólo formando un frente unido, podemos derrotar a nuestros enemigos. Tenemos que terminar con el período de aventuras desorganizadas que fácilmente son reprimidas por la fuerza. Lo que viene ahora es la guerra, tal vez larga y agotadora, pero una guerra que vamos a llevar a cabo fría y sistemáticamente, hasta que derrotemos al enemigo."

"Mañana o pasado, los buques de la Armada van a entrar a la bahía de Atahualpa para desembarcar las tropas. Esta es la tercera y espero que la última etapa del fascismo chileno, el cual es la fuerza policial del capitalismo extranjero, así como Dávila es el carcelero al servicio de los imperialistas."

"Debemos estar preparados para recibir a esos buques y soldados. Debemos atacarlos por delante y los flancos, y también en medio de ellos. Hay muchas armas en nuestro arsenal. Debemos saber cómo combinar su uso y ustedes van a ver cómo recibimos ayuda de las tropas del enemigo, de nuestros trabajadores y de campesinos en uniforme."

"Tenemos el coraje y la fuerza de la invencible idea del socialismo, de saber que defendemos el futuro. Y allá en la pampa, están despertando los trabajadores que van a ser la base de nuestros nuevos esfuerzos."

"No vamos a hacerle la vida fácil a Dávila. Tal vez tenemos que rendir Atahualpa bajo el fuego de los buques.

pero sólo lo vamos a dejar por un rato y va a ser como una barrera de resistencia pasiva entre los buques y las tropas que avancen en la pampa. Y cada *oficina*, cada campamento abandonado, debe convertirse en una fortaleza de la lucha de clases. Camaradas, estamos entrando ahora en la batalla y vamos a seguir hasta que triunfemos."

Mientras la gente aplaudía, Achazo consultó sobre los planes de acción inmediata que los cuatro líderes de secciones habían discutido, junto con Antonio y Patacocha.

"No estamos listos todavía," informó Lobo.

"Pero ya podemos empezar a asignar sus grupos a los compañeros en el patio. Algunos deben ser enviados ahora mismo a las *oficinas* cercanas para preparar a los pampinos. Hoy a mediodía debemos ser capaces de llamar a una huelga general en todo el distrito."

"¿No debemos esperar por la vuelta de los soldados de Santa Lucía para desarmarlos?"

"No es necesario. A su regreso tienen que pasar por la *oficina* del Alto de San Antonio. Chiu tiene el grupo más fuerte allí. Podemos contar con unos trescientos hombres. También hay un campamento de trabajo y ellos van a soltar a los hombres para tener su ayuda. Eso es más que suficiente para encargarse de los soldados."

"Este mediodía entonces, la huelga general."

Patacocha fue a la ventana. Era un hombre que había crecido en la lucha de los rotos en la pampa salitrera y le tomó tiempo antes que la gente lo dejara hablar. Tenía sólo unas pocas palabras que decir.

"Compañeros, vamos a empezar el día con una huelga general. El ferrocarril debe parar a mediodía. Antes de eso, un grupo debe ir a La Coruña y otros a otros lugares en la pampa. No puedo darles detalles desde aquí. Bajo de

inmediato. Nos dividiremos de acuerdo con las varias tareas que tenemos que hacer y cada cosa va a ser discutida y planeada."

Patacocha, Lobo y los otros dirigentes de los trabajadores de la pampa fueron al patio. Se les entregó los suficientes hombres para su grupo. Había espacio de sobra en los establos y las barracas vacías para planear sus actividades en privado.

Chiu le trajo a Achazo el borrador de los volantes para ser impresos y distribuidos entre los soldados y marineros cuando llegaran los buques de guerra.

Sin darse cuenta, después de una noche en medio de compañeros y sucesos que ocurrían unos tras otros, Achazo se encontró completamente solo. Después de leer los borradores, se sentó a la ventana. La tormenta había declinado. Grandes olas todavía aparecían por sobre la superficie del mar aunque la fuerza detrás de ellas disminuía. El sol se elevaba por sobre la *camanchaca* y teñía las nubes que iban desapareciendo tras los cerros de color amarillento con un café mohoso. Los barcos que por el viento norte habían abandonado el fondeadero, retornaban. El vapor *caletero* con su alta chimenea roja, en el cual Tutapa, Juan y él viajaron solo ayer, ahora estaba anclado en la bahía.

La luz caía apenas sobre las aguas y el pueblo. Un débil resplandor penetró en el cuarto. Alguien golpeó. La cabeza de Tutapa se asomó por el filo de ella.

Se volvió y susurró, "Está solo. ¿Podemos entrar, Achazo?"

Klaus la acompañaba. Entraron y se sentaron frente a él. El joven ya no usaba su chaqueta de seda y su sombrero panamá. Llevaba una blusa de marinero y en alguna parte había encontrado una gorra que dejó en la mesa.

Aparte de esa primera ojeada que le dio en el local de don José, Achazo no había temido ocasión de apreciarlo con cuidado. Vio que no sólo parecía más alto y delgado; había cambiado en otros aspectos. No era la misma cara que conoció. Esta combinaba el mismo Klaus y un Klaus diferente. Era fácil entender por qué se había transformado con esa blusa azul de marinero, abierta en la garganta, pero la gorra formaba parte de un gesto de emancipación, un gesto que tenía algo de niño, algo del joven-niño Klaus, el Klaus que él había conocido, el niño que él llamó 'hijo', quien creía posible que el capitán ordenara que los dos polizones fueran lanzados al mar. Este era el muchacho cuyos cándidos ojos habían estudiado los trazos en la muralla del pañol de la cadena y que ahora se daba cuenta que esas marcas con tiza fundaron el plan básico de rebelión y batalla, un duro y arduo conflicto, que algún día terminaría con la conquista de la tierra.

Los sueños tempranos de Klaus no se habían limitado a cosas pequeñas; tenían largo alcance. Eso era lo bueno acerca de él. Si su esfuerzo y ambición sólo buscaba nada más que una pequeña casa con su jardín, o un caballo para cabalgar, o incluso como una vez, un bote pescador, quizás habría quedado satisfecho. Pero quería algo más y algo grande. Había soñado con muchos países y de conflictos difíciles, de dominar el desierto y la tormenta. Y había demostrado confianza en su propias fuerzas. La noche en que saltó por sobre la borda en Caleta Buena, en el peligroso y desconocido mar, había dado testimonio de su fe y resolución.

Ese había sido el mismo joven que ahora se sentaba frente a él. Achazo pensó que podía ver algo más en esos ojos cándidos. Era el espíritu que él notó sólo una vez antes,

cuando caminaron a lo largo de la cubierta del *Cap Finisterre* y estuvo de pie junto a él para enfrentar la hostilidad del capitán. El niño se veía asustado ese día, pero se paró a su lado y miró sin trepidar a los ojos del capitán.

Más tarde el muchacho encontró un amo. Ahora yacía muerto en el patio.

Lo había vestido como su marioneta, con esa chaqueta de seda y el sombrero panamá, y había cortado las alas de su fresco espíritu en la sordidez de la cárcel. Lo había golpeado y hecho mofa de él. Lo que era peor, lo había alabado por cualidades que él odiaba tener. No obstante, Klaus superó el miedo. Aprendió a confiar en sus fuerzas y controlar la humillación y el padecimiento. Saavedra en su odio y envidia por el Gringo del cerro, buscó degradarlo, mas sólo lo había endurecido. Fue un proceso peligroso que podría haber concluido con la destrucción de su personalidad. A pesar de todo, Klaus sobrevivió y entresacó fuerzas de ello. Y allí estaba ahora, sentado frente a él, sonriendo.

"Bien, Klaus, hemos realizado el trabajo, tú y yo."

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. No sonaba tan amigable como "hijo," pero de alguna manera los colocaba a igual altura. La sonrisa en los ojos del joven se hizo más profunda.

"Sólo hice lo que me ordenaron que hiciera."

"Sí, pero lo hiciste y lo hiciste bien. Si solamente cada uno pudiera hacer tanto como tú."

"Sabes, cuando empecé, no sabía de qué se trataba."

"Sí, pero tú siempre tenías el sentimiento correcto de las cosas."

"Vi a Patacocha y más tarde a Antonio cuando eran interrogados por el prefecto. Vi cómo se comportaban.

Luego Chiu me contó un montón de cosas."

"Bien, ahora entiendes, y eso es lo principal."

"Sí, ahora entiendo."

"Patacocha, Antonio y Chiu estarían todos muertos junto con cuarenta y dos hombres que estaban encerrados aquí."

"Así es. ¡Pero lo logramos! ¡Los salvamos!"

"Luego los pescadores ayudaron junto con los otros de Iquique y Tutapa."

Achazo estiró la mano y tocó el hombro de la chica.

"Ella navegó todo un viaje, hasta Valparaíso."

"Sí," confirmó Klaus. "Un montón de gente ayudó, ¿no fue así?"

"Así es. Es lo que podrías llamar una aventura colectiva." Achazo rió. "Tú siempre querías tener aventuras, ¿verdad?"

Esto rememoraba los viejos tiempos y las nociones de Klaus sobre piratas e indios que escalpaban a sus enemigos. El muchacho se sonrojó.

"Oye, hijo, párate y veamos cuánto has olvidado."

Klaus se puso de pie. Achazo hizo una finta y pretendió con su puño golpearle el mentón. El joven se agachó y lanzó un golpe al plexo del mapuche. Lo hacían tan bien como en los días en el *Cap Finisterre*. Tutapa se reía y los alentaba imparcialmente. Entró Chiu e iba a retirarse cuando vio la pelea, sus blancos dientes resplandecieron al sonreír.

"Ustedes son un lindo grupo. Hay una revolución en marcha y así es cómo pasan el tiempo."

"No es una mala manera," jadeó Achazo. "Te puedo decir que este muchacho no ha olvidado nada."

"Sí, es bueno, lo puedo ver. Y ¿qué hay con los volantes?" Chiu tomó los borradores.

"Están bien. Pueden imprimirse. Yo, en tu lugar, sólo cambiaría el final un poquito. Enfatiza el punto de que hay solamente una barrera artificial entre soldados y trabajadores y que más tarde en la vida ambos tienen que sufrir el mismo destino."

"Está bien. Voy a arreglarlo. Tengo que partir a La Coruña."

"Mientras tú no estás, yo me encargaré de que todo marche bien en este lugar."

"Bueno. Patacocha y Lobo se van ahora mismo. Creo que debieras decirles algunas palabras a sus hombres primero."

"Dile a Patacocha que bajo en diez minutos."

Chiu abrió la puerta. "Un momento. Hay otro asunto. No podemos mantener Atahualpa en nuestras manos por mucho tiempo. Hay un viejo marino allá abajo, se llama Martín. Es un viejo amigo nuestro. Encárgate de que vaya a La Coruña. No en este momento, sino mañana cuando terminen con el trabajo allá. Comunícaselo ahora."

"Me voy a ocupar de ello."

El trabajo por realizar en La Coruña, como Klaus sabía, era derrotar y capturar a ciento veinte jinetes armados.

"Te veo mañana," se despidió Chiu.

Achazo envió a Tutapa por un encargo. El y Klaus quedaron solos y se sentaron cerca de la ventana otra vez. Era la razón por la cual Achazo pidió diez minutos. Estuvieron callados por un instante y el muchacho miró por sobre la bahía. El vapor costero estaba rodeado por pequeños botes. El otro barco, el que estaba pintado de negro desde la chimenea hasta la línea de agua y cuya bandera alemana flameaba en la popa, había llegado al

sitio para fondear. Dejaron caer el ancla, y el barco viró hasta que se detuvo.

"Ese es el vapor," observó Klaus.

Achazo no dijo nada.

"Ese es el vapor en que se va Lindmar," prosiguió. Quería agregar algo más, pero no pudo. "Y justo en este momento, cuando las cosas van a suceder..."

"Chiu me ha contado," confirmó Achazo.

"Sí, él piensa que es mejor que yo me vaya. Puede hacer mucho allá. Yo también quiero irme, especialmente desde que recibí una carta de mi casa sobre mi hermano y otras cosas. Pero ahora prefiero quedarme y ayudarte a ti y a los demás."

"¿Hablaste con Chiu acerca del fascismo?"

"Sí, un montón."

"Bien, ¿entendiste...?"

"Por supuesto que entiendo. Era sólo un niño en el *Cap Finisterre*, Achazo. Todas esas cosas que te pregunté sobre los araucanos y demás. Fue estupido, pero no sabía."

"El fascismo está creciendo en Alemania, tu sabes. Puede llegar al poder en cualquier momento."

"Por eso es que quiero regresar y trabajar allá en el movimiento. Así como lo haces tú aquí, como mi padre lo hizo y por ello fue muerto por los fascistas. Pero así como están las cosas aquí, quisiera quedarme."

"Tendremos que combatir, Klaus, resistir el ataque. Quién sabe cuántos de nosotros vamos a morir."

"Por eso quiero quedarme."

"Sería una lástima, y no sólo por tu bien. Chiu tiene razón, tú lo sabes. Tú puedes hacer más en tu tierra. Todos nosotros estamos trabajando por la misma causa, nosotros aquí y tú allá. Y sabes por qué tenemos que luchar tan duro

aquí, porque otras fuerzas están detrás del fascismo, supliéndolo con dinero, armas e ideas. Las fuentes principales del fascismo no están en Chile ni en otros países pequeños. Están en los grandes países capitalistas y parece que Alemania va a ocupar el primer lugar entre ellos. Por eso es que el fascismo debe ser combatido y destruido, en su misma fuente de origen. Tú y los demás en Alemania tienen un tremendo trabajo por hacer. Y lo harás algún día."

Klaus se levantó. Quería añadir algo más, pero no pudo. Todo lo que dijo fue, "El barco sólo va a descargar un par de piezas de maquinarias para la pampa. En dos horas zarpa nuevamente. Tengo que ir donde el vicecónsul y firmar los papeles. Me están esperando, eso dijo Lindnaes."

Achazo se alzó de su asiento.

Klaus pensó en Chiu y los ciento veinte soldados en el desierto y del casual adiós de Chiu, 'te veo mañana.'

Klaus estaba de pie, en posición firme.

Achazo lo abrazó y lo estrechó fuertemente.

El vapor habia dejado la bahia de Atahualpa, pasado Caleta Buena y Punta Piedras e iba bajando la costa chilena. Era uno de esos barcos mercantes que paraban en cada puerto, caleteros para llevar cargamentos. Esa vez habia muy poco flete y sólo unos sacos de salitre ocupaban las amplias escotillas. También tenia poco que descargar, pero aun así le tomó tiempo hacerlo. En un puerto los estibadores estaban en huelga. En otro, eran los lancheros. Y en el siguiente, todo el pueblo estaba alzado y la gente marchaba por las calles con banderas.

Klaus preguntó a uno de los huelguistas por noticias sobre Atahualpa.

"Allá los fascistas se han roto su cabeza contra una roca. Dávila envió un crucero y dos destróyeres. Las tropas desembarcaron, aunque de repente se amotinaron y hoy tenemos noticias, no del gobierno, que la bandera roja se ha izado en el crucero."

El vapor continuó su navegación. La linea de la costa apareció ante sus ojos. Pasaron Caleta Vieja. Los marinos comentaron la peculiar forma de las rocas y las ruinas en el acantilado. Klaus la miraba tambien, sin saber que

era Caleta Vieja. Aparecía bajo otro nombre en el mapa marítimo.

Antofagasta fue el próximo puerto y tenían una carga. Bloques de cobre estaban apilados en el muelle y los *winches* trabajaron todo el día. De repente, los grueros y jornaleros dejaron de laborar. Esa noche pudieron oír disparos en tierra y en varios sitios surgieron llamas.

Después de Antofagasta, no se detuvieron en otros puertos y al aproximarse a la bahía en Valparaíso, recibieron un telegrama del agente naviero ordenándoles que no entraran al puerto, comunicándoles los problemas y disturbios en la ciudad.

Pasaron Valparaíso. Podían sentir el fuego de artillería y, en la noche, sectores completos parecían estar en llamas. Grandes humaredas se alzaron en los cerros y Klaus imaginó que debían ser las altas iglesias y mansiones que había divisado a lo lejos.

"No le vamos a hacer la vida fácil a Dávila," fueron las palabras de Achazo.

En cuanto costearon el sur, hizo más frío. El vapor no pasó por el Cabo de Hornos como el *Cap Finisterre*. Cruzaron el Estrecho de Magallanes, un angosto pasaje entre negras murallas de rocas. A su izquierda, se estiraba el territorio de los mapuches y, a la derecha, las islas de destierro a las cuales eran conducidos nuevos grupos de exiliados.

Mientras navegaban fuera del estrecho, recibieron un boletín de radio. Fue Lindnaes quien trajo una copia.

"Dávila ha sido derrocado. Se fue a la frontera con Argentina."

"¿Y han regresado los soviets?"

"No," y leyó el boletín.

"Anoche los oficiales del ejército chileno se reunieron

en una conferencia. Se estableció que ellos consideraban al ejército una institución nacional y que no estaban de acuerdo que su prestigio y las medidas que se iban a tomar se cumplieran bajo su nombre y responsabilidad. Su ciudadanía a quien debía permitírsele decidir su propio destino en completa libertad."

"Soldaditos de chocolate," opinó el líder de un pequeño grupo nazi entre la tripulación. "Eso no sucedería en Alemania."

Klaus le dio una buena mirada. Si, le recordaba de alguna manera a Moreno-Aloysius.

Dos horas más tarde, tomó la caña del timón. Estaban dejando atrás los oscuros acantilados de los estrechos. Grandes olas azules vinieron a su encuentro. Adelante surgía el vasto espacio del Atlántico.

"Mantén el timón hacia puerto," ordenó el capitán.

"Hacia puerto, capitán."

"Suelta un poco la caña, dirígete al norte, noreste."

"Norte, noreste, señor."

Ese era el rumbo que llevaba de regreso hacia el hogar en Alemania.

Post scriptum
Viaje al Norte Grande, Viaje a la Concientización: Rebelión en la Pampa salitrera

Al igual que George Orwell (1903-1950) y otros, el presente ensayo sobre la novela salitrera de Theodor Plievier (1892-1955) asume que toda creación artística expresa o es el resultado de alguna perspectiva ideológica cuya presencia se manifiesta consciente o inconscientemente.[1] Para entender esta presencia no se puede ignorar los valores predominantes de cada periodo histórico, porque según Terry Eagleton:

> *Así como la gente puede considerar una obra como filosófica en un siglo y como literatura en otro, o viceversa, así también puede cambiar de opinión sobre qué escritura es considerada de valor. Aun la gente puede cambiar de opinión sobre las bases que utilizan para juzgar lo que es de valor o no lo es.*[2]

En el caso de *Rebelión en la Pampa Salitrera* (1937), el propósito del autor es el de criticar una situación histórica opresiva. Sin embargo, la suerte de la novela fue oscurecida

---

[1] Véase la discusión de A.P. Foulkes en su *Literature and Propaganda* (London: Methuen, 1983).

[2] Traducción mía de Terry Eagleton, *Literary Theory: An Introduction* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983) 11.

pues el interés del público lector se centraba en los sucesos de las grandes capitales europeas y no en las de la América del Sur. Las novelas posteriores de Plievier como *Stalingrado* (1945), *Moscú* (1952) y *Berlín* (1954) fueron traducidas y celebradas ya hace muchos años. Ahora, con la versión de su obra sobre el Norte Grande de Chile, el lector puede apreciar la agudeza del escritor alemán quien vivió personalmente muchas de las situaciones que quedaron registradas en su novela.

Plievier se propone retratar el proceso de concientización experimentado por el proletariado chileno durante los años treinta del siglo veinte. Para ello, acude directamente a personajes y hechos históricos de la zona salitrera y la capital. A través del liderazgo ideológico de uno de los personajes principales, el mapuche Achazo, los pampinos comienzan a ofrecer una resistencia clarividente a su explotación. Toda esta cadena de acciones y reacciones empieza con el darse cuenta de Achazo de su propio papel en los horrores cometidos por el Estado. Los trabajadores se organizan, establecen contactos con otros sectores de la población como obreros, pescadores y cesantes, y tratan de adquirir una comprensión teórica de su situación. Aprenden y aprecian la necesidad de los sindicatos y del partido político, a la vez que su gran dignidad como clase deriva de su conciencia y solidaridad, elementos positivos que predominan sobre las condiciones laborales infrahumanas que se daban en Chile.

El realismo de *Rebelión en la Pampa Salitrera* también se percibe en su estructura que combina el diálogo y la descripción. Por un lado, el autor concede la palabra a los personajes, verdaderos sujetos del proceso histórico, y son sus diálogos los que llevan el peso de la trama. Dicha

oralidad podría verse como provocada por el impulso que ejerce el mundo del referente sobre el cronista que pretende describirlo. Escuchemos, por ejemplo, algo de la conversación entre Achazo y Klaus, un muchacho alemán que abandona su casa en búsqueda de aventuras, que ocurre cuando se encuentran a solas, escondidos en el velero con rumbo a Chile:

"¿Hay indios en Atahualpa?"

"Hoy en día, no tantos."

"Usted lo es, ¿no?"

"Si, soy araucano, mapuche."

(...)

"¿Y los mapuches escalpan a sus enemigos?"

Achazo sonrió. Klaus de repente sintió frío y tuvo dificultad con su respiración.

"Puedo pensar en ciertos cueros cabelludos," respondió Achazo con esa permanente y curiosa sonrisa, "que no me molestarían tener. Por ejemplo, no me inquietaría ir por ellos en Nueva York, digamos en Wall Street, durante la hora de almuerzo. Y vi un par bastante tentadores allá en Hamburgo antes de que zarpáramos."[3]

Ya con esto nos adentramos en la línea de pensamiento de Achazo como también en la idea de la crisis económica que sufría el mundo entero en aquellas décadas.

Por otro lado, el autor inserta descripciones detalladas y armónicas de cada lugar de acción, haciéndonos sentir que presenciamos el momento. Veamos, por ejemplo, cómo se refiere a la tierra que encontraron, la costa norte de Chile, después de ciento doce días de navegación:

---

[3] Todas las citas son de la versión manuscrita de la traducción hecha por Isabel Reeve Elizalde y yo

Si hubiese sido mediodía, reventando de esa manera la aridez desnudez de los cerros coloreados por el sol, Klaus habría considerado la posibilidad de abandonar el barco. Pero el sol ya se hundía a proa y la tierra delante de ellos surgía más alta, pintada con una miriada de colores por los rayos horizontales del sol.

Era un paisaje asombroso con acantilados y empinados cerros, desfiladeros asolados, peñascosas pendientes, rocas que habían rodado hacia el mar y alturas escarpadas. A través de los intersticios de estas colinas, se podía entrever las lejanas masas de las cadenas de montañas de los Andes cuyos picos nevados parpadeaban con la débil luz.

Esto fue para Klaus la primera visión de Sudamérica y ninguna experiencia posterior pudo borrar la magia de tal descubrimiento.

Con este retrato y los que siguen de la pampa, queda claro que otro personaje principal en esta novela es la tierra misma. Es evidente que Plievier valorizaba las dos, espacio y gente.

Pero más que nada, esta novela es de aventuras al enfrentar una naturaleza, geográfica y humana, que puede ser hostil. El lector tiene a su alcance las grandes peripecias ocurridas en alta mar y en pleno desierto del Norte Grande, como también las pequeñas vicisitudes de la vida diaria en ambos sitios. Veamos cómo reacciona el pobre Klaus, muerto de hambre, en su noche de llegada a Atahualpa, nombre ficticio de la provincia de Tarapacá:

Fue a dar a una esquina donde una mujer gorda y varios hombres se acomodaban alrededor de una fogata. La mujer estaba friendo pescado y gritaba monótonamente. "Pescados, ¡pescados fritos! una chaucha, ¡veinte centavos cada uno!" Klaus miró los crujientes pescados, dorándose

en la grasa y respiró su olor. Después de todo, filosofía, el olor es algo y ¡se consigue gratis!

Sin duda, Plievier tiene dos propósitos igualmente claros: el de entretener y el de enseñar o adoctrinar a y sobre la clase proletaria.

Tal como en el teatro de otro alemán, Bertolt Brecht, el enfoque central de esta narración es hacer un estudio de las interrelaciones humanas.* Aunque son importantes los personajes, más importante aún es la historia. A través de la secuencia de los eventos surge el campo dialéctico donde las fuerzas sociales se encuentran y de ahí emerge la lección de la novela. Klaus se encuentra primero con Achazo y luego con el pequeño dictador, Arturo Saavedra. En ambas situaciones, el muchacho se convierte en una especie de hijo para ellos. De esta manera, podemos ver a los tres como estilizadas, quizás exageradas, expresiones de la lucha entre el Bien y el Mal. En todo caso, el narrador empuja al lector a formar juicios críticos sobre los hechos representados.

A través de las vidas de ese trio principal y las de varios de sus amigos, Plievier describe el sufrimiento de todos por causa de una multitud de crímenes personales e impersonales que son producto del fascismo reinante de aquella época. A la par con ese tema hay otro que concierne los excesos del capitalismo. La mayor preocupación del autor es presentar los detalles de la sociedad injusta que aprisiona al proletariado.

El confinamiento de los personajes es tanto literal como figurativo. En las celdas de esta prisión exterior e interior, ellos configuran lo que Frederic Jameson llama

---

* Traducción mía de Martin Esslin, *Brecht: A Choice of Evils*, 3 Critical Study of the Man, His Work and His Opinions, 3ª ed., (London Eyre Methuen, 1980) 123.

en la grasa y respiró su olor. Después de todo, filosofo, el olor es algo y ¡se consigue gratis!

Sin duda, Plievier tiene dos propósitos igualmente claros: el de entretener y el de enseñar o adoctrinar a y sobre la clase proletaria.

Tal como en el teatro de otro alemán, Bertolt Brecht, el enfoque central de esta narración es hacer un estudio de las interrelaciones humanas.* Aunque son importantes los personajes, más importante aún es la historia. A través de la secuencia de los eventos surge el campo dialéctico donde las fuerzas sociales se encuentran y de ahí emerge la lección de la novela. Klaus se encuentra primero con Achazo y luego con el pequeño dictador, Arturo Saavedra. En ambas situaciones, el muchacho se convierte en una especie de hijo para ellos. De esta manera, podemos ver a los tres como estilizadas, quizás exageradas, expresiones de la lucha entre el Bien y el Mal. En todo caso, el narrador empuja al lector a formar juicios críticos sobre los hechos representados.

A través de las vidas de ese trío principal y las de varios de sus amigos, Plievier describe el sufrimiento de todos por causa de una multitud de crímenes personales e impersonales que son producto del fascismo reinante de aquella época. A la par con ese tema hay otro que concierne los excesos del capitalismo. La mayor preocupación del autor es presentar los detalles de la sociedad injusta que aprisiona al proletariado.

El confinamiento de los personajes es tanto literal como figurativo. En las celdas de esta prisión exterior e interior, ellos configuran lo que Frederic Jameson llama

---

*Traducción mía de Martin Eslin, *Brecht: A Choice of Evils, A Critical Study of the Man, His Work and His Opinions*, 3rd ed., (London: Eyre Methuen, 1980) 123.

el "*nosotros-objeto*", un grupo que comparte la alienación y cosificación.[1] Aquí la prisión es una metáfora para la situación del ser humano. Se repite a lo largo de la narración, empezando con la fuga de Klaus de su casa, después con la vida miserable en el viejo velero en que viaja junto con marinos de varias nacionalidades, luego con su hogar chileno—el calabozo de Atahualpa. A fines del capítulo ocho del segundo libro de la novela, Klaus medita sobre su situación y el narrador comenta:

El puerto lo había encerrado en un asqueroso círculo. ¿No había escapatoria? Tal vez, pero vio claramente que este círculo negro no solo era particular del pueblo. Medidas en el Cap Finisterre donde el capitán ganaba dinero con el hambre de sus marinos; los dueños, con el capitán y su tripulación. Y este círculo existía en Berlín donde sufrieron hambre por el padre cesante y donde los nazis maltaron a su padre. Reinaba en todas partes un círculo de acero agobiante. ¿No habría una salida?

Así es cómo Plevier nos conduce a este fin del mundo (con el viaje en el *Cap Finisterre* cuyo nombre lo indica explícitamente) donde todo refleja las circunstancias críticas de un individuo y de allí, las de la sociedad entera.

En su recrear esa sociedad, a Plevier le fascina entretejer aspectos de sus personajes para demostrar la universalidad de sus situaciones y caracteres. Para mencionar algunos ejemplos, pensemos en el joven Klaus que perdió a su padre a manos de los nazis, en el Achazo niño que años antes presenció la muerte de su padre en el económicamente forzado peregrinaje hacia el Norte

---

[1] Traducción mía de Frederic Jameson, *Marxism and Form: Twentieth Century Dialectical Theories of Literature* (Princeton: Princeton University Press, 1971) 249-250.

Grande, en la jovencita Tutapa cuyos padres desaparecieron a manos de los militares. Más allá de esta circunstancia, Achazo y Klaus tendrán que compartir el estado vivencial del exiliado. En el caso del chileno, es obligado a hacerlo por su actitud militante. En el del alemán, para escapar de la rutina y pobreza.

De todos, el personaje más atrayente, más enigmático es Tutapa, nieta de Antonio, un *"viejo y leal partidario de la causa (...) quien había puesto a Achazo en el camino recto cuando las dudas lo abrumaron."* Desde el primer encuentro entre Tutapa y Klaus, a solas en su choza conociéndose por señas y unas cuantas palabras claves, hasta su largo y peligroso viaje hacia Valparaíso en un pequeño bote con Juan, la vemos madurar y fortalecerse para la lucha que tendrá que venir. Ella sabe cuidar de las necesidades de Klaus, mantenerse alerta en cuestiones del movimiento sindical, arreglárselas con Juan para encontrar a Achazo, ser compañera fiel en todos los momentos. Bien podemos decir que con su personaje, Plievier ha tomado los mejores elementos de las personalidades de Achazo y Klaus para recrear el prototipo de la nueva mujer que requerirá la nueva sociedad del futuro.

Con la notable excepción de Tutapa, los personajes femeninos son mujeres de edad que representan varios estereotipos. En cuanto se refiere a las madres de Achazo y Klaus, las dos son fuertes y sufridas, en otras palabras, la buena madre. Las pequeñas empresarias como Red Milly, traficante de marinos cesantes, y doña Teresa, dueña del salón de baile-prostíbulo están a la par con sus contrapartes masculinos en su avaricia y deshumanización. Las bailarinas-prostitutas contrabalancean el retrato femenino. No solamente son alegres y atractivas, sino que son

capaces de proseguir en sus quehaceres aun después que esa tormenta vuela el techo de la casa donde trabajan. Para los que critican el capitalismo, la prostituta siempre ha sido un símbolo de la pequeña empresaria del libre mercado. Ella, dueña de sí misma, se distancia de la sociedad regimentada, convirtiéndose en un artículo de consumo. Disfruta (o no) las recompensas de su labor. En una de las escenas más intensas de la novela, La Gringa, la prometida de Saavedra, baila con él en un frenesí que sólo acaba con la destrucción total del recinto.

Otro paralelo que cabe mencionar es el de los nombres. La Gringa, la más exótica de las prostitutas, controla no solamente la vida emotiva de Saavedra sino las acciones de los otros clientes. Se vende mejor que cualquier otra de sus colegas. El Gringo del cerro, foráneo y administrador de la compañía salitrera la COSACH, controla lo que acontece en la vida económica de toda la región. Si Saavedra es el pequeño dictador, nadie duda que El Gringo y la Compañía son los que verdaderamente manejan el distrito. De allí tenemos la burla de Saavedra al disfrazar a Klaus y apodarlo "*El Gringuito.*"

Esta literatura no sólo denuncia sino también acompaña esa denuncia de la historia con un verdadero proyecto para el futuro. Aquí se dan las directrices para "*hacer mundo*", utilizando la lección del pasado para encaminarse hacia una actuación liberadora. Queda claro que las esperanzas de un mejor futuro restan en las manos de la próxima generación, que el trabajo de Achazo y los demás organizadores es solamente un comienzo. Así es cómo Chiu, un mapuche más joven que Achazo, Tutapa y quizás aun Juan, señalan juntos con Klaus la posibilidad de construir otro tipo de sociedad. Su viaje a la

capaces de proseguir en sus quehaceres aun después que una tormenta vuela el techo de la casa donde trabajan. Para los que critican el capitalismo, la prostituta siempre ha sido un símbolo de la pequeña empresaria del libre mercado. Ella, dueña de sí misma, se distancia de la sociedad regimentada, convirtiéndose en un artículo de consumo. Disfruta (o no) las recompensas de su labor. En una de las escenas más intensas de la novela, La Gringa, la preferida de Saavedra, baila con él en un frenesí que sólo acaba con la destrucción total del recinto.

Otro paralelo que cabe mencionar es el de los nombres. La Gringa, la más exótica de las prostitutas, controla no solamente la vida emotiva de Saavedra sino las acciones de los otros clientes. Se vende mejor que cualquier otra de sus colegas. El Gringo del cerro, foráneo y administrador de la compañía salitrera la COSACH, controla lo que acontece en la vida económica de toda la región. Si Saavedra es el pequeño dictador, nadie duda que El Gringo y la Compañía son los que verdaderamente manejan el distrito. De allí tenemos la burla de Saavedra al disfrazar a Klaus y apodarlo *"El Gringuito."*

Esta literatura no sólo denuncia sino también acompaña esa denuncia de la historia con un verdadero proyecto para el futuro. Aquí se dan las directrices para *"hacer mundo"*, utilizando la lección del pasado para encaminarse hacia una actuación liberadora. Queda claro que las esperanzas de un mejor futuro restan en las manos de la próxima generación, que el trabajo de Achazo y los demás organizadores es solamente un comienzo. Así es cómo Chiu, un mapuche más joven que Achazo, Tutapa y quizás aun Juan, señalan juntos con Klaus la posibilidad de construir otro tipo de sociedad. Su viaje a la

concientización es el mismo que emprendemos todos de un modo u otro. Según Mikhail Bakhtin, "*Los actos más importantes, constituyentes de la propia conciencia, están determinados por su relación con otra conciencia (...) Preciso encontrarme en el otro para encontrarme a mí mismo.*"[8] No podemos concebirnos ni percibirnos como unidades sin referirnos a algo que nos transcienda y nos envuelva. Ojalá que los momentos históricos que se abren para el lector de *Rebelión en la Pampa Salitrera* ayuden a un mejor entendimiento de nuestra situación humana, tal como Plievier lo preconizara en sus escritos.

Judy Berry-Bravo
Pittsburg State University

---

[8] Traducción mía de Tvetzan Todorov, *Mikhail Bakhtin. The Dialogical Principle*, trad. Wlad Godzich (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984) 96.